Barcelona
METROPOLIS
Revista de información y pensamiento urbanos
Núm. 80
Otoño 2010
Precio 3€

Cuaderno central

La ciudad y los mayores

Con artículos de Eduardo Álvarez Pedrosian, Armand Chauvel, Enrique Díaz Álvarez, Chris Ealham, Xabier Etxebarria Zarrabeitia, Ramon Fernández Duran, Catalina Gayà, Jordi Llavina, Gregorio Luri, Jorge Luis Marzo, Manuel Milián Mestre, Chris Phillipson.

Entrevistas con Chantal Mouffe y Carlos Pereda

Cultura: el culto del mito

Transformar la fragmentación urbana

El capitalismo global, principal agente geomorfológico

Historias de vida: "Encerrado en el puerto de Barcelona"

© Miguel Rio Branco / Magnum Photos / Contacto

Editorial

Sexo por dinero: ¿admisible?

Manuel Cruz

A ciertos sectores de la izquierda parece reconfortarles mucho atribuir a sus adversarios electorales de la derecha las actitudes más cerriles e hipócritas en cualesquiera ámbitos de la vida social, como si esa sola atribución bastara para liberarles a ellos de la necesidad de especificar y justificar su posición ante los mismos asuntos. Parecería como si el argumento de fondo, nunca del todo explicitado, que les proporcionara tan pasmosa tranquilidad fuera de un orden análogo a este: cualquier cosa que podamos proponer siempre será –casi por definición– mejor que lo que propongan *esos otros*.

Quizá uno de los problemas ante los que semejante actitud se hace más evidente es el de la prostitución. No basta con decir que lo que hacen los conservadores es tapar el problema, intentar esconderlo sin ir a las raíces. Ni siquiera es suficiente con señalar la necesidad de tomar en consideración las condiciones sociales que se encuentran en el origen de un fenómeno como el del comercio sexual, por más que esta indicación resulte del todo inexcusable para un adecuado tratamiento de la cuestión. Es necesario también explicitar los supuestos teóricos, el punto de vista y los valores desde los que se está hablando.

Por supuesto que al decir esto último no se está haciendo referencia al hecho de que, en una enorme cantidad de casos, las condiciones en las que se lleva a cabo la prostitución son de auténtica explotación, pudiendo esta llegar a alcanzar unos niveles que merecerían la calificación de esclavitud. No creo que a nadie se le plantee sobre este asunto el menor problema de orden doctrinal.

Cuando este sí parece plantearse es cuando se examina el mismo fenómeno desde otro ángulo, tal y como ha hecho el filósofo y actual eurodiputado por la Italia de los Valores Gianni Vattimo. A juicio del pensador italiano, lo que está expresando el generalizado y *espontáneo* rechazo de la prostitución es el hecho de que en nuestras sociedades, a pesar de las apariencias, el sexo no está todavía desacralizado, desecularizado, siendo la tendencia dominante la de verlo como algo que pertenece a la órbita de lo religioso.

Una cosa parece ser cierta: si realmente de lo que se tratara fuera únicamente de una cuestión de explotación abusiva, el problema quedaría resuelto a base de regular y organizar la actividad, homologándola a cualquier otra prestación de servicios. Desde esta perspectiva, incluso cabría avanzar en propuestas –según quienes las plantean, inequívocamente progresistas– como la de promover la organización de cooperativas de prostitutas, una vez convertida la prestación en tan libre como cualquier otra.

Probablemente lo más útil de la propuesta sea que permite afrontar el problema ideológico de fondo que aquí parece encontrarse en juego. La hipótesis de una relación de intercambio de sexo por dinero no mediada por la explotación (o, al menos, no por más explotación que la existente en el resto de las actividades sociales) acaba por convertir en ineludible la pregunta: ¿se puede considerar la prostitución bajo el mismo modelo que cualquier otra "relación entre adultos" o, por el contrario, debemos entender más bien que el vínculo que en ella se establece es en sí mismo degradante y, en consecuencia, la figura bajo la que esa transacción debe ser analizada es la de situaciones como las de los malos tratos, que la sociedad considera condenables en sí mismas, por más que los involucrados las admitan?

Regresemos al principio. Sin duda, a más de uno le parecerá que, en las actuales circunstancias, reparar en esta dimensión, casi especulativa, del problema no constituye en absoluto una prioridad. Pero, tal vez, que sea o no una prioridad depende en gran medida de la situación de cada cual. El propio Vattimo lo planteaba en unos términos francamente descarnados, pero no por ello menos dignos de atención: "Cuando tienes una cierta edad, no es fácil hallar sexo. ¿Hay que condenar sin sexo a millones de personas solo porque sigue divinizado, secuestrado por lo sagrado?"

Barcelona METRÓPOLIS
número 80, otoño 2010

Editor
Ajuntament de Barcelona.

Consejo de Ediciones y Publicaciones
Ignasi Cardelús, Enric Casas, Eduard Vicente, Jordi Martí, Jordi Campillo, Glòria Figuerola, Víctor Gimeno, Màrius Rubert, Joan A. Dalmau, Carme Gibert, José Pérez Freijo.

Edición y producción
Direcció de Comunicació Corporativa i Qualitat.
Director: Enric Casas.

Direcció d'Imatge i Serveis Editorials.
Director: José Pérez Freijo.
Passeig de la Zona Franca, 66. 08038 Barcelona.
Tel. 93 402 30 99

Dirección
Manuel Cruz.

Dirección editorial
Carme Anfosso. Tel. 93 402 31 11.

Edición de textos
Jordi Casanovas. Tel. 93 402 31 08.

Redacción
Margarida Pont. Tel. 93 402 30 87.

Coordinación Cuaderno central
Iciar Ancizu y Lourdes Pérez.

Colaboradores habituales
Catalina Gayà, Sergi Doria, Gregorio Luri, Lilian Neuman.

Colaboradores en este número
Eduardo Álvarez Pedrosian, Iciar Ancizu, Elena del Barrio, María Teresa Bazo, Anna M. Birulés, Henric Borelius, Elvira Burgos Díaz, Armand Chauvel, Enrique Díaz Álvarez, Chris Ealham, Xabier Etxebarria Zarrabeitia, Ramón Fernández Durán, Alicia García Ruiz, Daniel Giralt-Miracle, Jorge Guarner, José Guimón de Ros, Sebastià Jornet, Jordi Llavina, Juan-José López Burniol, Ariela Lowenstein, Jorge Luis Marzo, Quico Mañós de Balanzó, Fiorella Marcellini, Manuel Milián Mestre, Heidrun Mollenkopf, Lourdes Pérez, Mercè Pérez Salanova, Chris Phillipson, Nora Rabotnikof, Mayte Sancho, Thomas Scharf.

Diseño original
Enric Jardí, Mariona Maresma.

Diseño y maquetación
Santi Ferrando, Olga Toutain.

Fotografía
Albert Armengol, Inés Guimaraens, Mattia Insolera / Luzphoto, Enrique Marco, Christian Maury, Pere Virgili.

Fotografía Cuaderno central
Laura Cuch

Archivos
Arxiu Fotogràfic de Barcelona, Corbis / Cordón Press, Getty Images, Magnum Photos / Contacto

Ilustraciones
Guillem Cifré, Lluïsa Jover, Ana Yael Zareceansky.

Corrección y traducción
Babel Traductors, L'Apòstrof SCCL, Tau Traductors, Daniel Alcoba.

Edición de web
Miquel Navarro.
Manfatta SL.

Gestión editorial
Jeffrey Swartz.

Administración general
Ascensión García. Tel. 93 402 31 10

Gestión administrativa BM
Jaume Novell. Tel. 93 402 30 91. jnovell@bcn.cat

Distribución
M. Àngels Alonso.
Tel. 93 402 31 30 · Passeig de la Zona Franca, 66.

Comercialización
Àgora Solucions Logístiques, SL. Tel. 902 109 431
info@agorallibres.cat

Depósito legal
B. 37.375/85 ISSN: 0214-6215.

Direcciones electrónicas
bcnrevistes@bcn.cat
www.bcn.cat/publicacions
www.barcelonametropolis.cat
http://twitter.com/bcnmetropolis

Los artículos de colaboración que publica Barcelona METRÓPOLIS expresan la opinión de sus autores, que no ha de ser necesariamente compartida por los responsables de la revista.

Los contenidos de Barcelona METRÓPOLIS se encuentran disponibles en catalán, castellano e inglés en la página web de la revista bajo una licencia Creative Commons de Reconocimiento-No Comercial-Compartir Igual 2.5 España. Más información en www.barcelonametropolis.cat

Consejo de redacción

Carme Anfosso, Jaume Badia, Mireia Belil, Fina Birulés, Ignasi Cardelús, Judit Carrera, Enric Casas, Carme Castells, Manuel Cruz, Daniel Inglada, Jordi Martí, Héctor Santcovsky, Jeffrey Swartz.

Comité asesor

Marc Augé, Jordi Borja, Ulrich Beck, Seyla Benhabib, Massimo Cacciari, Victòria Camps, Horacio Capel, Manuel Castells, Paolo Flores d'Arcais, Nancy Fraser, Néstor García Canclini, Salvador Giner, Ernesto Laclau, Sami Naïr, Josep Ramoneda, Beatriz Sarlo, Fernando Vallespín.

1 **Editorial**
Manuel Cruz

Plaza pública

4 **El dedo en el ojo**
Cultura: el culto del mito
Jorge Luis Marzo

6 **La mirada del otro**
De compras en Barcelona
Armand Chauvel

8 **Desde la otra orilla**
Sobre la Barcelona que queremos
Anna M. Birulés

10 **Metropolítica**
Transformar la fragmentación urbana
Eduardo Álvarez Pedrosian

16 **Masa crítica**
Chantal Mouffe: "El pluralismo va ligado a la aceptación del conflicto"
Entrevista de Enrique Díaz Álvarez

25 **De dónde venimos / A dónde vamos**
Venta ambulante: delito o necesidad
La lucha por las calles
Chris Ealham
Persecución penal de los "manteros"
Xabier Etxebarria Zarrabeitia

30 **Fronteras**
Empresa y derechos humanos
José Guimón de Ros

34 **Voz invitada**
El capitalismo global, principal agente geomorfológico
Ramón Fernández Durán

Cuaderno central

La ciudad y los mayores. Entre la hostilidad y la amabilidad

46 *La ciudad también ha de ser para los mayores*
Iciar Ancizu / Lourdes Pérez

48 *La creación de ciudades adecuadas para los mayores*
Chris Phillipson

54 *Vivir y disfrutar el entorno urbano*
María Teresa Bazo

58 *Donostia-San Sebastián, ejemplo de ciudad amigable*
Mayte Sancho / Elena del Barrio

62 *Por una planificación urbana participativa*
Quico Mañós de Balanzó

66 *La respuesta al cambio en la estructura de edades*
Sebastià Jornet

70 *Envejecer en zonas difíciles: perspectiva desde Inglaterra*
Thomas Scharf

76 *La movilidad y las innovaciones tecnológicas*
Fiorella Marcellini / Heidrun Mollenkopf

80 *Entorno y relaciones intergeneracionales*
Ariela Lowenstein

84 **Propuestas / respuestas**
La metrópolis, con los deseos de los mayores, por Henric Borelius. *Ciudadanía y servicios: los nuevos retos*, por Jorge Guarner. *Actores en la construcción de la ciudad*, por Mercè Pérez Salanova

Ciudad y poesía

90 *Del Montjuïc. En la nueva tumba de Verdaguer*
Joan Maragall

Observatorio

92 **Palabra previa**
La ciudad y las horas
Manuel Milián Mestre

95 **Zona de obras**
Modernismo después de la posmodernidad, por Nora Rabotnikof. *Dar cuenta de sí mismo*, por Elvira Burgos Díaz. *Arquitectura milagrosa*, por Daniel Giralt-Miracle. *A favor de España y del catalanismo*, por Juan-José López Burniol.

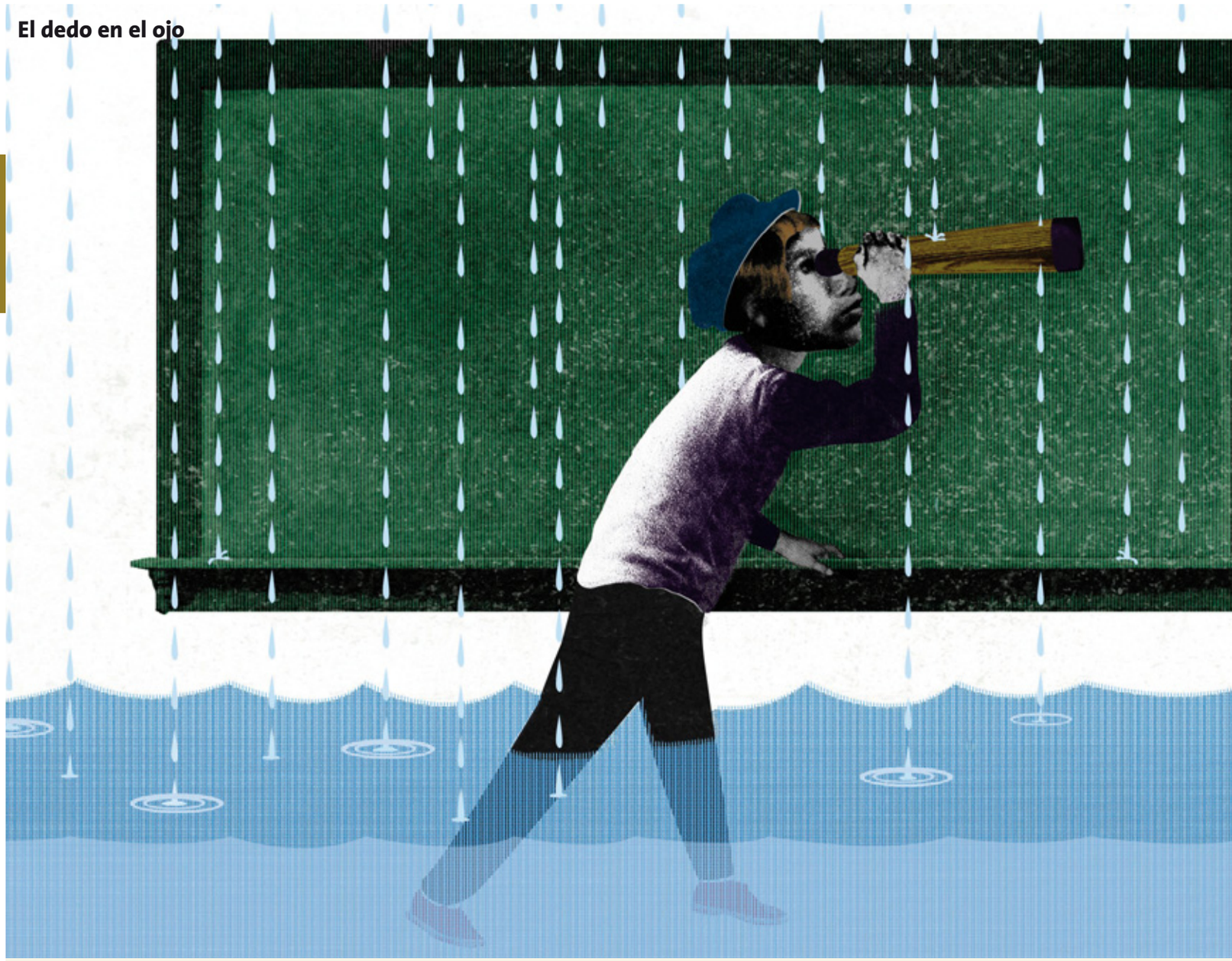
100 **Historias de vida**
Encerrado en el puerto de Barcelona
Catalina Gayà

106 **Rincones vivos**
"Lletraferits"
Gregorio Luri

108 **En tránsito**
Entrevista con Carlos Pereda
Alicia García Ruiz

112 **Nueva memoria**
Visitaba en Pau Claris, creo
Jordi Llavina

Portada y contraportada
Fotos: Laura Cuch



A partir de la definición de "cultura" que dan el diccionario de la RAE y el "Webster", nos podemos cuestionar hasta qué punto "cultura" y "educación" son términos contaminados por premisas apriorísticas.

Cultura: el culto del mito

Texto **Jorge Luis Marzo** Comisario de exposiciones, escritor y profesor de arte

Comparemos las definiciones del término *cultura* (del latín, *cultivo*) que aparecen en el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* (DRAE) y en el diccionario *Webster* de lengua inglesa.

DRAE: 1) Conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico; 2) conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.; 3) culto religioso.

Webster: 1) El acto de desarrollar las facultades intelectuales y morales en especial a través de la educación; 2) formación y atención experta; 3) ilustración (*enlightenment*) y excelencia del gusto adquiridas mediante formación estética e intelectual; 4) conocimiento y gusto de las bellas artes, de la humanidades y de aspectos amplios de la ciencia, distintas a las habilidades vocacionales o técnicas; 5) el conjunto integrado de los conocimientos, creencias y comportamientos humanos que dependen de la capacidad de aprender y transmitir conocimiento a las siguientes generaciones, etc.

El lector probablemente ya habrá notado que hay dos diferencias fundamentales entre una definición y otra: la transmisión de conocimiento y la referencia religiosa. En la definición del DRAE, la referencia a la formación y la educa-

© Ana Yael Zareceansky

ción es inexistente, mientras que en el *Webster* es recurrente. Por su parte, en donde el diccionario inglés habla de las "creencias", integradas en un conjunto más amplio, el español las define como "culto religioso", diferenciado del conjunto. Al utilizar la expresión "ilustración", el diccionario *Webster* parte de una premisa categorial evidente: el movimiento de "las luces" surgido en la Europa del siglo XVIII habría dado forma, mediante el impulso racionalista y educativo, a una formalización moderna y progresiva (*excelencia*) del conjunto de sensibilidades humanas. La ausencia de estas referencias en el DRAE, ¿es síntoma de una visión premoderna de la cultura? A todas luces la respuesta será negativa, pues sabemos que la sociedad es simplemente el conjunto de todas las prácticas reales negociando en diversos planos.

En la definición del diccionario español, parecería que ese conjunto de conocimientos por el que define la cultura no vendría dado por un sistema explícito de transmisión, sino que se constituiría por su mera existencia primaria, como un fondo esencialista que no necesita de vehículos transmisores, pero que puede medirse en términos de *grados*. Al mismo tiempo, la definición hace compartir un concepto ilustrado, el de *juicio crítico* –aunque personalizándolo, ya que vincula la habilidad individual (*de alguien*) con la consecución de un determinado estado: ser culto– con la de *culto religioso*.

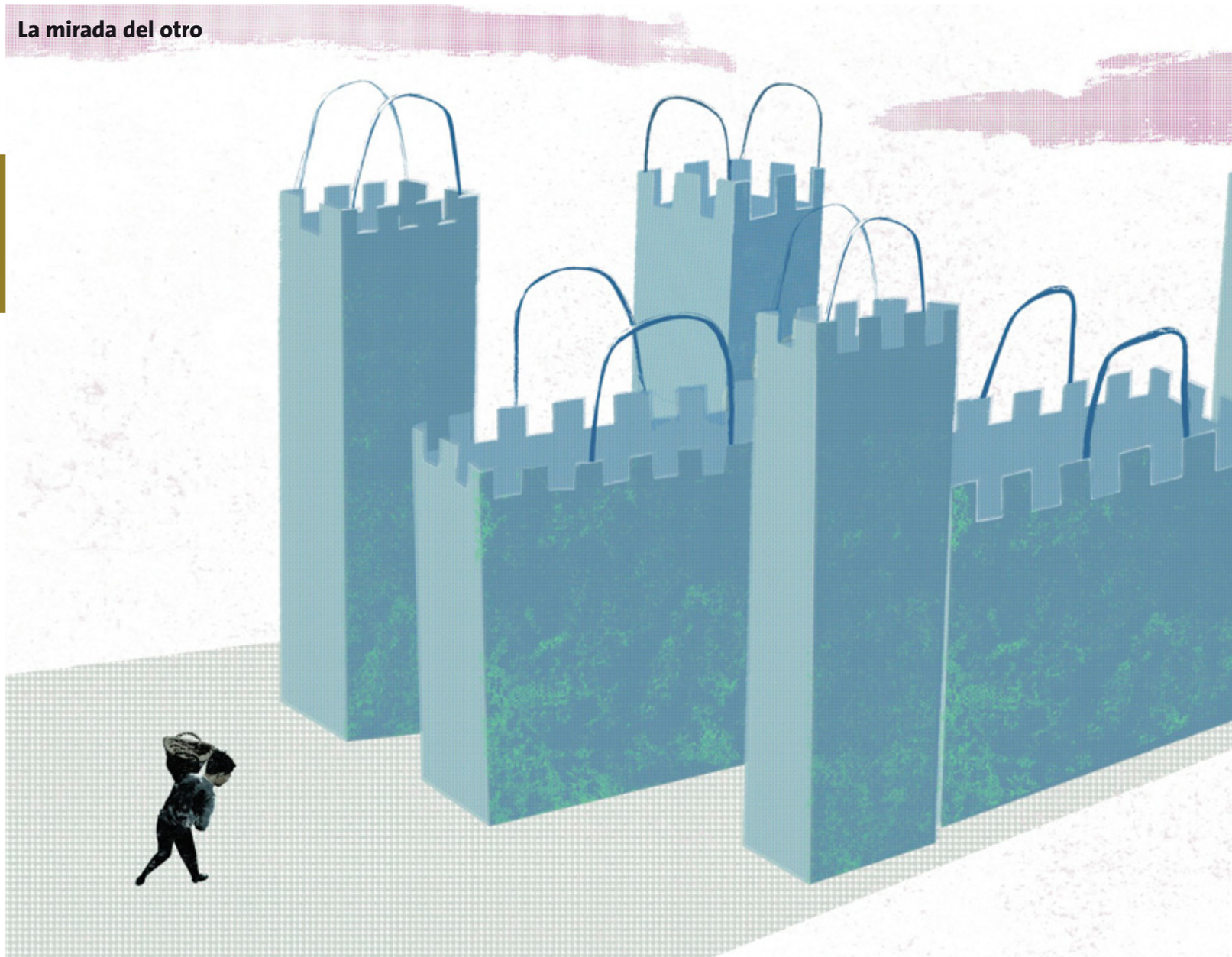
En 2007, César Antonio Molina, director del Instituto Cervantes y poco después ministro de Cultura en el Gobierno del presidente Rodríguez Zapatero, manifestó que "no hay lengua ni cultura que esté por encima de nosotros. Ni lo estuvo, ni lo está, ni lo estará". La primera parte de la declaración responde a la habitual actitud chauvinista de muchos políticos o intelectuales en cualquier parte del mundo. Sorprende más la segunda frase. Según Molina, la cultura hispana es *atemporal*, está ahí, desde siempre, y nunca ha necesitado competir para escalar posiciones en un supuesto *ranking* mundial.

El ministro no estaba loco, ni le dio un ataque puntual de "españolitis". Tampoco su declaración es solamente una derivación, sin duda casposa, de las clásicas operaciones de mercadotecnia militante en el marco de las industrias culturales impulsadas globalmente por gobiernos e instituciones. No. El ministro estaba transmitiendo lo que es la columna vertebral del sentir oficial sobre la cultura desde tiempos inmemoriales: que la cultura española es excepcional, que su progresión no es el resultado de un proceso sino la constatación de una verdad original que traspasa la propia historia sin someterse a su juicio. Para el entonces ministro, lo mismo que para el inmenso entramado administrativo e intelectual del que fue su ministerio, la cultura hispana sería pues teleológica: se funda con un objetivo y tiene un destino manifiesto. La casualidad ha hecho que de todas las combinaciones posibles de las letras que componen la palabra "destino", solo haya otra inteligible: "sentido". Ambas acepciones se espejan y promueven una visión trascendente de la vida social y de su proyección histórica.

Si el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* y el ministro de Cultura no comprenden la utilidad de la transmisión y la exégesis de los elementos que constituyen una forma cultural, y consideran que la cultura sólo desarrolla "un juicio crítico del individuo", ello no puede entenderse más que por la absoluta certeza de que lo hispano, uno de cuyos más notorios pilares es la lengua, tiene una condición endógena que no puede "interpretarse" desde fuera, o aún peor, que *no puede interpretarse*, por lo que el papel de la educación nada tendría que ver con la exploración crítica de los conocimientos. Si la cultura, aun incorporando los avatares del paso de la historia, se mantiene siempre fiel a sí misma, la educación, desde esta perspectiva, sería la negación de esa fidelidad, pues daría entrada al conocimiento "inútil" de otras estructuras que en nada beneficiaría a la comunidad.

El sistema educativo resultante de todo esto lo conocemos bien. La transmisión de conocimiento se ha reducido a la celebración de un catálogo de dogmas históricos y culturales y, en el mejor de los casos, a una mera racionalización "contextual" de los mismos: en España, diciendo que somos tan europeos como los demás; en América, que la unidad cultural es tan grande que, al fin y al cabo, somos todos americanos y así somos. Deshacer la excepcionalidad no puede pasar por camuflar la memoria en una memoria mayor. Y, aunque pueda parecer que los tiempos han cambiado, eso no es tan evidente. En España, las apabullantes interferencias políticas en el sistema escolar, en parte producto de la guerra, que mantienen instituciones y gobiernos en temas como las asignaturas éticas o el idioma en el que se imparten las clases, representan el origen mezquino de un relato educativo orientado a deshacer conflictos y problemas al entender éstos como fuentes de violencia.

¿Qué queremos decir con esto? Que la cultura y la educación son términos contaminados por premisas apriorísticas. Podríamos estar tentados de pensar que, por lo dicho, la transmisión de la cultura está más asegurada en el ámbito educativo que en cualquier otro entorno social. Pero, entonces, nos debemos preguntar: ¿de qué noción de cultura hablamos? ¿Una cultura grabada en piedra? ¿O un conjunto de prácticas sociales y comunicacionales? Podemos también imaginar que la influencia política en la educación de los niños es el mero ejemplo del interés oficial por preservar la transmisión de conocimientos o de ayudar a la integración social. Nada más lejos de la verdad. Es posible que muchos de los profesionales de la educación tengan interés en transformar las cosas, pero los desastrosos resultados están ahí. La educación no se concibe como una transferencia crítica de herramientas, sino como mero transmisor de verdades. Y si entendemos esas verdades como la Cultura, entonces sí podemos decir que, desgraciadamente, la cultura se transmite en la educación.



Barcelona lleva el comercio en los genes, una pasión casi visceral para la venta. No obstante, desde hace diez años, algo cojea en su modelo comercial. La limitación de grandes superficies para proteger el pequeño comercio puede volverse en contra de sus propios habitantes.

De compras en Barcelona

Texto **Armand Chauvel** Corresponsal de "L'Usine Nouvelle" y "LSA" en España

Mango, Desigual, Custo... Barcelona tiene un talento único para crear nuevos conceptos de tiendas ¿Qué otra ciudad tendría la genial idea de crear una farmacia del caramelo tal como Happy Pills, por ejemplo? Desigual de la Rambla, inspirada en la Boqueria, con sus pantalones y camisas vendidos en quioscos como las mercaderías del célebre mercado, traduce una audacia y un sentido del marketing que provocan admiración. La mía entre ellas, como periodista especializado en economía.

Sin embargo, al no ser un gran consumidor de moda, deambular en un mercadillo, entrar en una antigua tienda o conversar con un *botiguer* me excita más que mirar los escaparates del Passeig de Gràcia, por soberbios que sean. Como otras grandes ciudades portuarias, Barcelona lleva el comercio en los genes, una pasión casi visceral para la venta, una desconcertante y casi virtuosa facilidad para hacer sonar las cajas registradoras. No se equivocan los profesionales de la distribución extranjeros que acuden aquí a aprovisionarse de buenas ideas, observar y, hasta decididamente, copiar las ideas que funcionan.

El barcelonés sabe vender, Barcelona sabe venderse, y no obstante, desde mi perspectiva, ya no de periodista sino

© Ana Yael Zareceansky

de habitante de la ciudad desde hace diez años, algo cojea en su modelo comercial. Cuando residía en el barrio de la Ribera, en la calle Princesa exactamente, a veces realizaba una parte de las compras en dos empresas alimentarias, una española y la otra alemana, famosas por sus precios muy competitivos. A la vuelta de una marcha agotadora de dos kilómetros, cargado con las bolsas con logo bien visible, los viejos residentes del barrio me explicaban con pesar que esos comercios estaban demasiado lejos para ellos. Este ejemplo ilustra cómo la limitación de las grandes superficies y de los centros comerciales (Barcelona es la ciudad de España más restrictiva en esta materia) puede volverse contra sus propios habitantes, hasta el punto de crear una desigualdad económica según el lugar donde se habite.

Imagino ya al lector sospechándome agente de los grandes distribuidores, un partidario de la economía ultraliberal. No lo soy en verdad. Pero de todas las ciudades donde he vivido, París, São Paulo y Lisboa, Barcelona es, con ventaja, aquella donde es necesario pasar más veces por caja para llenar la cesta. Comprar el pan en la panadería del barrio, los productos de limpieza, en el *Discount*, la fruta en una tienda bio, las verduras en el mercado, el resto de las compras en el supermercado, sin olvidar por supuesto correr a El Corte Inglés a proveerse de todo aquello que no se encuentra en otros lugares, reclama piernas y un sentido de la organización a toda prueba. Y para quien no vive en las inmediaciones, acudir a un centro comercial, Glòries o L'Illa Diagonal (ni siquiera hablo de La Maquinista) es una expedición que se prepara con algunas semanas, e incluso algunos meses de antelación.

Todo ello, nos dicen los políticos, porque hay que proteger al pequeño comercio. Loable objetivo… a condición de que el pequeño comercio ofrezca un servicio de primera calidad. He vivido nueve años en Ciutat Vella y siempre busco los puestos del mercado de la Boqueria o Santa Caterina, "sí, ya verás, aquel de la izquierda, detrás de la columna", donde la calidad irreprochable de las frutas y verduras y lo módico de los precios no tienen igual. El otro día una amiga australiana que vive cerca del mercado de Santa Caterina se quejaba ante mí en estos términos: "¡Hace más de veinte años que voy a su mercado y todavía intentan pillarme!" En cierta bodega, que no citaré, la patrona prefiere perder un cliente que cambiar una botella de vino mal encorchada.

Es verdad que a menos que se quite de encima el acento, el extranjero pasa siempre por un turista, en consecuencia por un primo, tanto en Barcelona como en otros sitios. Es verdad, también, que con quince años de crecimiento ininterrumpido de la economía española, hasta 2007, una parte de los comerciantes se han dormido en los laureles, han perdido de vista lo que honraba su profesión: el precio justo, el sentido del servicio, el respeto de la clientela.

¿Ello ha cambiado con la crisis? Hablar del pequeño, minúsculo rectángulo de tarta de manzana por el que he pagado cuatro euros con diez céntimos (sí, 4,10 €) anteayer, en la Rambla de Catalunya, parece mezquino, lo sé, pero ilustra otra realidad preocupante: la inflación de las facturas y de los tickets de caja en la parte turística de la ciudad. Allí donde se mueve el *homo turisticus*, expresiones tales como *crisis financiera* o *recesión global* siguen siendo conceptos abstractos. Para esos comerciantes autistas, el PIB español sigue creciendo siempre al ritmo del 7% anual y Bernard Madoff no duerme todas las noches en la cárcel. Incluso el turista se siente atrapado, obligado a comer o cenar en su habitación de hotel para no ver su cuenta bancaria devorada a dentelladas en los restaurantes.

¡Qué contraste con Gràcia, adonde me he mudado hace tres meses! En este barrio las informaciones acerca de los más de cuatro millones de parados españoles o acerca de la reducción del poder de compra llegaron a todos los oídos, gracias. Aun empobrecido por la crisis, el cliente es rey, sin distinción de origen. La panadera ofrece un croisán a vuestro niño y el vendedor de la tienda de gafas revisa al instante la patilla rota de vuestras gafas como si le fuese la vida en ello. Con el objeto de evitar el cierre de su comercio, el patrón de una tienda de ultramarinos desarrolla la venta a domicilio.

Mientras los escaparates uniformes y tristones invaden Ciutat Vella, Gràcia conserva un comercio dinámico, innovador y competitivo. Pero no todo es perfecto. Por ejemplo, entre dos tijeretazos, mi nueva peluquera nunca desaprovecha una ocasión para quejarse de la proliferación de peluquerías alrededor de la plaza Vila de Gràcia. Demasiadas licencias acordadas por el Ayuntamiento, según ella… Pero en su conjunto, el pequeño comercio ofrece servicios apreciados por los habitantes y creadores de vínculo social. ¿Los supermercados? Ya no camino dos sino un kilómetro para encontrar uno, lo cual sigue siendo mucho y me obliga a hacer una parte de las compras en el colmado del barrio. Porque, y es otro fenómeno propio de Barcelona, la escasez de grandes superficies alimentarias ha dado aire a los colmados, convertidos en parte integrante del paisaje urbano. Como si estas tiendas de alimentos poco provistas y de precios prohibitivos, y cuya única ventaja radica en sus horarios de apertura más amplios, pudieran suplir la falta de grandes superficies. Los colmados tienen una función que cumplir, cierto, pero ¿su proliferación es en verdad la respuesta adecuada?

Y puesto que las licencias de apertura dependen en parte de la administración municipal, ¿esta no debería preocuparse también de la integración de los comercios a la arquitectura? Ciertos establecimientos (no solo los colmados, sino las tiendas de recuerdos o cierta cadena catalana de bocadillos…) son tan feos que su presencia en el Born, en la calle Argenteria o, aún peor, en el ángulo emblemático de la plaza Sant Jaume, casi me infunde deseos de recurrir a un abogado para incoar una acción por daños y perjuicios estéticos contra la belleza de las piedras. ¿Proteger el pequeño comercio? Por qué no, pero sin expoliar al consumidor final ni vender el alma de una ciudad tan fascinante.

En el nuevo marco competitivo internacional, Barcelona parte de una buena posición, incluso envidiable, para seguir compitiendo. Se debe tener la voluntad de hacerlo, y también hay que saber cómo.

Sobre la Barcelona que queremos

Texto **Anna M. Birulés** economista y exministra

© Ana Yael Zareceansky

Barcelona es hoy una ciudad con luz propia en el mapa mundial de las ciudades. Se ha avanzado mucho desde aquel año 92 cuando, con los Juegos Olímpicos, teníamos bastante con "colocarnos en el mapa". Hoy el mundo es más global. Al aumentar la interconexión, la información y la movilidad, y la circulación de personas, de bienes, de servicios y de capitales, se ha acelerado la competencia mundial, no tan solo entre países y regiones, sino sobre todo entre ciudades. En este nuevo marco competitivo internacional Barcelona parte de una buena posición, incluso de una posición envidiable, para continuar compitiendo con éxito. Hay querer hacerlo, y también hay que saber cómo lo haremos.

Barcelona es una ciudad deseada por muchas personas de todo el mundo, por gente de diversas condiciones. No es la mayor, ni la más moderna, ni la más espectacular, ni la de los mayores museos, pero es una ciudad a donde mucha gente le gustaría ir, le ha gustado haber ido o, incluso, poder vivir. Es muy cierto que tiene referentes arquitectónicos y culturales de alcance internacional; que la promoción, el urbanismo y las infraestructuras realizadas estos últimos años han ayudado a aumentar su atractivo; que las actividades económicas que más ven los visitantes –desde la gastronomía y los hoteles hasta las ferias y los congresos– se han profesionalizado hasta tener entidad por ellas mismas... Pero también es cierto que es una Barcelona con seguridad insuficiente, que no valoramos bastante la actividad económica que comporta nuestro atractivo internacional, que demasiadas veces pensamos que nuestra calidad de vida es sostenible solo por la geografía y por el clima maravilloso, y que de manera errónea contraponemos turismo a vida ciudadana.

Además, Barcelona no es un oasis en un desierto, es una ciudad rodeada por una gran conurbación, que la alimenta y de la cual se alimenta. Para competir dispone de un territorio más amplio y asequible en términos urbanos: el Museu Dalí, en Figueres, forma parte de su oferta cultural, y viceversa; el sincrotrón y el Parc de l'Alba son una fuente de riqueza y de atracción de talentos, como las reconocidas escuelas de negocios o el 22@ para el conjunto del tejido empresarial, esté en Barcelona o no; la Costa Brava, la Daurada o los Pirineos forman parte de su oferta, y viceversa. Estos son algunos ejemplos de una larga lista muy interesante que configura una marca internacional que se extiende asociada a un territorio más amplio, que es el catalán y en algunos casos el español. Es un importante valor que no se puede echar a perder.

El atractivo de Barcelona es, a mi entender, muy potente para seguir compitiendo en el futuro. Va íntimamente ligado al modelo de ciudad y, por tanto, a sus fortalezas y debilidades. Barcelona atrae por lo que tiene, por cómo se vive, por cómo se trabaja, por cómo los ciudadanos se relacionan... En fin, por su concepto de ciudad, por la calidad de vida y por su pluralidad y manera de hacer, que transmite valores de convivencia, cosmopolitismo, creatividad e innovación durante muchos años de historia. Se advierte que en la época moderna fue construida por emprendedores, que fue la gran ciudad comercial del Mediterráneo, que siempre ha sido una ciudad abierta, que en tiempos recientes ha realizado un gran esfuerzo de acogida e integración que ha dado constantes y diversas muestras de ingenio e innovación.

Tenemos una ciudad con muy buenos atributos y una excelente posición internacional que debe mejorarse en diversos ámbitos, pero sobre todo necesita persuadirse de que la innovación y la mejora de la calidad de vida de sus ciudadanos exigen competir internacionalmente encontrando al mismo tiempo los propios rasgos diferenciales.

Debemos comprender bien el alcance de este reto y hay que actuar de manera equivalente a la que en su día nos permitieron los Juegos Olímpicos del 92. La candidatura y la posterior realización de los Juegos fueron posibles porque hubo un gran esfuerzo, público y privado, y una estrategia, más amplia, con objetivos claros. Se involucró en ello mucha gente y diversas instituciones, de diferentes colores políticos. Buscábamos contar en el mundo de entonces, atraer inversión extranjera más allá de la europea –especialmente la japonesa y la norteamericana–, conseguir visibilidad para algunas de nuestras marcas y "multinacionales de bolsillo", conseguir acuerdos para el progreso tecnológico... Y también perseguíamos colo-

carnos en el mapa demostrando que éramos capaces de organizar unos juegos de manera innovadora, con unos resultados y una gestión económica excelentes. Lo hicimos en momentos difíciles. Ahora debemos ser capaces de repetirlo aunque haya aumentado la complejidad del mundo global.

Nuestro modelo deseado de ciudad, la ciudad donde queremos vivir, no será una realidad lograda ni sostenible económicamente si no tiene éxito en el ámbito internacional. De la misma manera que en el siglo pasado las principales ciudades se configuraron a partir de los grandes centros del comercio en cada uno de los ámbitos regionales, hoy es el atractivo internacional lo que determina las ciudades mundiales. Actualmente, las ciudades compiten para atraer constantemente el interés de una gran diversidad de actores mundiales. Busquemos, entre otros, el interés de los inversores, de las empresas, de los científicos, de los artistas, de los profesionales, de los medios de comunicación, del mundo académico y de la gente en general. Las ciudades quieren ser deseadas para ser visitadas, para ir a vivir, para trabajar, para estudiar, para hacer negocios, para relacionarse en ellas... Además, las grandes y medianas metrópolis mundiales intentan hacer de la industria turística un motor de desarrollo económico y una palanca de revitalización del territorio. Convertirse en un "destino turístico", en este nuevo entorno, es un gran objetivo económico y de calidad de vida para los ciudadanos de estas ciudades.

Competir internacionalmente exige que Barcelona continúe invirtiendo en infraestructuras, seguridad, salubridad y condiciones de vida, base cultural y diversidad, pero, sobre todo, en capacidad de atraer mucha gente buena y preparada en diversos ámbitos. Para atraer gente con talento y capacidades necesitamos "producir" mucha. Queremos decir entonces que apostar más claramente por el conocimiento, por las habilidades, por la formación, por, en definitiva, tener personas entre las mejor preparadas y con ambición... es la clave para que Barcelona pueda competir también como ciudad.

Necesitamos más gente con capacidad y talento que quiera estar en el primer plano en su campo de actividad, sea empresarial, artístico, científico, profesional o incluso, político. Y debemos seguir siendo un gran destino turístico por razones comerciales, educativas, científicas, sanitarias, empresariales, culturales, de ocio... y de toma de decisiones.

Como ciudadanos de Barcelona no queremos vivir en una ciudad que no sea competitiva en el ámbito internacional. Acabaríamos no gustando a los visitantes ni a quienes residen de manera permanente, y sobre todo nos empobreceríamos.

Desde el punto de vista urbanístico se diferencian tres tipos de ciudad: la tradicional, la alternativa y la informal. Existen experiencias como la de Casavalle –localidad que se ha consolidado como la zona roja, la de mayor desorden y caos social en el discurso hegemónico–, donde se mezclan las tres formas en un contexto de marginación.

Transformar la fragmentación urbana

Texto **Eduardo Álvarez Pedrosian** Antropología y Epistemología de la Comunicación. Universidad de la República – Uruguay
Fotos **Inés Guimaraens**

"La forma arquitectónica no está destinada a funcionar como Gestalt cerrada sobre sí misma sino como operador catalítico generando reacciones en cadena en el seno de modos de semiotización que nos hacen salir de nosotros mismos y nos abren campos inéditos [...] puede generar proliferaciones y líneas de fuga en todos los registros del deseo de vivir, el rechazo de abandonarse a la inercia dominante".[1]

La espacialización de las desigualdades sociales ha venido pautando el desarrollo urbano y territorial en general, tanto en lo referente a las políticas emprendidas por las instituciones como por los movimientos migratorios de los habitantes desplazados, una espacialización que es también movilidad. Al respecto, el caso de Montevideo es hasta el momento paradigmático. Con un corrimiento urbano –expansión del tejido urbano por desplazamiento espacial– del 32% en los últimos cuarenta años, su población más que aumentar ha disminuido.[2] El poblamiento de los bordes periféricos ha desdibujado los límites de la ciudad, mientras que numerosas viviendas en las manzanas de las zonas consolidadas (con servicios y comunicaciones) permanecen vacías, tapiadas para evitar su ocupación. La polarización social se ha hecho visible en la espacialización, así como esta se ha consolidado como determinante crucial en las configuraciones subjetivas de los desplazados, lo que ya sabemos que sucede sobre la corrosión de la identidad a partir de la estigmatización del resto a quienes habitan ciertos lugares etiquetados de rojos, peligrosos, violentos.[3] Es así que la ciudad contemporánea muestra vacíos en las antiguas zonas consolidadas y se extiende a lo largo de cinturones y concentraciones de pobreza.

Las zonas segregadas, más que a la homogeneización, tienden a una diferenciación radical, lo que sí es acompañado por una homogeneización en el interior de cada fragmento urbano, unidad de espacio que se repliega sobre sí misma. Una pluralidad de entidades espaciales proliferan, cada una con sus cualidades específicas, en un contexto de

Los vecinos de los barrios segregados de Montevideo, además de sobrellevar una economía precaria, han de tomar en sus manos el destino de un espacio público en situación lamentable. En la página anterior y arriba, imágenes de la Unidad Casavalle I y de la Unidad Misiones, y entrada de una vivienda con el caballo para tirar del carro, extendido medio de transporte y trabajo.

solapamiento mutuo permanente y de nuevas ocupaciones que reconfiguran la cartografía en su totalidad.

Desde el punto de vista urbanístico, se ha diferenciado tres tipos de ciudad: la tradicional, la alternativa y la informal. La primera se refiere a los entornos clásicos, que en Latinoamérica alude a los cascos coloniales y a los diferentes ensanches previos al siglo XX. En Montevideo esto es evidente en su morfología: la península hoy llamada Ciudad Vieja, y los barrios incluidos en el bulevar Artigas proyectado en el segundo ensanche de la ciudad. También existen antiguos pueblos absorbidos posteriormente, así como fraccionamientos donde se erigieron espacios de las mismas características. La ciudad alternativa se refiere a los modelos surgidos de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) y tipológicamente se traduce en edificaciones en altura, en viviendas de bloques y en tiras, en complejos habitacionales de alta densidad, esparcidos por todo el viejo entramado y concentrados en ciertos sectores, algunos de los cuales una vez fueron periféricos y otros siguen siéndolo aún. La ciudad informal, por último, es aquella determinada por la autoconstrucción y la falta de planificación, como en la ciudad medieval o en los actuales *cantegriles*, villas miserias, asentamientos, favelas, poblaciones, etcétera.

Casavalle, mezcla de ciudades

Existen experiencias como la de Casavalle –localidad que desde hace dos décadas se ha consolidado como la zona roja, de mayor desorden y caos social en el discurso hegemónico–, donde se mezclan estas tres formas en un contexto de marginación; zonas tratadas como depósitos espaciales donde experimentar con programas de mínimos costos y tener a poblaciones enteras en situación de transitoriedad, donde otros que son los desplazados encuentran espacio para levantar su rancho, su chabola.

Casavalle nace en la zona designada por los fundadores de la ciudad para las chacras, más allá de los ejidos y de los propios y las dehesas. Del trazado inicial de los repartos de tierras (1726) queda determinada la actual orientación de las calles, las macromanzanas previas a la subdivisión de las chacras y la forma de "V" de la periferia, donde Casavalle viene a marcar el vértice inferior y ha sido convertido en un embudo, una cuña. Hasta allí penetra aún el medio rural de

A medidados del siglo XX comenzó la sucesiva construcción de diversos complejos habitacionales en el antiguo paraje Casavalle y sus aledaños. En la imagen, la parte mejor constituida, con calles definidas y aceras, en el barrio Jardines del Borro, originario de 1926.

> "La puesta en práctica de procesos de diseño colectivo llevaría a transformar el espacio a partir de una experiencia que fuera a la vez un proceso de transformación de subjetividades, esta vez con bastantes armas como para destrozar el estigma".

forma ostentosa, los campos verdes y el vacío más cercano a las zonas céntricas y consolidadas de la ciudad. Cuando en las primeras décadas del siglo XX se comenzó a urbanizar el antiguo paraje Casavalle, se lotearon terrenos de grandes extensiones (como el barrio Plácido Ellauri de 1908, loteamiento de macromanzanas para casas de tipo quinta realizado por Francisco Piria, el mayor emprendedor inmobiliario de entonces y conocido internacionalmente por su balneario Piriápolis, en el que aún permanece su castillo alquimista) y se fundaron barrios según los modelos de la ciudad jardín de Howard, por entonces valorados como solución a la transición entre el campo y la ciudad.

Desde mediados del siglo XX empezó la sucesiva construcción de diversos complejos habitacionales en toda la zona. El primero de ellos fue el llamado Unidad Casavalle, que se realizó en 1958 como parte de un proyecto más ambicioso. El barrio Jardines del Borro, creado en 1926 y ubicado inmediatamente al norte, sintió las primeras conmociones; pero el contexto se agudizó cuando en 1972 –un año antes del golpe de Estado cívico-militar que duraría formalmente hasta 1984– se levanta la llamada Unidad Misiones, "Los Palomares" para todos los vecinos de dentro y de fuera, por su forma y densidad. En términos generales del mercado inmobiliario y la propiedad de la tierra, en 1974 se liberan los precios de los alquileres y con ello la dictadura comienza pautando desde el principio un movimiento migratorio de amplios sectores desde las zonas consolidadas de la ciudad hacia las periferias desprovistas de urbanidad, expulsados por no poder ni siquiera alquilar. Esta tendencia migratoria ya había comenzado una década atrás por el nivel de los precios, pero desde entonces se consolidó estructuralmente. "Los Palomares", nacidos en tal contexto, se convertirían en uno de los espacios de mayor hacinamiento y concentración de la pobreza; y para el imaginario social contemporáneo, de circulación de sustancias ilegales como la *pasta base* (*paco* en Argentina, residuo de cocaína procesada generalmente con queroseno y ácido sulfúrico), y escondite de la ley para los que así lo necesitasen, ambas cuestiones en realidad mucho más extendidas por todo el territorio, incluida la franja costera tan valorada por los sectores medios y altos montevideanos.

Los habitantes de la primera unidad habitacional, la que lleva el nombre del barrio, se habían establecido permanentemente una vez que se hizo evidente que los proyectos estatales de entonces no se iban a cumplir, y aquellas viviendas transitorias, dispuestas en forma de peine a lo largo de sendas peatonales, terminaron siendo lo único que se construyó, mientras que la fase final de un complejo de mayores calidades materiales y expresivas jamás se concretó. "Los Palomares" fueron transitorios, fueron construidos para durar aproximadamente diez años, y aún existen, superpoblados, implosionando.

A estas dos tramas hay que superponer la tercera, la de la ciudad informal. En nuestro caso es la más extendida, atraviesa transversalmente todo el territorio, se comporta más como una mancha que como un emplazamiento, y no cesa de estar transformándose. Son los más de cincuenta asentamientos de población en la zona, algunos ya con más de veinte años de existencia, algunos con menos de cien habitantes, otros con más de mil. Últimamente, algunos de ellos, muy pocos, han entrado en el proceso de regularización emprendido por los agentes públicos, que implica algo así como una refundación en la mayoría de los casos sobre la antigua ocupación, con construcciones de estándares dignos y con la participación de los vecinos en el proceso. Se trata de emplazar aquello que se ha configurado con grupos seminómadas. Pero toda la zona sigue siendo un depósito, aún se siguen enviando contingentes poblacionales y erigiendo nuevos entornos espaciales discontinuos entre los existentes. Y siguen en pie y más vivos que nunca aquellos que una vez fueron planteados como transitorios, de gran precariedad y limitados para soportar una población cada vez mayor, y se consolidan los asentamientos como hemos descrito.

Fragmentación y segregación

A pesar de la fragmentación espacial y subjetiva en general, se han tendido y se siguen tendiendo puentes entre los fragmentos, entre individualidades aisladas y cerradas sobre sí mismas. Si de las condicionantes se trata, todas tienden a la fragmentación, desde la morfología de las unidades habitacionales emprendidas por los diferentes gobiernos en medio siglo, al abandono del equipamiento urbano y la prestación de servicios que tendría que, por lo menos, entramar los distintos fragmentos. De este modo se generan grandes diferencias jerárquicas en el interior de la zona, entre los fragmentos, así como en el interior de los mismos, hasta la unidad familiar o individual. Y es que más allá de los discursos, de los símbolos y las significaciones, la necesidad lleva a que exista una movilidad entre los fragmentos en el interior de la zona, así como con el exterior principalmente desde los asentamientos. El depósito no deja de estar conectado en todas direcciones, obviamente, a través de los conductos de la segregación social y la marginalidad.

Y es por esta razón por la que, a pesar de no perder jamás las relaciones con el exterior, el asilamiento es efectivo. La

“La lógica de segregación va acompañada de una de fragmentación. Los elementos se relacionan más con los del exterior que con los contiguos y semejantes”.

lógica de segregación va acompañada de una de fragmentación, con lo cual los elementos se relacionan más con los del exterior que con los contiguos y semejantes. La producción de subjetividad queda fuertemente determinada por estas premisas que actúan sobre todo tipo de estratificación: el trabajo, el consumo, la salud, etcétera. La mayoría de las mujeres se dedican al trabajo doméstico en casas de las zonas de la ciudad ocupadas por las clases medias y medias-altas, la presencia de militares de bajo y medio rango es creciente, así como la principal fuente de recursos es la basura generada por los que más pueden consumir y llevada hasta los asentamientos para ser clasificada y vendida a los centros de reciclado cercanos.

Como plantea Deleuze, estamos hechos de tres tipos de líneas.[4] Las líneas duras y segmentarias aquí aparecen caracterizadas por una fuerte ruptura con el entorno, referidas a modelos que reagrupan a los sujetos en otros conjuntos que repelen al vecindario, profundamente estigmatizado, hasta tal punto que en algunos casos se hace necesario ocultar y mentir sobre el lugar de residencia en otros campos de experiencia, principalmente los laborales.

El segundo tipo de líneas, las de los microdevenires, es en el que es posible el enriquecimiento de los encuentros. En esta situación de guetización, ello es posible desde el reconocimiento de las semejanzas en las contigüidades, algo que ha estado bloqueado, y hasta fuera de lo posible en cierta manera. El proceso de creación de identidad, acechado permanentemente por la estigmatización sostenida desde el bombardeo massmediático, se ve dificultado ante la negación de la posibilidad en sí misma, desprovisto de material en una vida cotidiana sufrida como una eterna transitoriedad, en un alto grado de evanescencia. Vecinos de un mismo pasaje, una misma senda, de algún camino dentro de un asentamiento, rehuyen la existencia del otro. La *polis,* considerada como configuración de ciudadanos, intersubjetividad productora de vínculos, emerge de manera discontinua y fragmentada, lo que implica un esfuerzo gigantesco por parte de los vecinos que se movilizan en diferentes redes locales. Los vecinos, además de tener que “trabajar para trabajar”, sobrellevar una economía excluyente y precaria, tienen que tomar en sus manos el destino del espacio público desbordado de basura, surcado por sabuesos infectados, ratas y cucarachas. Algunos movimientos sociales han surgido de los encuentros posibilitados por diferentes fuerzas sociales, algunos vinculados al socialismo cristiano y la teología de la liberación, que han generado cooperativas de trabajo y de vivienda, otros ligados a organizaciones centradas en la condición de género; otros, a las necesidades gremiales como las manifestaciones de carros de caballo de hurgadores de basura ocurridas estos últimos años como protesta ante las autoridades municipales, así como de colectivos generados en estos últimos años a partir de intervenciones sociales promovidas por el Estado.

Nosotros hemos tratado de trabajar para plantear un tercer tipo de líneas, las líneas de fuga, las de transformación de lo existente, a sabiendas de que es prácticamente imposible encontrar una salida a corto plazo.[5] Pero las líneas de fuga claramente nos plantean la necesidad de reconsiderar entre todos los participantes, vecinos e instituciones, desde todos los saberes disciplinares y no disciplinares, una reali-

Arriba, una mujer revolviendo la basura en busca de objetos reutilizables, en la Unidad Casavalle I. A la derecha, los angostos pasajes que separan las hileras de casas en el barrio Unidad Misiones, descriptivamente conocido como Los Palomares. En la página anterior, trabajos domésticos en plena calle, también en Casavalle.

dad otra frente a estos depósitos espaciales. Algunos especialistas en urbanismo han planteado la necesidad de derribar algunos de estos complejos habitacionales, a veces dejando en pie algún sector de los mismos.[6] Los vecinos de los diferentes fragmentos tienen versiones parciales de estas apreciaciones, pero en el fondo saben que lo que empezó siendo como algo transitorio alguna vez terminará. Pero frente al temor de volver a quedar sin techo, como antes ellos mismos o sus antepasados recientes, y adaptados estratégicamente a las condiciones existentes, si se embarcan en algo más que en el reconocimiento mutuo, en el proceso de creación de nuevas formas de vida, no podrán ser nuevamente desilusionados y abandonados a su suerte. Esto implica poner en consideración el deseo de vivir según entornos más urbanos o más rurales, según formas más artificiales o más naturales; dar la opción a repoblar los espacios abandonados de la ciudad consolidada a quienes así lo deseen, mientras se cualifica positivamente el antiguo depósito recuperando todo el potencial paisajístico que tenía.

No podemos seguir negando la existencia de estos procesos y su rol como generador del avance de la ciudad sobre el territorio. Como afirman algunos urbanistas, aquí y así es dónde y cómo se está haciendo la ciudad nueva, es un hecho.[7] Frente a ello parece posible, creemos, que la puesta en práctica de procesos de diseño colectivo entre especialistas y vecinos, en un contexto de recursos decididamente diferente –de lo contrario sería más de lo mismo, unidades de mínimos costos que devienen casuchas, complejos que se cierran sobre sí y dejan de mantenerse mínimamente, espacios libres proyectados para futuros parques convertidos en asentamientos– llevaría a transformar el espacio a partir de una experiencia colectiva que fuera al mismo tiempo un proceso de transformación de las subjetividades involucradas, un hacer que genera nuevas formas de ser, esta vez con bastantes armas como para destrozar el estigma que siempre está allí para abortar toda gestación. Sería posible, en definitiva, hacer de la individualidad del fragmento una singularidad en un flujo, de las diferencias en comunidades de centenares o miles de sujetos la materia prima para diseñar una heterogeneidad de espacios y espacialidades. Con ello es posible transformar el actual conjunto de piezas de diferentes puzzles en un collage abierto y múltiple, conectado a todo el territorio y singular al mismo tiempo en calidad de *lugar*, cualificado según semióticas y estéticas afirmadas en afectos y preceptos emergentes, y no erosionado y desfigurado por la negación y el abandono fruto del estigma. Ⓜ

Notas

1 **Guattari, Félix. "La enunciación arquitectónica", en *Cartografías esquizoanalíticas*. Manantial, Buenos Aires, 2000 [1989], p. 271.**

2 **Martínez Guarino, Ramón (ed. y comp.). *Libro Blanco del Área Metropolitana (Canelones, Montevideo, San José)*. Editorial Agenda Metropolitana – Presidencia de la República, Montevideo, 2007.**

3 **Wacquant, Loïc. *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2007 [2006].**

4 **Deleuze, Gilles – Parnet, Claire. *Diálogos*. Pre-textos, Barcelona, 1997 [1996], pp. 141-142.**

5 **Desde principios de 2008, junto a un equipo interdisciplinario más extenso, estamos realizando un trabajo de investigación participativa sobre la territorialidad, la identidad y la memoria colectiva junto con los vecinos, en el marco de otras actividades de corte educativo, productivo y terapéutico. Se trata de elaborar una cartografía de los procesos de subjetivación según estas tres dimensiones, embarcando en la exploración a los propios sujetos producidos y productores de dichos procesos, gracias a talleres sobre variadas temáticas y haceres, recorridas, entrevistas en profundidad, participación y generación de acontecimientos del lugar. Buscamos con ello colaborar en la generación de herramientas para la autonomía y dignificación de sus condiciones de vida. Nuestra inserción institucional y disciplinar en la zona es múltiple: organismos públicos, agrupaciones de vecinos y núcleos de investigación científico-filosófica.**

6 **Lombardo, Cecilia. *Hacia la resignificación de Casavalle, Montevideo, Uruguay; lineamientos físico-territoriales*. CEPAL-ONU, Santiago de Chile, 2005.**

7 **Cecilio, Marta – Couriel, Jack – Spallanzani, Mario. *La gestión urbana en la generación de los tejidos residenciales de la periferia de Montevideo. Áreas ocupadas por los sectores de población de bajos y medios ingresos*. Publicaciones Facultad de Arquitectura-UdelaR, Montevideo, 2003.**

Chantal Mouffe

“El pluralismo va ligado a la aceptación del conflicto”

Entrevista **Enrique Díaz Álvarez**
Retratos **Enrique Marco**

En contraste con el paradigma liberal-democrático dominante, Mouffe propone una reformulación del proyecto socialista a través de un modelo de democracia radical y plural. Este nuevo imaginario político no gira alrededor del consenso racional, sino en torno a un *pluralismo agonístico* que se caracteriza por reconocer que la política nunca podrá prescindir del *antagonismo*, ya que todo "nosotros" implica la existencia de un "ellos".

Mouffe defiende que la tarea democrática no debe consistir en excluir o negar un conflicto que es inerradicable, sino en lograr su "domesticación". En consecuencia, plantea transformar el *antagonismo* en *agonismo*, es decir, procurar una relación "nosotros/ellos" en la que los oponentes ya no se traten como "enemigos", sino que se perciban y reconozcan a sí mismos como "adversarios" que comparten un espacio simbólico común.

La presente entrevista se realizó en febrero de 2010, con motivo de una conferencia que Chantal Mouffe impartió en La Pedrera, como parte del ciclo "Retos socioculturales del siglo XXI", organizado por Dinámicas Interculturales - CIDOB y la Obra Social de Caixa Catalunya.

Parte importante de su modelo de democracia y confrontación agonística es el papel que otorga a la dimensión afectiva. Usted señala que "la principal tarea de la política democrática no es eliminar las pasiones ni relegarlas a la esfera privada para hacer posible el consenso racional, sino movilizar dichas pasiones de modo que promuevan formas democráticas"[1]. Apelar hoy en día a dicha movilización me parece muy sugerente o llamativo, porque desde hace tiempo, quizá desde los terribles excesos del fascismo y del nazismo por todos conocidos, la teoría política ha estigmatizado o menospreciado el papel que ocupan las pasiones en la política.

Estoy de acuerdo. Básicamente está ligado a lo que pasó con el nazismo. Por ejemplo, si uno piensa en la obra de Jürgen Habermas, que es uno de los principales representantes del modelo deliberativo de la democracia que yo critico, está claro que pretende pensar la política de un modo que impida el regreso de movimientos de masas del tipo del fascismo. Por eso insiste en que la política tiene que pensarse en términos racionales. Habermas piensa que las pasiones únicamente pueden ser movilizadas como lo hicieron Hitler y el nazismo, por eso dice que hay que evitar la posibilidad de que desempeñen un papel importante en política. Pero yo creo que ahí hay un error fundamental, porque si bien es cierto que las pasiones pueden ser movilizadas de una manera muy preocupante y peligrosa para la democracia, tampoco se pueden eliminar.

Dejar el terreno de las pasiones abierto solo a la derecha populista o a la extrema derecha es terriblemente peligroso. Estoy convencida de que hay una relación muy clara entre ese modelo racionalista aceptado por los partidos democráticos tradicionales –que no deja lugar para una movilización de las pasiones hacia objetivos democráticos–, y el éxito del populismo de derecha. Las pasiones no son eliminables de la política, están ahí. Forman parte del *make-up* de los individuos. Elias Canetti lo subraya de manera muy interesante en su libro *Masa y poder*, donde muestra que los seres humanos estamos atraídos por dos fuerzas opuestas: por un lado la afirmación de la individualidad, y por otro una pulsión a formar parte de una masa. Lo que quiero denotar con el término "pasiones" son todas las fuerzas afectivas que están en juego en la creación de identidades colectivas. No estoy de acuerdo en llamar a eso afectos o sentimientos. No se trata de una pasión individual, son pasiones colectivas. Hoy en día está creciendo mucho la investigación sobre el papel de las emociones...

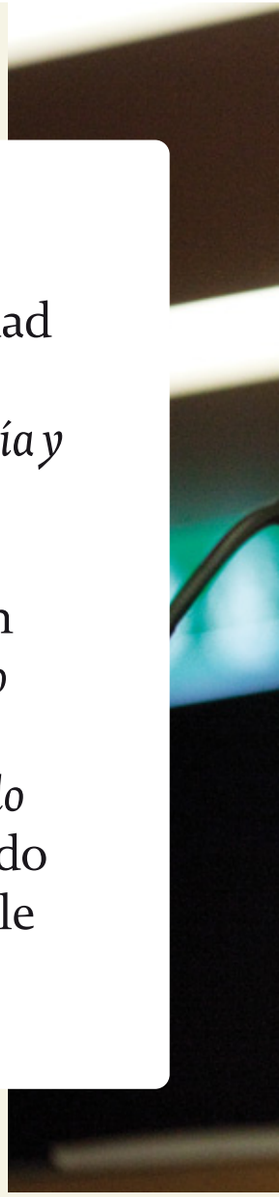
Pensadoras contemporáneas como Judith Butler o Marta C. Nussbaum han profundizado en tiempos recientes sobre el papel del duelo, la vulnerabilidad, la compasión o la empatía en política. ¿Es tiempo de reconsiderar moral y políticamente las emociones?

Sí, pero no quiero ir por ese camino. No digo que no pueda ser interesante, pero no es lo que tengo en mente. Por eso yo les llamo pasiones, porque es una fuerza colectiva, aquello que lleva a la gente a ser parte de un "nosotros". Hace algunos años tuve esa discusión con Richard Rorty, quien me dijo que lo que yo llamaba pasiones en realidad eran sentimientos. Le contesté que no, porque en verdad existe una diferencia teórica importante.

Claro que a mí también me parece importante la cuestión sentimental. Por ejemplo, Rorty, como crítica a Habermas, mencionó algo con lo que estoy absolutamente de acuerdo. Consideraba que libros como *La cabaña del tío Tom* –al crear formas de identificación y simpatía– habían desempeñado un papel mucho más importante en la lucha contra el racismo y la esclavitud en EE.UU. que todos los tratados filosóficos sobre la igualdad de las razas. Estoy de acuerdo con Rorty en ese punto de crear empatía, pero creo que tanto él como Nussbaum tienen una visión demasiado individualista. Lo que quiero es ligar siempre la pasión con el conflicto, un elemento que me parece que no está presente en esos autores.

En el prólogo de su libro *Desconstrucción y pragmatismo* critica los modelos democráticos de Rorty y Habermas porque "ninguno de los dos es capaz de comprender el papel crucial del conflicto y la central función integradora que desempeña para una democracia pluralista".[2]

Mi punto de partida tiene que ver con el concepto de pluralismo. Una cuestión muy importante a considerar, por su gran impacto sobre las discusiones actuales, es que todo el mundo



Chantal Mouffe (Charleroi, Bélgica, 1943) es profesora de teoría política en la Universidad de Westminster. Obras emblemáticas como *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (1985) –que escribió junto con Ernesto Laclau–, *El retorno de lo político* (1993), *La paradoja democrática* (2000) o *En torno a lo político* (2005), la han convertido en un referente imprescindible de la filosofía política contemporánea.

habla del pluralismo, pero en realidad hay dos maneras de entenderlo. Una es la forma liberal, que se encuentra en Rawls, Habermas o en Arendt, quienes reconocen que existen una multiplicidad de valores y perspectivas. Arendt, por ejemplo, retomando el *pensamiento ampliado* de Kant, insiste mucho en que la política tiene que ver con esa pluralidad y con la posibilidad de ponerse en los zapatos de los demás. El objetivo, para ella, sería ocupar todas esas perspectivas, tender a la creación de una armonía. Pero junto a esta concepción del pluralismo hay otra, la defendida por Max Weber –y también por Nietzsche–, que es el politeísmo de los valores. Ellos defienden que el pluralismo necesariamente implica conflicto porque es imposible que todos esos valores puedan algún día –aun en un mundo ideal– ser reconciliados, porque hay valores que se definen necesariamente en contra de otros. Así es como considero que hay que entender el pluralismo: un pluralismo que va ligado al reconocimiento de un conflicto inerradicable. Una vez aceptado este concepto, la cuestión es saber cómo puede existir la democracia pluralista, cómo va a funcionar, y es ahí donde viene mi propuesta.

¿Pero a qué clase de conflicto se refiere? ¿Se trata de construir una cultura del disenso?

Para mí los conflictos realmente importantes son los que llamo antagónicos, es decir, cuando realmente no hay posibilidad de una reconciliación racional. Para la visión pluralista liberal no hay conflictos antagónicos, porque todos pueden encontrar una solución, mientras que en la visión weberiana que yo sigo hay conflictos por fuerza antagónicos. Entonces, ¿qué hacer con ellos? Mi propuesta es ver cómo se puede transformar el *antagonismo* en *agonismo*. El objetivo fundamental de la democracia es crear las instituciones que permitan que, cuando el conflicto emerja, adopte una forma agonística y no antagónica.

Como parte de esta confrontación agonística, usted plantea "el adversario" como una categoría crucial para la política democrática. Esto es, que debe existir cierto reconocimiento o vínculo común entre las partes en conflicto, de tal modo que no se trate al "otro" como enemigo a erradicar. En este sentido, ¿qué clase de virtudes o disposiciones individuales serían fundamentales en su modelo adversarial? ¿Cómo piensa o se imagina el sujeto agonístico?

Un requisito fundamental para el desarrollo de una democracia agonística sería el abandono de la idea de que hay *una verdad* y de que nosotros la poseemos. Creo que en la izquierda –y aquí hago una autocrítica– hemos tendido demasiado a pensar que nosotros teníamos la verdad y que los demás estaban equivocados. Esa actitud es incompatible con la concepción agonística, que consiste precisamente en reconocer que hay puntos de vista enfrentados, diversas "verdades" que siempre estarán en conflicto. Tener como objetivo imponer tu verdad es muy problemático, y justamente lo que hay que reconocer es la legitimidad de los oponentes.

Uno de los problemas de hoy en día –y que desarrollo en mis trabajos– es que la política se juega en un nivel moral. Ya no se piensa en términos de izquierda o derecha, sino de bueno y de malo; "nosotros somos los buenos", "los otros son los malos". Si se piensa en esos términos, está claro que no hay posibilidad para una lucha agonística, porque si los malos son enemigos, no puedes tener un diálogo aunque sea agonístico con ellos, no puedes reconocer su legitimidad. La posición agonística –y esto es tal vez lo más complicado– implica reconocer la contingencia de tus creencias, pero sin embargo tener la voluntad de luchar para defenderlas. La política democrática implica aceptar la legitimidad de los otros, y al mismo tiempo estar dispuesto a luchar para transformar las relaciones de poder y crear otra hegemonía.

La gente opina que para tener fuerza y luchar hay que estar absolutamente convencido de que se tiene la verdad, y que abandonar eso conduce a la apatía. No me parece un punto de vista acertado, pero ahí radica la posición difícil de crear: tener al mismo tiempo un sentimiento de relatividad y de contingencia de tus creencias, y no obstante querer luchar por ellas. En cierto modo, cuando Kant habla del *entusiasmo* se refiere a un fenómeno semejante; una especie de entusiasmo para la

lucha, pero que no esté basado sobre la convicción de que uno tiene la verdad. Esta es la cualidad fundamental.

Desde hace algunos años, más de la mitad de la población mundial ya vive en centros urbanos. Toco el tema porque la ciudad siempre ha estado relacionada justamente con el conflicto, la convivencia entre extraños y la pluralidad de perspectivas. ¿Qué papel tiene el espacio público en su postura agonista? ¿Cree que es nostálgico preocuparse por las calles, las plazas o el ágora en la época de Internet?
No debería ser nostálgico; ahí entramos en el terreno de Internet, que también es muy interesante discutir. La manera como se evalúa la cuestión depende mucho de la visión que se tiene sobre qué es un espacio público. Para Habermas, por ejemplo, el espacio público es aquel que permite la deliberación que va a llevar a la solución. Idealmente, espera que a través de esa deliberación se va a crear el consenso. Para mí, el espacio público no es donde uno va a tratar de llegar al consenso, sino donde va a darse la posibilidad de expresión del conflicto, del disenso.

Desde ese punto de vista, Internet, en realidad, es un terreno neutro; pensar que por sí mismo crea ese espacio agonístico me parece un error. Lo puede crear, pero se debe tener una visión desde detrás, desde una posición no inscrita en la misma tecnología. Hoy en día, desgraciadamente, Internet no desempeña una función muy positiva en la creación del espacio agonístico. La gente tiende a leer solo los blogs de aquellas personas con quienes está de acuerdo, o a encerrarse en una serie de pequeñas comunidades con las que se identifica. No es un lugar donde se acude a leer opiniones no coincidentes con las propias. Este hecho lo encuentro realmente preocupante. Internet evidentemente puede ser utilizado como técnica para crear un espacio agonístico, pero para eso hay que tener una visión política clara de qué es lo que se pretende hacer.

Para regresar a su pregunta sobre lo que ocurre en el espacio de la ciudad, lo plantearía en términos similares; pensar que no necesitamos más espacios públicos porque tenemos Internet es un error, porque Internet no los reemplaza. Aun en el caso de que se desarrollara de forma más agonística, es muy importante mantener, crear y desarrollar los espacios públicos –públicos y físicos–, porque el contacto directo entre las personas es fundamental. Me preocupa que, con el auge de Internet, la gente ni siquiera se ponga frente a frente con otras personas. Hay una especie de encerramiento personal, de falta de contacto físico con los otros, de falta de contacto con las ideas distintas.

Este énfasis en tener la disposición y la posibilidad de confrontarnos con aquellos que no piensan como "nosotros"

me parece muy sugerente. Pero dentro de su modelo de democracia agonística, ¿cómo deliberar o discutir con aquellos que de entrada no quieren participar en ese espacio simbólico común que plantea el juego democrático? Pienso en la extrema derecha, el fundamentalismo religioso, el terrorismo, el narcotráfico...

No estoy defendiendo un pluralismo sin fronteras, ni que todas las demandas puedan formar parte de ese espacio agonístico. Insisto mucho en que entre los adversarios se necesita –y esa es la diferencia entre enemigo y adversario– lo que llamo un consenso conflictual, es decir, una base de consenso. Si no hay ningún terreno simbólico común, entonces no hay posibilidad de entrar en ningún tipo de diálogo agonístico en el discurso.

El consenso conflictual lo entiendo como un acuerdo sobre los principios ético-políticos que son los que caracterizan la democracia pluralista –libertad e igualdad para todos–, pero como un desacuerdo sobre en qué consisten su interpretación y su terreno de aplicación. Mucha gente puede estar de acuerdo en la igualdad y la libertad para todos, pero cada uno va a entender de manera completamente distinta qué tipo de libertad, qué tipo de igualdad y también ese "todos", porque el "todos" siempre es limitado, con fronteras. Está claro que hay personas que se sitúan definitivamente fuera del espacio agonístico, porque no aceptan los principios ético-políticos: los terroristas, los fundamentalistas –como el pequeño grupo que quiere establecer una república islámica en Inglaterra– o algunos grupos neonazis. Esos son enemigos, no son adversarios. Cuando digo enemigos quiero decir que no vamos a reconocer su derecho a defender su posición en el interior del marco democrático. Simplemente no, no hay lugar. A diferencia de los que no ponen en cuestión la base misma del pluralismo democrático, los enemigos no pueden ser reconocidos en nombre del pluralismo.

Escuchándola me ha venido a la mente una frase célebre de Manuel Vázquez Montalbán, un escritor catalán que fue todo un referente de la izquierda...

Lo conozco, el escritor de novelas policíacas...

Exactamente. La frase es "contra Franco vivíamos mejor". Vázquez Montalbán la escribió ya en plena transición democrática pensando en que parte de los males de la izquierda española era que no había superado esa situación de vivir contra el franquismo. En este sentido, ¿cuál consideraría que es actualmente el enemigo y el adversario de la izquierda en Europa?

Siguiendo el razonamiento que he planteado hasta ahora, el enemigo no será un enemigo de la izquierda, sino del sistema pluralista democrático. Es decir, los enemigos de la izquierda tendrían que ser también los enemigos de la dere-

Debajo, carteles del Partido del Pueblo Suizo pidiendo el voto para la prohibición de los minaretes, representados como misiles, durante la campaña del referéndum que se celebró en el país alpino en otoño de 2009.
En la página siguiente, acto electoral del Frente Nacional de Jean-Marie le Pen en la plaza de la Ópera de París, el 1 de mayo de 2007.

© Fabrice Coffrini / AFP / Getty Images

> “Las pasiones no se pueden eliminar de la política. Suponen una fuerza colectiva, aquello que lleva a la gente a formar parte de un ‘nosotros’. Pero es muy peligroso abandonarlas en manos de la derecha populista o de la extrema derecha”.

cha; los grupos terroristas, por ejemplo, son enemigos tanto del PSOE como del PP. En un régimen democrático, los partidos deben tratarse como adversarios, no como enemigos. La misma aceptación de la elecciones es una muestra de que tú aceptas que tus oponentes defiendan su punto de vista. El sistema democrático funciona sobre la base de reconocer al *otro* como adversario.

En realidad, hay tres formas de concebir la manera de relacionarse con el conflicto; hasta ahora hemos hablado de dos, que son el antagonismo y el agonismo, pero también está la concepción liberal, que simplemente entiende la política como un juego entre competidores, como un terreno neutral en el que no se acepta o reconoce que todo orden es un orden hegemónico que está estructurado por relaciones de poder. Para la concepción liberal, la política simplemente es una competición entre elites –un término de Schumpeter–, que consiste en tratar de ver quién ocupa los lugares del poder. Ése es el modelo de la democracia que se ha vuelto dominante después de la Segunda Guerra Mundial; llegas, ganas las elecciones y ocupas, y después viene otro….

En general, la gente piensa que la democracia implica la posibilidad de *alternance*, un partido gobierna y después gobierna el otro, y otro. Para mí una verdadera democracia implica la posibilidad de *alternatif*, cuando optar por un partido puede cambiar las cosas. Ésa es la diferencia entre alternancia y alternativa. El problema de la izquierda es que ha llegado a aceptar e interiorizar esa concepción liberal de la política, y por eso finalmente no hay diferencia fundamental entre los proyectos de centro-derecha y de centro-izquierda.

© Stephane de Sakutin / AFP / Getty Images

© Steve Liss / Time & Life Pictures / Getty Images

Manifestación a favor de la independencia del Quebec, el 25 de junio de 1990. En la página siguiente, la bolsa de Frankfurt el 15 de septiembre de 2008, jornada en que se registraron grandes caídas de los valores, en los primeros tiempos de la crisis financiera mundial.

Me acuerdo de que durante la campaña presidencial de Francia en 2002 bromeaba con mis estudiantes sobre el hecho de que la diferencia entre el programa de Lionel Jospin –que había declarado que no defendía el proyecto socialista– y Jacques Chirac era la misma que entre Coca-Cola y Pepsi-Cola. A mí, como a todo el mundo, me produjo un *shock* ver aparecer en televisión la cara de Le Pen como el segundo candidato más votado. Pero, en realidad, no me extrañó, porque era una justificación de todo lo que yo había dicho en un plano teórico; cuando los partidos democráticos no ofrecen una posibilidad real de escoger, y no tratan de movilizar a través de proyectos realmente distintos, son los partidos populistas de derecha los que ganan.

En efecto, la democracia pluralista exige la presencia de partidos e instituciones a través de las cuales puedan manifestarse las discrepancias e intereses en conflicto, pero ¿cómo se puede ser receptivo a la multiplicidad de voces, valores y concepciones del bien que confluyen cotidianamente en una ciudad multicultural como Barcelona, en la que alrededor del 15% de la población es inmigrante y conviven más de 110 nacionalidades?

No puedo contestar esa pregunta. Habría que conocer exactamente el estatuto de esos inmigrantes, y esto depende mucho de cada país. Mi posición con respecto al multiculturalismo, en un plano abstracto o general, es que debería haber más reconocimiento de las diferencias y costumbres de tipo cultural. No hay que imponer una homogenización, la diversidad aquí no solamente es legítima, sino positiva. Lo que no acepto es la posición de quienes declaran que implementar realmente el multiculturalismo implicaría adoptar unas formas de pluralismo legal. El caso de Canadá es particularmente interesante desde ese punto de vista; algunos señalan que cada comunidad debería tener derecho a un sistema judicial propio, es decir, que no haya una constitución o sistema jurídico que valga para todo el mundo. Ahí ya no estoy de acuerdo. Para que funcione la democracia es necesario respetar la adhesión a los principios ético-políticos. Nuestro orden democrático pluralista no es compatible con la existencia de principios de legitimidad en conflicto, porque en realidad lo que está en juego con respecto de esa multiplicidad de sistemas legales es el principio de legitimidad. No creo que en una asociación política quepan principios de legitimidad situados en posiciones enfrentadas, porque eso llevaría a la destrucción, a la disolución de la asociación política. También aquí veo límites al pluralismo. Hacen falta unos principios de legitimidad, los que se definen en la Constitución, que sean aceptados por todo el mundo.

Pasando a cuestiones de la actual coyuntura política, me gustaría preguntarle si cree que el colapso financiero de 2008 y el intervencionismo estatal que lo secundó son cla-

© Thomas Lohnes / AFP / Getty Images

> “Los partidos socialistas fueron corresponsables de la crisis al haber implementado el modelo neoliberal. Difícilmente lo podrían haber criticado, porque ellos eran parte del problema”.

ros indicios que confirman que el modelo neoliberal está en crisis. ¿Es tiempo de hablar ya de un orden posneoliberal?
Desgraciadamente no lo creo. A pesar de lo que se hubiera podido esperar, las cosas ya han vuelto prácticamente a la situación anterior a la crisis. Hubo una oportunidad que no se aprovechó y es realmente una lástima, porque con la crisis financiera, el Estado –que había sido demonizado durante toda la época neoliberal– súbitamente apareció como el salvador. El Estado podía actuar de dos maneras. Una era exactamente como lo hizo: intervenir para salvar los bancos, sin ni siquiera imponer nuevas reglas de regulación muy importantes. La otra era intervenir de manera mucho más radical, por ejemplo, utilizando esa oportunidad para desarrollar medidas más redistributivas, algo así como las medidas de Roosevelt con el *New Deal*.

Había una oportunidad, pero para eso hubiera sido necesario que en los países, hablo en el caso europeo, hubiera existido una izquierda realmente en condiciones de aprovecharla. Lo terrible es que, hoy en día, después de la crisis financiera, son los partidos de derecha y centro derecha los que de algún modo han sacado provecho. Después de las elecciones de Gran Bretaña el único país importante en el que se mantiene un gobierno socialista es la España de Zapatero.

La crisis no ha favorecido a la izquierda, como hubiera sido lo normal tratándose de una crisis del modelo liberal. Aquí hay dos cuestiones a tener en cuenta. En primer lugar, que los partidos de izquierda están en crisis prácticamente en todas partes, y la segunda –y tal vez la más importante– que hubiera sido muy difícil para esos partidos socialistas aprovechar la situación porque, en gran parte, también fueron corresponsables de la crisis al haber implementado el modelo neoliberal. Tony Blair, por ejemplo, privatizó cosas que Margaret Thatcher nunca se hubiera atrevido a privatizar. La izquierda estaba en una posición muy difícil para criticar o denunciar el modelo neoliberal; en realidad, ellos eran parte del problema.

La izquierda latinoamericana es otro espectro, otro contexto. Pero parece evidente que, en muchos sentidos, se han enfrentado con mayor firmeza al neoliberalismo. Pienso en el llamado eje bolivariano, o incluso en versiones más moderadas de la izquierda como Lula o el peronismo de Cristina Kirchner, que por cierto es admiradora confesa de su obra...
A mí me llama mucho la atención, y me preocupa, la manera como la izquierda europea en general y periódicos como *El País* o *Libération* presentan la situación latinoamericana. He llegado a la conclusión de que tiene mucho que ver con el problema del eurocentrismo. Los teóricos liberales, como Habermas, piensan que el modelo liberal democrático, tal como está implementado, es el modelo más racional, más moral y que tendría que ser universalizado. Creen que en Occidente tenemos un privilegio respecto a la manera de concebir la democracia.

La izquierda europea también tiende a considerar que tiene esa especie de privilegio en la manera de concebir la lucha de la izquierda en un país democrático. Es muy interesante, por ejemplo, que Chile sea el único país latinoamericano que en general ha sido bien visto por la izquierda europea. ¿Por qué?, porque evidentemente Bachelet es la que más se parece a la socialdemocracia europea, forma parte de la “buena izquierda” porque actúa “como nosotros”. De ahí que a Chávez no se le considere de izquierda, sino populista, porque es distinto de su modelo.

En *La paradoja democrática*[3] trato de demostrar que la democracia occidental es una articulación entre dos tradiciones bien distintas, una liberal y otra democrática, y que esas dos tradiciones siempre están luchando por la hegemonía en el interior mismo del sistema democrático. Hoy en día la manera como se entiende la democracia en los países europeos, aun por la izquierda, está marcada definitivamente por la ideología liberal dominante, y la tradición democrática está cada

© Partido Socialista Unido de Venezuela / EPA / Corbis

El presidente venezolano, Hugo Chávez, se dirige a miles de sus seguidores, el 23 de enero de 2009, durante los actos conmemorativos del aniversario del movimiento cívico-militar que en 1958 derrocó al dictador Marcos Pérez Jiménez.

vez menos presente. En América Latina hay una articulación distinta; ahí el elemento democrático llegó a ser dominante porque sufrieron de manera terrible los excesos del neoliberalismo. Debido a esta diferencia, para los europeos eso no es democracia, sino populismo, porque enfatiza el elemento democrático respecto al elemento liberal.

Parece que la forma de pensar la Unión Europea sigue basada en cierto esencialismo heredado de la comunidad e identidad nacional –de ahí la bandera, el himno...– , y uno piensa si en lugar de insistir en ese "nosotros" monolítico, no habría que partir de una identidad europea o imaginarla reconociendo lo mestizo, lo híbrido, pensar ya un "nosotros" plural...

Se puede concebir Europa de manera plural, pero de todas maneras soy partidaria y defiendo lo que llamo un mundo multipolar, multicéntrico, en el que haya una pluralidad de bloques regionales. En este sentido, estoy en desacuerdo absoluto con lo que mencionan Hardt y Negri en su último libro, *Commonwealth,* cuando dicen que hay que acabar con la familia, el Estado y la nación.

Me parece muy positivo lo que está pasando en Latinoamérica, donde, a pesar de las diferencias existentes entre los países, existe la aspiración de crear una identidad latinoamericana por parte de instituciones como el Unasur o el Banco del Sur. También es importante que China empiece a ser un poder que contrarreste a los EE.UU., y que haya esas unidades globales. En este sentido, la Unión Europea podría desempeñar un papel decisivo, pero no tiene por qué hacerlo sobre la base de negar las diferencias entre los distintos países europeos.

¿Eso sería un intento de trasladar el modelo agonístico al campo europeo y de las relaciones internacionales?

Justo ahora estoy empezando a trabajar o a preguntarme sobre lo que sería una Europa considerada de manera agonística. Creo en la importancia de una Europa política, pero –y aquí de nuevo estoy en desacuerdo con Habermas– que no implique abandonar las identidades nacionales, ni suponga tener únicamente una identidad europea, que cree un *demos* europeo. Es fundamental reconocer la diversidad de los países europeos –porque hay muchas cosas en común, pero otras diferentes– y veo la diversidad como una cuestión positiva. Hay teóricos políticos que, trabajando sobre el campo europeo, han propuesto una idea que me parece muy interesante: pensar la democracia europea como una *demoicracy* –*demoi* como *demos* en el plural–. Una democracia que reconozca la multiplicidad de los *demoi*. Esta me parece en verdad la dirección interesante en que encaminar nuestras reflexiones.

Notas

1 **Chantal Mouffe, *Prácticas artísticas y democracia agonística*, Barcelona, MACBA/ UAB, 2007. p. 20.**

2 ***Desconstrucción y pragmatismo*, Buenos Aires, Paidós, 1998. p.26.**

3 ***La paradoja democrática*, Barcelona, Gedisa, 2003.**

© Frederic Balell / AFB

De dónde venimos / A dónde vamos

Venta ambulante: delito o necesidad

En la década de 1930, en Barcelona crece la tensión entre los vendedores de los mercados y la venta callejera en el Mercadet. Grupos comerciales, con el apoyo de las autoridades republicanas, exigieron una represión feroz de la venta ambulante.

La lucha por las calles

Texto **Chris Ealham** Universidad de Saint Louis, Madrid

Por su naturaleza, la venta callejera es una práctica urbana contemporánea altamente visible. En España la expresión "top manta" ha penetrado en el lenguaje cotidiano para describir una práctica que en la actualidad se ve cada vez más reprimida por las autoridades. Mientras que la venta callejera ha despertado el interés académico, principalmente por parte de sociólogos interesados en la vida urbana, su dimensión histórica se ha ignorado con frecuencia. Sin embargo, la venta callejera fue muy común durante la primera fase de la transformación económica capitalista, en el contexto de sociedades marcadas por ciclos comerciales abruptos y por un sistema de bienestar público limitado. En el siglo XIX, encontramos los ejemplos de los vendedores ambulantes de Londres y los vendedores con carritos de Nueva York. La experiencia de la década de 1930 en Barcelona, en la que me voy a centrar en este artículo, presenta un caso muy interesante, en el que destacan tanto continuidades como rupturas con la situación actual.[1]

Antes de la década de 1930, en el contexto de un estado del bienestar subdesarrollado y una economía local inestable, la venta callejera era una estrategia de autoayuda tradicional de los desposeídos urbanos de Barcelona –los mal pagados, los ancianos y los desempleados– con el objetivo de que su pobreza fuera más soportable. Así, una carta de cuarenta vendedores callejeros al Ayuntamiento de L'Hospitalet explicaba cómo les había empujado a ello el desempleo y "el dolor que sienten los padres cuando sus hijos les piden pan y no tienen para darles".[2] En suma, se trataba del comercio modesto de aquellos que pedían prestado o invertían sus escasos ahorros en pequeñas cantidades de mercancías para venderlas por las calles. A diferencia de lo que ocurre en el capitalismo de consumo actual, en la economía de subsistencia de la década de 1930 los alimentos eran los principales productos a la venta.

"El principal apoyo organizado a los vendedores callejeros provino de la CNT, que quería ser la voz de todos los grupos oprimidos de la ciudad. La venta callejera sacó a la luz la relación antagónica entre los parados y el Estado".

Existen muchas pruebas de que los vendedores callejeros eran populares entre los consumidores de la clase obrera. Esto tenía una parte afectiva –los vendedores callejeros eran ellos mismos trabajadores– y una parte económica: con pocos gastos estructurales podían rebajar los precios de tiendas y mercados. Cuando recordamos que la mayor parte de los obreros de la ciudad vivían con sueldos bajos, resulta comprensible que la venta callejera se convirtiera en un sistema de consumo alternativo que estaba imbricado en el tejido social de las comunidades obreras. Tal era su popularidad que en la primera parte de 1931 los vendedores callejeros fundaron el Mercadet, un espacio comercial informal creado en terrenos baldíos en la avenida 14 d'Abril (en la actualidad, la Gran Via de les Corts Catalanes) esquina con la calle Sicília.

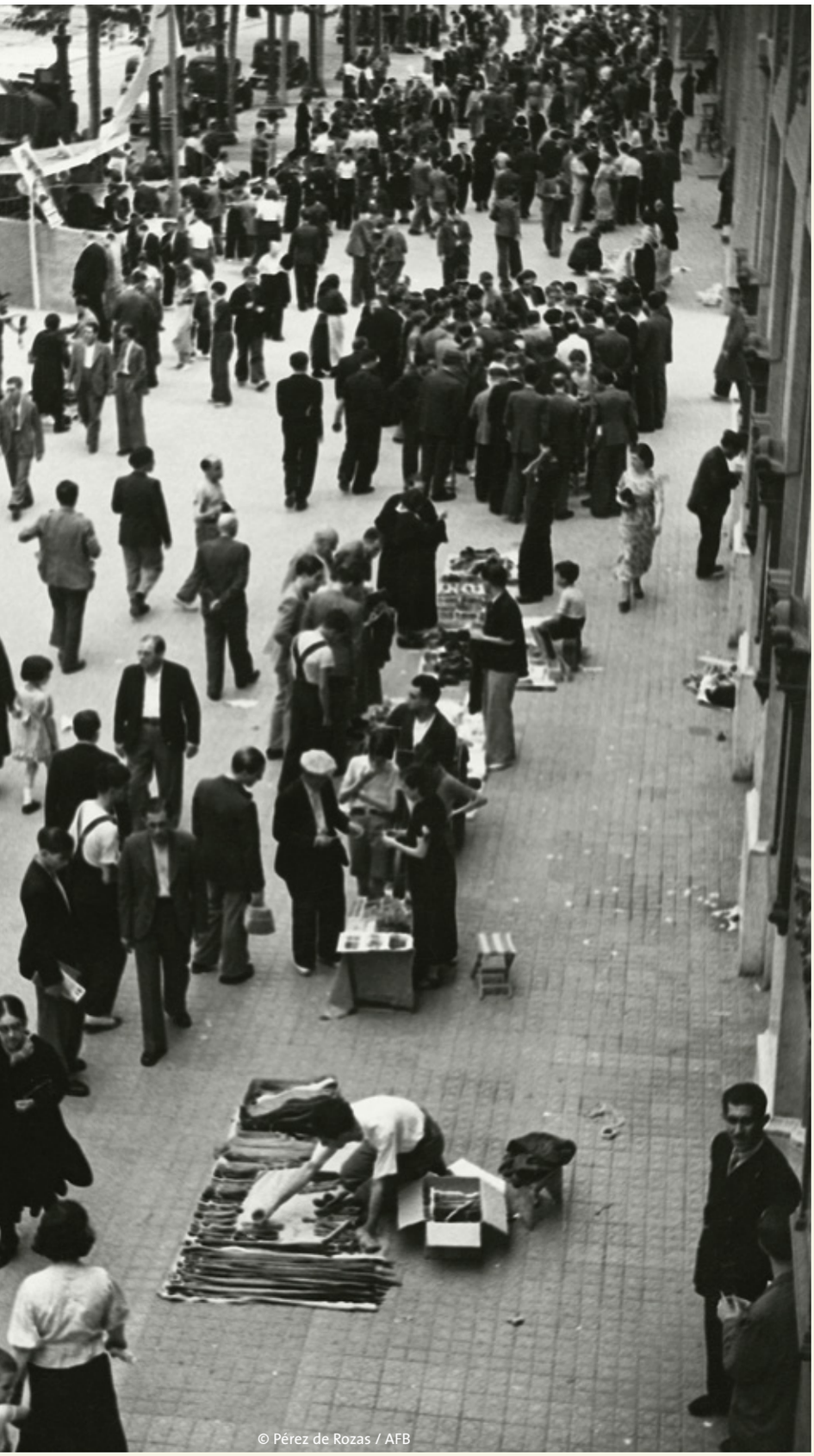
Inevitablemente, "los tenderos y los vendedores de los mercados percibían la venta callejera como una amenaza frontal a sus intereses. Esto fue especialmente importante en la década de 1930, cuando la crisis económica y el desempleo creciente incrementaron las filas de los vendedores callejeros. Grupos comerciales de clase media como la Associació per a la Defensa dels Venedors dels Mercats y la Lliga de Defensa d'Indústria i Comerç exigieron una represión feroz de los "vendedores rebeldes", a los que identificaban con el crimen y la enfermedad, describiéndolos como una "plaga" de "vagabundos" que vendían alimentos robados, a menudo inadecuados para el consumo humano. En una enérgica campaña de presión, las asociaciones de comerciantes exigieron al Ayuntamiento la represión de estos "maleantes"[3] por "el buen nombre y el prestigio de la ciudad y de los negocios de Barcelona".

Las autoridades republicanas locales se mostraron extremadamente receptivas. Esquerra Republicana de Catalunya, el partido político dominante en la Barcelona de la década de 1930, no sólo estaba formado por buena parte de la clase media, sino que existía un solapamiento significativo entre la nueva elite política y los sectores comerciales. Por ejemplo, Enric Sànchez, presidente de la Unió General de Venedors de Mercats, era un destacado activista de Esquerra en el Eixample, que bordeaba el Mercadet. Así, sólo unas pocas semanas después de la proclamación de la República, el Ayuntamiento de Barcelona declaró la guerra a la venta callejera, estableciendo nuevas restricciones contra el "comercio sin licencia". Estas medidas contaron con el respaldo de toda la fuerza policial, incluyendo la Guardia Civil y la Guardia de Asalto, la recién formada policía paramilitar republicana. En agosto de 1931 el Ayuntamiento formó la Brigada per a la Repressió de la Venda Ambulant, una unidad especial de la policía dirigida por el concejal Lluís Puig Munner, cuya profesión también era la de tendero. Al mes siguiente, el Ayuntamiento ordenó la destrucción del Mercadet, la ciudadela de la venta callejera.

Todo esto se justificó con la excusa de que los vendedores "ilegales" ponían en peligro la salud pública, que no se podía confiar en que cumpliesen la legislación de pesos y medidas y que vendían productos no higiénicos y adulterados. De esta forma, las autoridades pretendían defender los intereses de los ciudadanos, sin limitarse simplemente a reprimir a los vendedores callejeros en beneficio de los intereses particulares de aquella clase media de la que recibía apoyo. Sin embargo, este razonamiento estaba viciado. En primer lugar, los vendedores "legales" no tenían un expediente demasiado limpio cuando se trataba de respetar los derechos de los consumidores. Es más, en el momento culminante de la ofensiva contra los vendedores callejeros, un equipo de inspección del Ayuntamiento descubrió que la "mayoría" de los puestos del mercado de La Boqueria no respetaban las normas sobre pesos y medidas. En segundo lugar, los productos de los vendedores callejeros confiscados por las autoridades municipales fueron enviados sin excepción a hospitales e instituciones de beneficencia, una decisión sorprendente si los alimentos eran realmente inapropiados para el consumo humano.

Desde los primeros pasos de la República, el paro provocó una profunda ruptura entre los grupos comerciales y los desempleados, lo que llevó a una fragmentación de lo que era, para utilizar el discurso republicano, "el pueblo", la coalición antimonárquica interclasista. La represión de la venta callejera demuestra la colisión de las partes constituyentes de "el pueblo" y cómo las autoridades republicanas abrazaron los sueños de orden de sus seguidores de clase media. En este sentido, las autoridades alegaron que los vendedores callejeros querían convertir Barcelona en "una ciudad anárquica"[4] y que al "invadir" y "ocupar" las calles, se habían convertido en una barrera para el correcto funcionamiento de la ciudad democrática. En otras palabras, los vendedores callejeros eran presentados como unos "otros" peligrosos, y fueron externalizados e identificados como "extraños" (*forasteros*),[5] denunciados como "indeseables" y "enemigos de la República".

La represión dio como resultado una guerra callejera intermitente en la Barcelona de la década de 1930 al defender los vendedores callejeros su derecho al espacio público. Con alternativas muy limitadas y sin canales institucionales a través de los cuales articular sus quejas, los desempleados que se dedicaban a vender se expresaron a través de acciones políticas


© Pérez de Rozas / AFB

Abriendo el artículo, un vendedor de bastones pasea por La Rambla mostrando el género, a principios del siglo XX. Sobre estas líneas, paradas ambulantes en la plaza de Catalunya, en agosto de 1936.

directas en las calles. En cierto sentido, se vieron animados por la actitud de las autoridades. Por ejemplo, poco después de la destrucción del Mercadet, se informó de la aparición de gran número de vendedores callejeros alrededor de los mercados públicos, una situación que condujo a enfrentamientos cada vez más violentos con los comerciantes de los puestos. En dos ocasiones durante el otoño de 1931, la represión policial de los vendedores callejeros provocó disturbios importantes en los mercados, cuando a los vendedores sin empleo se unieron miembros de las comunidades locales en la destrucción de los puestos y el saqueo de alimentos y bienes, acciones dirigidas contra el grupo social (los vendedores de los mercados) al que responsabilizaban de la represión de la venta callejera. A pesar de la presencia policial regular, el conflicto permaneció latente, con ocasionales estallidos de violencia, en todos los mercados de la ciudad.

Resulta interesante constatar las muchas muestras del apoyo popular a los vendedores callejeros. Como, por ejemplo, cuando las multitudes intentaron evitar el arresto a los vendedores callejeros, o incluso liberarlos de manos de la policía. Pero el principal apoyo organizado provino del sindicato anarcosindicalista CNT, que quería ser la voz de todos los grupos oprimidos en la ciudad. Así, la Sociedad de Vendedores Ambulantes de Pescado, Legumbres y Fruta de Barcelona[6] se formó como una sección en el seno del Sindicato de Alimentación[7] de la CNT. La CNT apoyó a los vendedores callejeros en su prensa, describiéndolos como "dignos" y moralmente superiores a los comerciantes "oficiales".[8] A su vez, la militancia creciente de los vendedores callejeros proporcionó a la CNT una importante militancia radicalizada. Esta situación tiene un paralelismo histórico con los vendedores ambulantes londinenses del siglo XIX, a grandes rasgos, el equivalente de los vendedores callejeros, que sentían un odio similar por la policía y protagonizaron una historia de agitación social en el seno del movimiento cartista.

La represión de la venta callejera nos permite revisar la historia de la Barcelona de la década de 1930. Con frecuencia se ha visto como una época de libertad y tolerancia, mientras que Barcelona ha sido elogiada como baluarte de la democracia republicana. Sin embargo, si comparamos la actitud de las autoridades frente a la venta callejera en otras grandes ciudades, como Valencia, Zaragoza y Madrid, donde el desempleo era bastante más bajo que en Barcelona, vemos una postura mucho más indulgente. En resumen, la venta callejera sacó a la luz la relación antagónica entre los parados y el Estado, un antagonismo que se fue agudizando en la década de 1930, cuando se evaporó la tolerancia con respecto a la venta callejera que las autoridades habían mostrado con anterioridad. Los conflictos que siguieron subrayan los problemas que plantea la represión de actividades que tienen un origen socioeconómico. Esta situación fue reconocida por las autoridades municipales a mediados de 1933: después de dos años de persecución insistente, tuvieron que reconocer que la venta callejera "aumentaba cada día".[9] La represión" simplemente inspiró la protesta y un conflicto creciente e intermitente, de manera que la venta callejera se fue politizando cada vez más, en el marco de la historia mucho más amplia de los conflictos violentos en la Barcelona de la década de 1930.

Notas

1 Estos temas han sido analizados en profundidad en mi libro *La lucha por Barcelona*, Alianza, 2005.

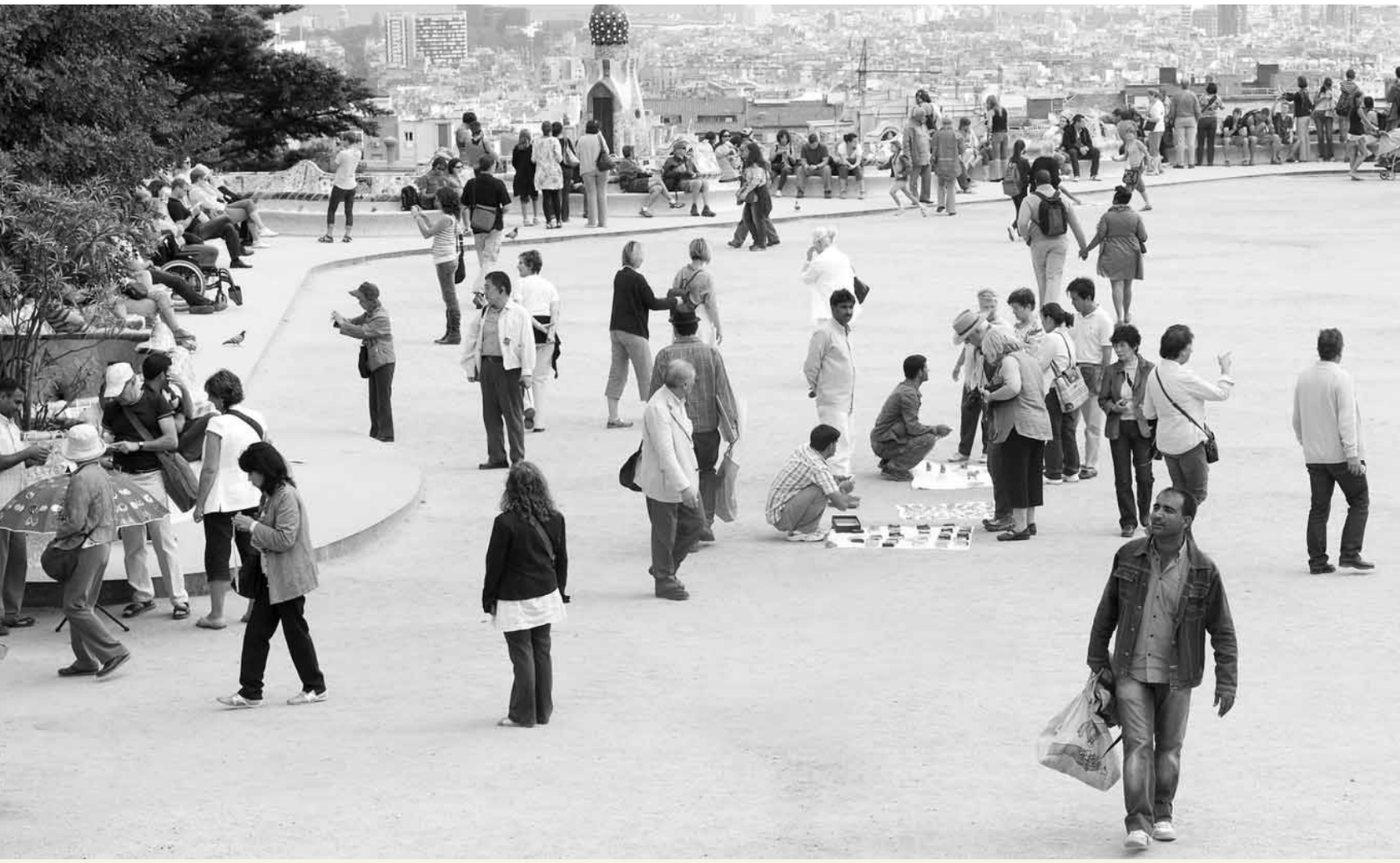
2 Carta de cuarenta vendedores al alcalde, 29 de agosto de 1935, Arxiu Històric de l'Hospitalet de Llobregat.

3, 5, 6, 7 Artículo traducido del inglés. En castellano en el original. *(N. del T.)*.

4 F. Madrid, *Ocho meses y un día en el gobierno civil de Barcelona*, Barcelona, Ediciones de La Flecha, 1932, pp. 145, 156-157.

8 *Solidaridad Obrera*, 26 de agosto de 1931.

9 Actas municipales, 1 de junio de 1933, Arxiu Històric de l'Hospitalet de Llobregat.



De las manifestaciones de comportamientos ilícitos en la venta callejera, la única que supera el marco de la sanción administrativa para entrar en la jurisdicción penal es la actuación de los llamados “top manta”.

Persecución penal de los “manteros”

Texto **Xabier Etxebarria Zarrabeitia** Abogado y profesor de Derecho Penal.
Representante de la plataforma “Otro derecho penal es posible”
Fotos **Albert Armengol**

Diariamente en el ecosistema urbano convivimos con un ingente número de oferentes de los más variados productos. Incluso por las calles, en cualquier esquina o en cualquier plaza, podemos comprar golosinas, relojes, música o perritos. A veces hay personas que regalan abrazos.

Algunas de esas ofertas provienen de un sector no oficial, al margen de la regulación de la venta ambulante. Es necesaria la ordenación, la regulación y la protección de intereses de los comerciantes. Sin embargo, ¿no nos produce a todos cierta vergüenza ajena ver a unos pequeños sudamericanos corriendo con sus mantas al hombro, a unos chicos africanos tirar del hilo y salir corriendo al grito de “agua”, a unos hombres de tez oscura correr con decenas de globos de Bob Esponja y el Pato Donald, mientras les persigue la policía? Y eso que la mayor parte de los paseantes que observan estas escenas no imagina que algunas de estas personas puedan acabar en prisión.

De las manifestaciones de comportamientos ilícitos en la venta callejera, la única que supera el marco de la sanción administrativa para entrar en la jurisdicción penal es la actuación de los llamados “top manta”. La incriminación penal de conductas como poner en una manta reproducciones musicales, de cine o artísticas en general o, en su caso, imitaciones de

"El trato a los manteros es expresivo de aspectos esenciales del sistema penal: su carácter selectivo y discriminatorio, la criminalización de la pobreza, las desigualdades sociales trasladadas a dicho sistema…".

marcas –conducta que es realizada normalmente por una serie de personas con unas características muy definidas, en general, hombres africanos pobres y sin residencia legal en España– constituye, a mi juicio, todo un símbolo.

Además, por supuesto, de lo dramático de los casos concretos de cientos y cientos de personas que sufren la persecución policial, el miedo, la miseria de tener que pelear cada día por unos euros, el maltrato policial, la persecución penal, el enjuiciamiento y la expulsión o la cárcel, esta realidad es tremendamente expresiva de aspectos esenciales del sistema penal: su carácter selectivo y discriminatorio, la criminalización de la pobreza que produce, las desigualdades sociales que se traducen en desigualdades ante el sistema penal, la irrefrenable tendencia expansiva del derecho penal y las miserias de la política (anti)migratoria.

Pero en lo que viene ocurriendo aproximadamente en los últimos dos años, también quiero ver un símbolo que nos refuerza, que es una esperanza. Contra esta palmaria irracionalidad y desproporción que es encarcelar a personas por los hechos a los que nos estamos refiriendo, se ha podido organizar todo un movimiento social (Grupo Inmigración y Sistema Penal, Plataforma de Juristas, Plataforma de Artistas, "Otro derecho penal es posible", Mbolo Moy Doole, Ferrocarril Clandestino, Comisión Española de Ayuda al Refugiado –CEAR– y muchas más organizaciones y personas) que, desde planteamientos, filosofías y ámbitos cercanos pero no coincidentes, ha sabido articularse y actuar en varios frentes (de denuncia, de influencia política, de sensibilización y movilización social, de apoyo, de solidaridad) y ha conseguido lo que a veces parece imposible: llegar a la sociedad con un mensaje de justicia y llegar a influir en la legislación penal para despenalizar la persecución de un grupo social especialmente vulnerable.

Finalmente, la Ley Orgánica 5/2010 (BOE número 152, de 23 de junio de 2010), por la que se modifica la Ley Orgánica 10/1995 del Código Penal, ha entrado en vigor el pasado 23 de diciembre. Dicha ley recoge que los casos en que el beneficio no exceda de 400 euros serán sancionados como falta –al igual que ocurre con el hurto u otros delitos contra el patrimonio–, con una pena leve de localización permanente o multa, y los casos que superen esa cantidad pero cuyo beneficio económico sea reducido –y en atención a las características del culpable–, serán castigados como delito con una pena de trabajos en beneficio de la comunidad o multa.

Hasta esta reforma –desde la Ley Orgánica 15/2003, de 25 de noviembre, de Reforma del Código Penal–, por ejemplo, colocar 38 DVD a la venta sobre una manta merecía, según el Ministerio Fiscal en un escrito de acusación de este mismo año, 18 meses de prisión y una multa de 5.400 euros (que se transforman en otros 7 meses y medio de prisión si no se paga, lo cual será lo más frecuente), además de una indemnización a la sociedad de gestión de derechos de 638,40 euros, que debería satisfacer en primer lugar para poder pagar la multa y evitar la sustitución de esta por prisión. Esta es una sanción superior a la que se suele imponer por agredir a una persona y causarle lesiones (art. 147), por causar la muerte de otra persona por imprudencia grave (art. 141), por hurtar 100 DVD en un comercio, por una estafa o una apropiación indebida de más de 400 euros, a la de un robo con violencia o intimidación de escasa entidad, a la que se imponga a quien defraude a la Hacienda Pública más de 120.000 euros (si se defrauda menos, no es penalmente antijurídico, es una infracción administrativa), y muy superior a la sanción por un fraude de gas o electricidad superior a 400 euros.

A esto hay que añadir que los extranjeros sin residencia legal como regla general sufrirán un tiempo de detención superior, la prisión preventiva, la solicitud de expulsión, dificultades para la suspensión y sustitución de la pena. Además tendrán un difícil acceso a permisos y el régimen abierto o la libertad condicional serán sustituidos por su expulsión. Todo ello es un claro ejemplo de cómo la pobreza, la extranjería, la necesidad y la comisión de delitos especialmente perseguidos son elementos que colocan al sujeto en una posición de desventaja frente a otras personas, esto es, el carácter selectivo y discriminatorio del derecho penal, la criminalización de la pobreza. La Justicia no es ciega.

Desde una perspectiva estrictamente jurídica, al margen de la valoración ética, económica y social a realizar, pero entendiendo lo jurídico como un sistema de valores construido en un proceso tendencialmente democrático, la criminalización de conductas de tan escasa significación lesiva (según datos de la propia SGAE, menos del 7% de las películas y el 4% de la música ilegales son vendidas en el "top manta", el resto de infracciones se produce en internet) realizadas por personas en clara situación de necesidad –como reconoce el propio legislador en el Preámbulo de la reforma– es contraria a los principios jurídico-penales de necesidad, utilidad e idoneidad, proporcionalidad de la pena al fin perseguido y al daño causado, subsidiariedad del derecho penal, de intervención mínima y *ultima ratio*, de lesividad y de dignidad de las personas y culpabilidad.

Buena parte de la jurisprudencia que absolvía a los *manteros* apelaba en sus razonamientos a estos principios constitucionales limitadores del *ius puniendi*. Se argumentó conforme

Los llamados "top manta" proliferan sobre todo en espacios turísticos de la ciudad de Barcelona , como el Parc Güell (página anterior) o el Moll de la Fusta (sobre estas líneas).

al principio de mínima intervención para afirmar que sólo debían penarse las conductas más graves, debiendo ser abordadas estas lesiones leves de la propiedad intelectual e industrial desde el derecho civil y el derecho administrativo. La propiedad intelectual e industrial merece una protección penal, pero sin duda la regulación penal del año 2003 era del todo desproporcionada e injusta respecto a lesiones tan leves como las de los *manteros*.

Durante la tramitación de la Ley Orgánica 5/2010 existió el peligro cierto de que estos avances se perdieran en el Senado. A consecuencia de la presión de la Asociación Nacional de Defensa de la Marca (Andema) mediante un informe encargado al catedrático Enrique Gimbernat, Convergència i Unió (CiU) introdujo una enmienda en el Senado que suponía un gran retroceso. Se argumentaba que tratar como falta los supuestos más nimios (cuando el beneficio no excede de 400 euros) constituiría "un absoluto desarme procesal y policial". Sin embargo, en la redacción emanada del Parlamento sigue existiendo protección penal plena para la propiedad intelectual e industrial. La consideración como falta de algunos supuestos levísimos no constituye un desarme penal ni procesal, ni mucho menos policial. Afortunadamente, parece que la campaña urgente que se organizó tuvo éxito, la Comisión de Justicia convalidó el texto del Congreso sin variaciones y produjo que CiU retirase su enmienda.

Sin duda esta enmienda –junto con la también introducida por CiU (nuevo apartado al art. 623.1 del Código Penal) para imponer la pena de localización permanente en prisión para las faltas reiteradas de hurto– tiene que ver con el debate o los debates generados en este último año, sobre todo en Cataluña, sin duda relacionados con la cercanía de elecciones autonómicas y locales, en los que se quiere centrar la discusión del espacio urbano como un espacio de seguridad total. Sorprende que los políticos insistan en colocar la inseguridad ciudadana (y no la corrupción o el fraude fiscal que perjudican tan gravemente la economía y la vida pública española) en el primer lugar de la agenda electoral, cuando esta delincuencia viene disminuyendo desde hace veinte años (véanse en internet los documentos de la plataforma "Otro derecho penal es posible") e incluso en los datos oficiales de Fiscalía, por ejemplo en Madrid, se dice que nos encontramos en el nivel de delitos más bajos de la década.

La Ordenanza del Uso del Espacio Público del Ayuntamiento de Bilbao de 27 de mayo de 2010, y la contestación social que ha provocado, es un ejemplo de cómo se pretende recortar la utilización libre del espacio público mediante el hipercontrol de cualquier actividad y la sanción de conductas como colocar el género en el suelo, comprar a vendedores no autorizados, comer o beber en el puesto de venta autorizado o "dar el agua" a los vendedores no autorizados.

En conclusión, no se ha conseguido la despenalización: los *manteros* seguirán siendo perseguidos por el sistema penal, policial y judicial, pero al menos se ha conseguido que por debajo de los 400 euros de beneficio sólo sea falta. Habrá que seguir atentos a que en la persecución policial y penal de estos delitos se respeten los principios del derecho penal y las garantías de los acusados.

Pero la unión de fuerzas en la lucha por una causa justa nos ha demostrado que existen posibilidades de hacer cambios positivos, aunque hayan sido escasos. Ⓜ

© Jon Hicks / Corbis / Cordón Press

El capitalismo global, principal agente geomorfológico

Texto **Ramón Fernández Durán** Ecologistas en Acción

El movimiento de materiales a escala planetaria es ahora mil veces mayor que hace quinientos años. Esta desmesura, con sus correspondientes huellas ecológicas, es consecuencia directa de la expansión global del sistema urbano-agro-industrial, en especial de su imparable dimensión metropolitana, y del auge del transporte motorizado que la ha acompañado. Todo ello ha sido posible gracias a la utilización masiva del petróleo, en cuanto energía clave que impulsa el metabolismo del sistema capitalista. Un sistema que, a partir del siglo XX, se ha convertido en la principal fuerza geomorfológica mundial.

El actual sistema urbano-agro-industrial pone en movimiento cada año un tonelaje de materias primas muy superior a cualquier fuerza geológica. Es más, el comercio mundial mueve, por sí solo, un tonelaje mayor que los aluviones que arrastran todos los ríos del planeta en su conjunto. Y, lo que es más grave, ese proceso se aceleró desde los años cincuenta, y, tras el paréntesis de los setenta, aún más intensamente desde los ochenta hasta la llegada de la crisis global. A la vez, en la Cumbre de Río de Janeiro (1992) se nos decía que se iba a iniciar un cambio hacia el "desarrollo sostenible".

Así, hemos llegado a un uso de diecinueve toneladas de materiales per cápita al año en el capitalismo global actual, pero muy desigualmente repartidas a escala mundial y, por supuesto, dentro de cada sociedad, lo que contrasta con las cuatro toneladas per cápita de media de las civilizaciones agrarias y con la tonelada per cápita de las sociedades cazadoras-recolectoras. Si a ello se añade el hecho de que a finales del siglo XX la población mundial se situaba en torno a los 6.000 millones de personas, y que el conjunto de civilizaciones agrarias no llegó a superar los 300 millones, nos podemos hacer una idea muy clara del salto descomunal en cuanto a movimiento de materiales que se ha producido desde el advenimiento de la Revolución Industrial. Y sobre todo en el siglo XX, con sus consecuencias geomorfológicas, pues el grueso del movimiento de materiales que se produce actualmente es de recursos físicos, extracción y transporte de rocas y minerales, no de biomasa, como era el caso en las civilizaciones agrarias. En definitiva, el movimiento de materiales en el actual capitalismo global es más de mil veces superior al que las sociedades humanas impulsaban hace unos quinientos años a escala planetaria, habiéndose multiplicado por más de setenta en el siglo XX. Y todo ello con efectos acumulativos. Es por eso por lo que afirmamos que el capitalismo urbano-agro-industrial mundial se ha convertido ya en la principal fuerza geomorfológica planetaria (Naredo y Valero, 1999; Murray, 2008; Christian, 2005; Carpintero, 2005; Naredo y Gutiérrez, 2005).

Indudablemente, esta desmesura es consecuencia directa de la expansión global del sistema urbano-agro-industrial, pero muy especialmente de la imparable dimensión metropolitana de su expresión territorial, que es cada vez más amplia y se extiende en forma de mancha de aceite, y de la explosión de transporte motorizado que la ha acompañado (Fernández Durán, 2009). Y lo que ha hecho principalmente viable todo ello ha sido la utilización masiva del petróleo como energía clave que impulsa el metabolismo del sistema urbano-agro-industrial, y que mueve los requerimientos de materiales que lo sustentan; eso sí, ese metabolismo se ve garantizado también por otros combustibles fósiles, carbón y gas, y en menor medida por otras energías (nuclear, hidroeléctrica y otras renovables). Pero el transporte motorizado depende en más de un 95% de los derivados del petróleo (Heinberg, 2006).

Explosión de la población urbana

En el siglo XX la población urbana mundial ha pasado de unos 250 millones de personas en áreas urbanas en 1900, con unas diez metrópolis millonarias, a unos 3.000 millones de personas en núcleos urbano-metropolitanos a finales de siglo, en donde la primacía de las metrópolis millonarias, bastante más de cuatrocientas, era incontestable. Además, unas ochenta de ellas tienen ya más de diez millones de habitantes, y unas cinco superan los veinte millones, articulándose algunas en gigantescas megalópolis. Es decir, verdaderos monstruos urbano-metropolitanos, con una huella directa cada vez más difusa sobre el territorio (*urban sprawl*). Todo ello hace que los llamados "usos destructivos" del territorio ocupen ya una extensión del 2% del territorio emergido mundial (Murray, 2005). Una cifra verdaderamente impresionante para cuya plasmación (construcción de infraestructuras, edificios, etc.) ha sido preciso un movimiento de materiales sin precedentes. No en vano tres cuartas partes en peso de todo el trasiego mundial de materiales se relacionan con la construcción (Carpintero, 2005). La edificación del espacio urbanizado conlleva una fuerte demanda de materiales de alto impacto territorial en sus lugares de extracción y un elevado consumo energético para su elaboración (acero, aluminio, cemento, vidrio y plásticos) (González, 2008).

Además, la creación del sistema urbano-metropolitano implica otras importantes afecciones territoriales indirectas (canteras, presas, infraestructuras interurbanas y otras servidumbres), que suponen también una alta demanda de cemento. La evolución del consumo de cemento en el mundo indica mejor que ningún otro dato la impresionante actividad constructora que se ha llevado a cabo en los últimos cincuenta años del siglo XX, cuando además la industrialización de la construcción favorece el abandono de materiales autóctonos. Por último, el funcionamiento diario del sistema urbano-metropolitano comporta asimismo una bulimia sin freno de recursos energéticos, manufacturados y bióticos (principalmente alimentos), con sus correspondientes huellas ecológicas.

El transporte motorizado masivo se convierte en un elemento absolutamente central del funcionamiento del sistema urbano-agro-industrial global. Algo que choca frontal-

© Karen Kasmauski / Science Faction / Corbis / Cordón Press

En la página de apertura, entrecruzamiento de líneas ferroviarias en Akihabara, conocida área comercial de Tokio. Sobre estas líneas, acumulación de casas de veraneo en la populosa ciudad turística de Virginia Beach, en la costa atlántica de los Estados Unidos.

mente con el funcionamiento de la biosfera, pues la hipótesis de Gaia privilegia principalmente el transporte vertical sobre el horizontal. Dicho transporte vertical es el generado por el intercambio de materia entre el reino vegetal, la atmósfera y el suelo, y por el flujo interno de nutrientes dentro de las especies vegetales. El transporte horizontal solo lo realizan los animales, que suponen un porcentaje de biomasa muy reducido en comparación con el reino vegetal (el 1%, aproximadamente). Además, los animales en general sólo se desplazan pequeñas distancias, economizando el consumo de energía endosomática.

El transporte horizontal a largas distancias, como es el caso de las migraciones de grandes animales terrestres y aves, es generalmente una rareza en la naturaleza, y se relaciona también con la búsqueda de la ingesta de biomasa estacional que les proporcione la necesaria energía endosomática para mantener su existencia y reproducción (Estevan y Sanz, 1996; González, 2008). El actual sistema urbano-agro-industrial opera de forma opuesta a este funcionamiento de la naturaleza. Para hacer factible ese desplazamiento horizontal masivo de materiales, manufacturas y personas necesita de potentes e impactantes infraestructuras que lo posibiliten (carreteras, autopistas, aparcamientos, áreas logísticas, líneas y estaciones ferroviarias, puertos y aeropuertos; muchos de gran dimensión) que invaden, destrozan y trocean el territorio, afectando a la biodiversidad y a su mantenimiento.

Ese desplazamiento motorizado exige de una diversidad de vehículos cuya construcción requiere una muy importante demanda de minerales metálicos (de hecho, el sector de la automoción es el que más minerales consume), para cuya extracción es preciso una gran remoción de materiales no metálicos, de fuerte impacto territorial y que se efectúa con maquinaria activada por derivados del petróleo. Son los llamados flujos ocultos y las "mochilas ecológicas" correspondientes (Carpintero, 2005; Murray, 2005 y 2009).

Por otra parte, la propia operación de los vehículos de transporte motorizado (motos, coches, camiones, autobuses, trenes, barcos y aviones) está basada igualmente de forma casi exclusiva en los derivados del oro negro. Esa fortísima dependencia del petróleo de la movilidad motorizada a finales del siglo XX es un cambio trascendental en cien años, pues la movilidad motorizada era muy reducida a principios del siglo XX, y estaba basada casi exclusivamente en el carbón (barcos y ferrocarriles de vapor), siendo el resto tracción

animal, transporte marítimo a vela y sobre todo transporte peatonal, y en bastante menor medida, en bicicleta. El transporte de personas por medios eléctricos, metro y tranvías, era muy residual, y sólo estaba presente en las principales ciudades centrales.

La movilidad motorizada estalla a lo largo del siglo XX, sobre todo en su segunda mitad, y muy especialmente en sus dos últimas décadas, tras el parón de los setenta. Es a partir de entonces cuando crece en gran manera el comercio internacional de materiales y alimentos, lo que implica un aumento especialmente intenso del transporte por carretera, pero también del marítimo y aéreo, como resultado de la expansión del nuevo capitalismo global, mientras que el transporte ferroviario, que experimentó un gran crecimiento durante la primera mitad del siglo, se estanca en gran medida desde entonces. Y esa explosión de la movilidad motorizada es particularmente aguda en los espacios urbano-metropolitanos, en paralelo a su crecimiento "irrefrenable".

De hecho, tres cuartas partes de todo el petróleo mundial se consume en dichos territorios (Heinberg, 2006). Y eso que a lo largo del siglo se crearon en muchas metrópolis mundiales importantes sistemas de transporte colectivo a tracción eléctrica (trenes, metros y tranvías); a la vez que se disparaba igualmente en dichos territorios el transporte vertical eléctrico mediante ascensores. Pero la movilidad motorizada por carretera desbordó con mucho el papel de todos esos medios, incentivada además por la nueva "ciudad difusa", creciendo a un ritmo aproximadamente del doble del PIB (Fernández Durán, 2000).

En definitiva, el transporte motorizado es el que ha permitido el incremento de la capacidad de carga del territorio, junto con una tecnología de extracción de materiales de la corteza y la superficie terrestre cada vez más compleja (Heinberg, 2006). Sin ellos hubiera sido inviable la tremenda concentración poblacional mundial en los espacios urbano-metropolitanos. De hecho, si éstos hubiesen tenido que construirse y sobrevivir con los recursos físicos y bióticos (entre ellos, los alimentos) de los territorios cercanos, simplemente no lo hubiesen podido hacer y hubieran visto frenado su crecimiento.

La "gran mina global"

El petróleo es el que ha hecho factible este "milagro", es decir, tanto la capacidad de extracción como el transporte motorizado. Y ha generado islas territoriales de "orden aparente", mientras que generaba "océanos de desorden" creciente a su alrededor, y en territorios cada vez más alejados a escala planetaria. Pues hasta allí llegaban los impactos del crecimiento y funcionamiento de las metrópolis. Los espacio urbano-metropolitanos, en especial en los territorios centrales, no pueden sobrevivir sin el transporte a larga distancia, y es curioso que el principal peso y volumen de este transporte corresponda a los combustibles, seguidos de los productos agrícolas, minerales y manufacturas, que tienen un peso similar (Murray, 2005).

© Karen Kasmausky / Science Faction / Corbis / Cordón Press

“ La sed insaciable de recursos no bióticos está convirtiendo el planeta en una gran mina donde proliferan las extracciones a cielo abierto, sobre todo en los espacios periféricos”.

Es preciso recordar que la extracción de minerales (energéticos y no energéticos) implica la remoción de gran cantidad materiales (gangas). De esta forma, el impacto de los espacios urbano-metropolitanos se deja sentir no solo en sus entornos más o menos inmediatos (de donde provienen gran parte de los materiales de construcción), sino en los mundos rurales cercanos, lejanos y muy lejanos (de donde provienen los alimentos), así como en muchos territorios mundiales que actúan como minas para satisfacer la sed insaciable de recursos no bióticos de dichos espacios. Lo cual está convirtiendo el “planeta de metrópolis” en una “gran mina”, donde van proliferando cada vez más las extracciones de materiales en yacimientos a cielo abierto, especialmente en los espacios periféricos. Todo ello gracias a la utilización de los combustibles fósiles, y a consecuencia también de los mismos (Young, 1992; Naredo y Valero, 1999).

Pero la extracción de minerales y energía no se lleva a cabo, en general, sin resistencias sociales. Sobre todo si en los territorios donde se realizan están habitados, y más aún si las poblaciones afectadas dependen de los recursos naturales existentes en los mismos, como es el caso de las poblaciones campesinas e indígenas. De hecho, el siglo XX se abre con importantes levantamientos indígenas en Tampico, México, como contestación al inicio de la explotación de petróleo (McNeill, 2003). Y esa tendencia va a estar presente, en mayor o menor medida, a lo largo de todo el siglo conforme se va expandiendo y configurando la “gran mina global”. Sin embargo, estas resistencias, aunque importantes, en ocasiones, no han logrado frenar el avance imparable de la actividad extractiva, aunque lo han condicionado a veces. Quizás el principal problema con que se han encontrado esas resistencias haya sido la falta de apoyo en las poblaciones urbano-metropolitanas. Los impactos se perciben tan “remotos” –si es que la aldea global se digna a hablar de ellos, aunque sea de forma manipulada–, que no suscitan la mínima atención. Y así, la derrota de esas resistencias se ha podido llevar a cabo con importantes dosis de represión en muchas ocasiones, pero también dividiendo a las propias comunidades afectadas

Un trabajador de los equipos de emergencia del distrito de Plaquemines, en el estado norteamericano de Lousiana, extrae petróleo en la bahía de Barataria, donde se produjo un grave vertido en julio pasado, cuando un remolcador chocó con un pozo abandonado. En la página anterior, tráfico en Bangkok, una de las ciudades más contaminadas de Asia.

© Igor Kostin / Sygma / Corbis / Cordón Press

A la izquierda, trabajadores de la central de Chernóbil, precariamente protegidos, de camino al trabajo, pocos días después de la explosión del reactor número 4, que tuvo lugar el 26 de abril de 1986. A la derecha, entierro de residuos nucleares comerciales efectuado por el gobierno de los Estados Unidos en el paraje de Hanford (Washington), en 1988.

y seduciéndolas con pequeñas concesiones (escuelas, nuevas viviendas, etc.), cuyo desarrollo siempre ha estado relacionado con la resistencia desplegada.

A finales del siglo, esas resistencias se intensifican en muchos de los territorios periféricos mundiales, en paralelo al cada vez mayor despliegue en los mismos de la "gran mina global". Las resistencias campesinas e indígenas a la extracción de recursos mineros y energéticos han sido (y están siendo) particularmente intensas en América Latina, donde a veces han derrocado gobiernos, provocando cambios importantes de régimen político (como en el caso, por ejemplo, de Bolivia), o condicionando fuertemente el ejercicio del poder (como en el caso, por ejemplo, de Perú y Ecuador). En África, las resistencias indígenas a la extracción de petróleo en el Delta del Níger han llegado a tener también un tremendo impacto, condicionando las formas de explotación del crudo.

La "primera piel" planetaria, su cubierta natural, la biosfera, no hace sino mermar y degradarse a pasos agigantados, y además se modifica profundamente el paisaje originario, puesto que éste se ve también crecientemente alterado y artificializado, de forma cada vez más industrializada, para satisfacer la demanda en ascenso de productos bióticos (alimentos, madera, etc.). De esta manera, el diálogo de siglos entre los núcleos urbanos preindustriales y sus entornos naturales inmediatos, que había generado en muchos casos paisajes culturales de enorme belleza, diversidad y complejidad, ha sido reemplazado por el "monólogo metropolitano", profundamente autista y altamente destructivo de sus entornos inmediatos y del mundo entero.

Ese es el proceder actual de la "segunda piel" urbanizada, que se expande fuertemente, pero a un ritmo inferior al que retrocede y se degrada la "primera piel" natural. La razón es que los sistemas urbano-metropolitanos, en concreto aquellos de los espacios centrales, no solo son gigantescos sumideros de energía y recursos, que provocan profundas huellas ecológicas locales y globales, sino que actúan también de efervescentes volcanes de residuos y emisiones de toda índole, que impactan igualmente sobre la biosfera (en suelos, recursos hídricos y atmósfera), alterando y desbordando su capacidad de absorción y regeneración. Y lo mismo podríamos decir de los sistemas agroindustriales, fuertemente demandantes y consumidores de energía fósil, y muy impactantes sobre el medio natural a causa de su metabolismo contaminante, igual que todo el sistema industrial.

La basura "debajo de la alfombra"

El impacto territorial y ambiental de la demanda de materiales y energía que requiere el metabolismo urbano-agro-industrial permanece en muy gran medida oculto por el enfoque económico dominante, por las estadísticas oficiales y sobre todo a los ojos de la ciudadanía que habita en las metrópolis, principal "beneficiaria" de su consumo y a la vez subyugada por la "sociedad de la imagen" y la "aldea global". Y, por supuesto, porque las poblaciones urbano-metropolitanas se encuentran alejadas de los impactos de los *inputs* biofísicos de su propio metabolismo, pues éstos en general se manifiestan en territorios distantes.

Las secuelas de residuos y contaminación que genera el otro lado del metabolismo urbano-agro-industrial– es decir, una vez realizado éste, sus *outputs* biofísicos– permanecen aún más recónditas, pues es algo que se menosprecia y que no se quiere ver. Esto es, se cierran los ojos ante las crecientes consecuencias indeseables de la degradación ambiental que conllevan y que afectan ya al mantenimiento de la vida. Sobre todo porque en muchas ocasiones tienen menor visibilidad física (gran parte de las emisiones a la atmósfera, ríos, océanos y suelos) y aquejan principalmente a los territorios más periféricos y empobrecidos, mientras que, no por casualidad, se manifiestan con menor intensidad en los espacios centrales.

Todo ello sucede por dos razones, porque cada vez más se exportan las actividades más contaminantes y los residuos a la periferia, y por ciertas regulaciones y medidas correctoras

© Roger Ressmeyer / Corbis / Cordón Press

que se tomaron a lo largo del siglo XX en los espacios centrales que se presentaron como la panacea para hacer frente a sus efectos. Eran las llamadas "medidas de final de tubería", que permitían reducir los efectos más nocivos en los entornos más inmediatos de los espacios urbano-industriales del centro occidental, especialmente, pero que para nada eliminaban o limitaban la acumulación negativa de los *outputs* biofísicos del metabolismo urbano-agro-industrial a escala global.

En suma, el tratamiento de este lado oscuro del metabolismo ha consistido prioritariamente en meter la "basura bajo de la alfombra", o alejarla lo máximo posible, para no verla; tan solo se ha resaltado (y no sin tensiones) en el caso de las emisiones de CO_2, causantes del efecto invernadero. Pero dicha "basura" sencillamente se resiste a desaparecer y a hacerse invisible. Es más, crecen de forma exponencial los residuos sólidos, líquidos y gaseosos, y su carácter en muchos casos contaminante. Sobre todo porque en la segunda mitad del siglo XX, hemos entrado de lleno en una civilización consumista basada en el "usar y tirar", lo que ha dificultado aún más el cierre de los ciclos de materiales y ha agravado las consecuencias de la contaminación urbano-agro-industrial. De esta forma, la "basura" sale por la ventana del capitalismo global hacia la naturaleza, y al ser ésta incapaz de asimilarla y metabolizarla, aquélla está entrando ya, otra vez, con todas las de la ley, por su puerta principal, desbaratando cada vez más la fiesta.

La explosión de los residuos sólidos, tanto urbanos (domésticos, industriales y terciarios) como agroindustriales, muchos de ellos de muy difícil reciclaje y de carácter tóxico, se acelera en la segunda mitad del siglo XX. Primero, por la intensificación de los procesos de metropolización, pero también por el fuerte incremento de la producción industrial. Los residuos de muchos sectores de la actividad terciaria son indudablemente menores, pero para nada es ésta una actividad inocua. De hecho, la importante expansión que experimentó la gran distribución comercial en las últimas décadas del siglo XX ha contribuido decisivamente a la proliferación de residuos sólidos, debido al sobreembalado y sobreempaquetado de los alimentos preparados industrialmente y transportados a larga distancia.

Igualmente, el fuerte crecimiento de la producción y distribución a gran escala ha hecho inviable (por falta de rentabilidad) la retornabilidad y reutilización de los envases, que anteriormente eran de vidrio, y recorrían distancias cortas, con lo que el uso de envases de plástico, que no son retornables y son difícilmente reciclables, ha experimentado una evolución espectacular. Todo ello ha comportado ahorros considerables para el productor y el distribuidor, pero ha cargado sobre los contribuyentes las cuentas del coste de la recogida de unos residuos urbanos en ascenso imparable, mientras que grandes actores empresariales hacen negocio con su recolección y tratamiento; una actividad que antes era realizada por pequeños actores, que ayudaban al reciclaje y al cierre en gran medida de los ciclos de materiales.

Además, el hecho de que los kilómetros recorridos por los residuos sean crecientes, debido a la expansión de las metrópolis, es un factor más que contribuye al encarecimiento de la recogida y tratamiento de los mismos. Los vertederos cercanos se colmatan o dejan de ser asumibles por la "opinión pública", mientras que se acometen programas de incineración de residuos con el fin de reducir fuertemente su volumen, y de paso ayudar a su "valorización" energética; el nuevo eufemismo que, para ser llevado a cabo, implica además aporte energético fósil. Esto transforma el grueso de esos residuos sólidos en residuos gaseosos, algunos altamente peligrosos (dioxinas, furanos), pero invisibles. En suma, se renuncia en gran medida al reciclaje, al tiempo que se incrementa la contaminación. Incluso la muy "ecológica" Unión Europea promueve ya descaradamente esta "solución" (González, 2008).

La proliferación de sustancias químicas y sus riesgos

Por otro lado, en los últimos cincuenta años del siglo XX, asistimos a una expansión verdaderamente impresionante de la industria química, que ha generado, aparte de un estallido de la producción de plásticos (petroquímica), muy difíciles como decimos de tratar y reciclar, una enorme variedad de sustancias sintéticas de carácter tóxico y persistente. En la actualidad circulan libremente por el mundo unas 140.000 sustancias químicas de carácter más o menos nocivo. Sustancias que se han sacado al mercado y se han comercializado sin ninguna, o con las mínimas, medidas de seguridad.

Y es que el principio de precaución brilla por su ausencia. Así pues, se desconoce la peligrosidad de muchas sustancias químicas existentes, lo que ha provocado que las enfermedades por exposición ambiental a las sustancias químicas se hayan disparado. El cáncer especialmente, pero también enfermedades de índole reproductiva (infertilidad, malformaciones, etc.), alteraciones hormonales (diabetes, problemas tiroideos), disfunciones inmunológicas (alergias, dermatitis), y problemas neurológicos (de aprendizaje, autismo, hiperactividad, Alzheimer, Parkinson, etc.). Algunas de ellas han alcanzado ya cifras epidémicas, siendo los niños y las niñas los más vulnerables a la exposición a dichas sustancias

© Bryan Denton / Corbis / Cordón Press

La artillería de los Estados Unidos arroja masas de humo sobre las filas enemigas mientras soldados americanos y del Ejército Nacional Afgano se atrincheran, durante un ataque lanzado para reconquistar la ciudad de Marja a los combatientes talibán, en febrero de 2010

tóxicas, sobre todo a este cóctel de miles de sustancias químicas cuyos efectos nocivos vamos conociendo ya desde hace años (Romano, 2009).

La primera voz de alarma la dio Rachel Carson, en su libro *La primavera silenciosa* (1962), en el que alertaba de los peligros del DDT. Pero esta primera voz que clamaba en el desierto se dejaba oír cuando la industria química, y sobre todo la petroquímica, estaba solo en el principio de su despegue a escala global. Las consecuencias de su actividad se sufrieron al principio en los territorios centrales, donde empezó, y antes de que se llegara a regular algo su funcionamiento en los mismos (el DDT, por ejemplo, se prohibió). Más tarde su impacto alcanzó al mundo entero, aunque su intensidad sea diferencial, siendo cada vez más manifiesta en los territorios de la periferia debido a la ausencia de regulación.

El primer desastre de la industria química que tuvo una repercusión global fue la explosión de la fábrica de Union Carbide en Bhopal (India), en 1984. La nube de gases tóxicos, y muy tóxicos, así como los metales pesados que se generaron acabaron con la vida de unas 20.000 personas, sus efectos alcanzaron a otras 600.000, y de ellas gravemente a 150.000 (De Grazia, 1985). Una catástrofe química sin paliativos, la mayor de la historia, cuyas víctimas todavía no han recibido ni un céntimo de Union Carbide. El Gobierno indio ha sido el que se ha hecho cargo mínimamente de las consecuencias de esta devastación, con una "ayuda" absolutamente testimonial de la transnacional, que abandonó la zona dejando miles de toneladas de productos contaminantes, que todavía hoy afectan a sus acuíferos. La lucha internacional para procesar a Union Carbide ha sido imposible de materializar, pues no existe ninguna corte mundial que permita juzgar estas tragedias humanas y ambientales. Y esta lucha se ha vuelto casi imposible, puesto que Union Carbide fue absorbida en 2001 por Dow Chemical, la mayor transnacional química del mundo.

Aunque no se han producido desde entonces desastres químicos de esa magnitud y repercusión internacional, eso no quiere decir que no se produzcan de vez en cuando "minibhopales" con graves repercusiones en las localidades en las que acontecen, tanto del centro como, especialmente, de la periferia. Aparte de que la contaminación diaria por metales pesados, consecuencia de toda la industrialización del siglo XX, no hace sino diseminarse por el entorno e introducirse crecientemente en la cadena alimentaria (McNeill, 2003).

Una nueva y tremenda sacudida del lado más oculto del metabolismo de la sociedad industrial fue la explosión de la central nuclear de Chernobil, en 1986, tan solo dos años después. Una explosión que precipitó el hundimiento de la URSS. El accidente provocó decenas de muertos en los primeros días, implicó el desplazamiento de más de 200.000 personas de sus hogares, las defunciones posteriores por cáncer han alcanzado a miles de personas, y sus consecuencias afectan a centenares de miles. Además, la radiactividad generada por el accidente llegó a afectar con diferente intensidad a casi todo el territorio europeo (IPPNW, 2006). De esta forma, la existencia del llamado "telón de acero" fue incapaz de contener el impacto del accidente en el este, que acabó afectando a una parte muy importante del oeste europeo.

“ El sistema urbano-agro-industrial mete su basura ‘debajo de la alfombra’, o la aleja lo máximo posible, para no verla. Pero la basura, sencillamente, se resiste a desaparecer”.

La atmósfera no respeta fronteras geopolíticas. Y este accidente nuclear superó con mucho a otro también muy importante, pero de menor dimensión, que se produjo en la costa Este de EE.UU., como resultado de la catástrofe del reactor de Three Mile Island en 1979. Los dos accidentes frenaron en seco la expansión de la industria nuclear, aquejada de fuertes costes y de una gran contestación ciudadana en Occidente. Estos y otros accidentes y peligros de la llamada sociedad industrial llevaron a Ulrich Beck (1994) a caracterizarla como la sociedad del riesgo. Sociedad del riesgo que a finales del siglo XX se ampliaba al planeta entero, como resultado del comercio internacional de residuos peligrosos del centro hacia la periferia, en auge creciente desde los años setenta a pesar de su teórica prohibición a escala internacional. Residuos que muchas veces se vierten en alta mar de los océanos del Sur, para después acabar en las costas africanas o asiáticas, como ocurrió a consecuencia del tsunami de 2004 en el océano Índico.

Es importante resaltar también la contaminación química, biológica y radiactiva provocada a lo largo del siglo XX por la guerra y la industria militar. El armamento químico y biológico se utilizó de forma importante en la Primera Guerra Mundial, con efectos humanos tremendos. Es por eso por lo que en 1923 los países occidentales deciden en Ginebra no recurrir a este tipo de armas, pero se utilizaron ampliamente contra los movimientos de liberación nacional en los territorios bajo su dominio colonial en el periodo de entreguerras (incluida España en el Rif). En la Segunda Guerra Mundial su uso fue “contenido”, pues cada bando temía que, si lo utilizaba masivamente, el bando contrario respondería de la misma forma. Japón fue quizás el que más recurrió a él.

La producción y almacenamiento de armas químicas siguió yendo a más, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, durante la Guerra Fría, y en Vietnam fueron utilizadas por EE.UU. Este tipo de armamento, que fue empleado ampliamente en la guerra Iraq-Irán en los ochenta, era proporcionado a Saddam Hussein por países occidentales, y no se llegaría a prohibir hasta después de la caída del Muro de Berlín y el colapso de la URSS. Es entonces, en 1993, cuando en el marco de Naciones Unidas se firma la Convención sobre Armamento Químico y Bacteriológico que prohíbe (en teoría) su producción y almacenamiento, pasando a considerar estas armas como de destrucción masiva. Pero su producción y utilización a lo largo de todo el siglo pasado han tenido importantes impactos ambientales, todavía por determinar con exactitud ya que el secretismo militar lo impide.

Lo mismo podemos decir del armamento nuclear y de las múltiples pruebas nucleares realizadas en muchas partes del mundo por las potencias nucleares en las últimas décadas (Nevada, Argelia, Polinesia, Siberia, etc.), tras Hiroshima y Nagasaki, que fueron las que abrieron la carrera nuclear mundial. También conviene subrayar el fuerte impacto radiactivo que las armas con uranio empobrecido han tenido en las actuaciones militares contra Iraq o en la guerra contra Serbia, cuyos impactos humanos son conocidos y denunciados, pero sus repercusiones ambientales permanecen en gran medida ocultas.

Finalmente, debemos decir que las resistencias sociales en relación con los impactos medioambientales y humanos del lado más sombrío e “invisible” del metabolismo urbano-agro-industrial (incluida su dimensión militar), es decir, sus *outputs* biofísicos, han sido en general menores que las resistencias a los impactos de sus *inputs* biofísicos. De todas maneras, las formas de contaminación más intensas no se han producido sin una fuerte contestación social, sobre todo si se producían en el interior o en las cercanías de importantes concentraciones humanas. Y esa contestación propició en muchos casos la toma de medidas para reducir los impactos ambientales y sociales. Sin embargo, el advenimiento a finales del siglo de la llamada “sociedad del riesgo” a escala global, en la que dicho riesgo se intensifica en determinados territorios periféricos, hace que éste pase a ser considerado como una forma más de facilitar la gobernanza política del capitalismo global. La activación del miedo de masas ante presentes o futuros riesgos, y sobre todo el tratamiento mediático de los riesgos que proliferan en la periferia, hace que la población valore la mayor “normalidad” de los territorios centrales, en donde “esas cosas” que “allí” acontecen “aquí” no pasan, gracias al buen hacer político-empresarial.

En definitiva, a finales del siglo XX la contaminación se convierte ya en un problema cada vez más global, como el propio capitalismo, cuando al principio del siglo la contaminación, aunque grave y hasta muy grave en ocasiones, era un problema puramente local de ubicaciones industriales y ciudades concretas. En este sentido, la sociedad industrial capitalista, claramente ya la única existente y de proyección mundial, tras la crisis y el colapso del socialismo real –la otra versión de sociedad industrial (en este caso, de Estado) que sucumbió provocando un ecocidio–, está caminando todavía de la mano de Occidente, aunque cada vez más apoyada por sus nuevos y potentes adláteres emergentes, hacia su forma particular de ecocidio.

Nota

Este artículo es un extracto del texto *El antropoceno: la crisis ecológica se hace mundial. La expansión del capitalismo global choca con la biosfera*, que la editorial Virus tiene previsto publicar en el transcurso de los primeros meses de 2011.

Empresa y derechos humanos

Texto **José Guimón de Ros** Departamento de Estructura Económica y Economía del Desarrollo. Universidad Autónoma de Madrid
Ilustración **Guillem Cifré**

Las empresas multinacionales están cada vez más concienciadas de la necesidad de respetar los derechos fundamentales, y ello no solo por motivos legales y éticos, sino también porque existen argumentos comerciales de peso en favor de ese respeto.

Aunque el debate no es nuevo, la forma de afrontar la interacción entre empresa y derechos humanos ha cambiado mucho en los últimos años. Cuando la Declaración Universal de los Derechos Humanos fue aprobada en 1948, lo más relevante era la actuación de los estados nacionales; eran y en cierta medida siguen siendo los principales responsables de garantizar que las empresas respeten los derechos humanos en su territorio. Pero a medida que avanza la globalización, han ido cobrando mayor relevancia organizaciones internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial del Comercio, que pueden establecer, directa o indirectamente, regulaciones que influyen sobre la forma en que las empresas afrontan su deber de respetar los derechos humanos. Por ejemplo, la Organización Mundial del Comercio ha favorecido una mayor protección de los derechos de propiedad intelectual, que en ocasiones, como en el caso de las patentes sobre medicamentos para el sida, impiden que los millones de enfermos en países en desarrollo tengan acceso a un tratamiento efectivo.

Por otra parte, las empresas multinacionales cobran una especial importancia por el acelerado ritmo de su expansión internacional y por la tendencia hacia una mayor fragmentación de sus cadenas de suministro globales a través de la subcontratación, las alianzas estratégicas o la inversión extranjera directa. A menudo invierten en países donde el grado de protección de los derechos humanos es menor que en los suyos propios. Países donde hay dictaduras, donde las regulaciones medioambientales o sanitarias son más laxas, o donde no se protegen los derechos fundamentales de los niños, los trabajadores, las mujeres o las minorías. Ante la ausencia de limitaciones legales, la empresa puede enfrentarse a la tentación de vulnerar derechos fundamentales si ello redunda en un mayor beneficio. Pero los derechos fundamentales han de prevalecer sobre la maximización del beneficio empresarial; deben respetarse en todo momento y en todo lugar, sin que quepa ningún tipo de excepciones.

Ante este escenario, ¿deberían los gobiernos ser capaces de sancionar la vulneración de derechos humanos que cometan sus empresas aunque lo hagan fuera del territorio nacional? ¿Deberían las empresas multinacionales responsabilizarse en mayor medida del respeto a los derechos humanos en todos los eslabones de sus cadenas globales de suministro, incluso cuando la responsabilidad legal última recaiga sobre otra empresa? ¿Podemos confiar en el libre mercado y la autorregulación de las empresas o es preciso crear un nuevo marco regulatorio internacional para corregir fallos de mercado que puedan resultar en violaciones de los derechos humanos?

En un debate organizado conjuntamente por la Fundación Carolina y la Fundación Fórum Universal de las Culturas, que tuvo lugar el 14 de enero de 2010 en la sede del Instituto Cervantes en Madrid, Mary Robinson y Adela Cortina analizaron los cambios recientes en la relación entre empresa y derechos humanos. Mary Robinson preside en la actualidad la Iniciativa para una Globalización Ética. En el pasado fue presidenta de Irlanda (1990-1997) y alta comisionada de derechos humanos de las Naciones Unidas (1997-2002). Adela Cortina es catedrática de Ética en la Universidad de Valencia y directora de la Fundación Etnor.

Robinson y Cortina dedicaron la mayor parte de sus intervenciones a valorar las iniciativas internacionales en curso destinadas no solo a asegurar que las empresas multinacionales respeten los derechos fundamentales, sino también a que contribuyan en mayor medida a que sean respetados por sus proveedores o clientes, así como por los gobiernos de los países donde operan. Se mostraron optimistas, más constructivas que críticas, y destacaron la importancia del Pacto Mundial (Global Compact) de Naciones Unidas, de las directrices para empresas multinacionales de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y del nombramiento de un representante especial del secretario general de las Naciones Unidas para empresas y derechos humanos.

Invitación a las multinacionales

En primer lugar, el Pacto Mundial de Naciones Unidas surge en el año 2000 como una invitación a las empresas multinacionales para que voluntariamente se comprometan con diez principios de conducta básicos agrupados en cuatro áreas temáticas: derechos humanos, estándares laborales, medio ambiente y anticorrupción. Las empresas que se adhieren a él se comprometen a poner en marcha los cambios organizativos necesarios para asegurar que esos principios sean respetados en todas las actividades que la empresa realiza, tanto en el país de origen como en su red de empresas subsidiarias en otros países. Se comprometen también a publicar en su memoria anual una descripción de las acciones emprendidas para apoyar los principios del Pacto Mundial. La mejor muestra de su éxito es que más de cinco mil empresas de más de cien países distintos se han adherido a él. A través del Pacto Mundial se difunden recomendaciones prácticas y se organizan seminarios y conferencias para intercambiar experiencias, tanto a través de Naciones Unidas como mediante el apoyo de más de seten-

> “ El grado de responsabilidad de las empresas es menor que el de los gobiernos, porque las primeras tienen que respetar, pero los segundos no solo tienen que respetar, sino también proteger a su población para que otros individuos o empresas no vulneren sus derechos”.

ta redes locales que se extienden por todos los continentes. Precisamente, una de las entidades organizadoras del debate que se informa, la Fundación Fórum Universal de las Culturas, alberga en Barcelona el punto de contacto para España del Pacto Mundial.

Por otra parte, las directrices para empresas multinacionales de la OCDE consisten en una serie de recomendaciones no vinculantes para la buena conducta empresarial, y muestran muchas similitudes con el Pacto Mundial, aunque en cierto sentido son iniciativas que no se solapan, sino que se complementan. Las directrices han sido aprobadas por casi todos los países de la OCDE y posteriormente varios países no miembros de la OCDE se han adherido a ellas o se encuentran en proceso de adhesión. Su valor reside en que son las únicas directrices aprobadas multilateralmente, que reflejan las opiniones compartidas de los principales gobiernos sobre lo que se entiende por buena conducta corporativa, y sobre lo que esperan que las empresas cumplan en cualquier parte del mundo.

A diferencia del Pacto Mundial, la aplicación de las directrices no depende de la aprobación de las empresas. Por lo tanto, las empresas adoptan un rol más pasivo, aunque son también las principales destinatarias de las recomendaciones. Al igual que en el caso del Pacto Mundial, las directrices no se limitan solo a la protección de los derechos humanos, sino que abarcan otras áreas como el medio ambiente, la lucha contra la corrupción, la competencia y la fiscalidad.

Su origen se remonta a finales de la década de 1970, pero en años recientes han sido objeto de revisiones y se las ha dotado de nuevos instrumentos de apoyo. Los países que se adhieren a las directrices deben establecer un punto nacional de contacto para promocionarlas y trabajar constructivamente con sindicatos y empresas para fomentar su adopción. Mary Robinson animó a los gobiernos a que refuercen estos puntos nacionales de contacto y a que los tengan más en cuenta, en vista de los buenos resultados obtenidos hasta la fecha con este sistema, que por otra parte es muy similar al de las redes locales del Pacto Mundial.

Proteger, respetar y remediar

Ambas ponentes también destacaron el trabajo del representante especial del secretario general de las Naciones Unidas para empresa y derechos humanos. El profesor de Harvard John Ruggie ocupa este puesto desde su creación en 2005 y ha impulsado un marco de actuación que fue aprobado por unanimidad en 2008 por el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas. Este marco de actuación es más general y perfectamente compatible con el Pacto Mundial y las Directrices de la OCDE. El conjunto de líneas de actuación se agrupa en tres pilares básicos: proteger, respetar y remediar. Primero, los Estados nacionales tienen que ejercitar con eficacia el deber de *proteger* a sus ciudadanos de los abusos contra los derechos humanos cometidos por empresas. Segundo, las empresas multinacionales tienen el deber de *respetar* los derechos humanos y de actuar con diligencia para impedir su vulneración. Tercero, debe mejorarse el acceso de las víctimas a un *remedio* efectivo, fortaleciendo los mecanismos judiciales y extrajudiciales para sancionar las violaciones de derechos humanos. En este marco queda claro que el grado de responsabilidad de las empresas es menor que el de los gobiernos, porque las primeras tienen que respetar, pero los segundos no solo tienen que respetar, sino también que proteger a su población para que otros individuos o empresas no vulneren sus derechos. No obstante, Cortina y Robinson pusieron de manifiesto que las empresas deben también esforzarse por ayudar a que se respeten los derechos humanos. Es decir, no solo respetar, sino también ayudar a proteger los derechos fundamentales en los países donde operan.

Robinson se apoyó en tres casos recientes para ilustrar cómo las empresas multinacionales pueden contribuir con éxito al respeto de los derechos humanos en el mundo. En primer lugar, el caso de Google, que hace pocos meses denunció al Gobierno de China por violar la libertad de prensa y decidió retirarse del país. Para Robinson es un buen ejemplo de cómo “el mundo corporativo está aceptando su responsabilidad, incluso más que los gobiernos”, que generalmente se muestran reticentes a plantear el tema de los derechos humanos en China.

En segundo lugar, el caso de Gap, cuando hace unos años varias ONG denunciaron el uso de trabajo infantil en las empresas fabricantes de sus productos textiles en Bangladesh y Tailandia. Inicialmente la empresa sufrió fuertes críticas y un gran deterioro de su reputación, magnificado por la repercusión mediática internacional que tuvo el incidente. Pero, según Robinson, la reacción de Gap fue

ejemplar y permitió no solo solucionar el error, sino mejorar su imagen corporativa y sus procedimientos internos de control de riesgos. Admitieron el problema y pidieron disculpas. Explicaron que desconocían esas circunstancias, pues se trataba de pequeñas empresas proveedoras de sus proveedores. En lugar de negarlo, buscaron apoyo social, fueron transparentes y valoraron distintas alternativas. Finalmente, decidieron no romper su relación con los pequeños talleres que habían abusado del trabajo infantil, sino controlarlos más de cerca, visitarlos y ofrecerles cursos de formación. Esas pequeñas empresas locales ni siquiera estaban concienciadas, pero el control y apoyo técnico de Gap permitió corregir sus malas prácticas y convertirlas en empresas respetuosas con los derechos fundamentales. En lugar de trasladar la producción a otro país y eliminar puestos de trabajo en países pobres, Gap mejoró su impacto en la comunidad local.

Y en tercer lugar, el caso de ABB, una empresa suiza que estaba creando infraestructura para grandes plantas de electricidad en Sudán, y hace unos años comenzó a recibir críticas de grupos de derechos humanos como Human Rights Watch o Amnistía Internacional, que le acusaron de hacer negocio gracias al conflicto de Darfur y le pidieron que se retirase del país. La empresa hizo consultas con las organizaciones que habían denunciado sus actividades y con otros expertos, les pidió asesoramiento, y colectivamente llegaron a la conclusión de que era mejor no abandonar el país, porque eso hubiera perjudicado especialmente a las zonas más pobres, que habrían quedado sin acceso a electricidad. Además, ABB no solo se comprometió a respetar el Pacto Mundial, sino también a promover la creación de un grupo de contacto local, al que se han adherido una serie de empresas sudanesas que nunca antes habían reflexionado sobre la responsabilidad corporativa.

En este sentido, Cortina destacó que las empresas multinacionales –además de ser una fuerza positiva para los países en desarrollo como fuente de inversión, puestos de trabajo y transferencia tecnológica–, si funcionan de forma ética, "pueden romper el círculo vicioso de la corrupción y de las malas prácticas, e iniciar el círculo virtuoso de las buenas prácticas (...) la empresa que llega a un país que no tiene legislación que defienda los derechos humanos puede tratar de ayudar con su influencia para conseguir que el gobierno establezca la legislación". Utilizó también el ejemplo reciente de la catástrofe natural de Haití, con respecto al que argumentó que aunque no hubo ninguna empresa responsable, las empresas no deberían aprovecharse de esa situación para hacer negocio, sino hacer lo posible por ayudar y ceñirse a un beneficio razonable, con máxima transparencia en la rendición de cuentas.

Una conciencia creciente

En conjunto, las ponentes abogaron por un enfoque constructivo hacia las empresas multinacionales, que vaya más allá de la crítica y busque soluciones, porque las multinacionales estarán a menudo dispuestas a adoptarlas. Hay que trabajar constructivamente con las empresas multinacionales, porque cada vez están más concienciadas de la necesidad de respetar los derechos fundamentales no solo por motivos legales y éticos, sino también por una cuestión de beneficio mutuo; porque las empresas se han dado cuenta de que hay argumentos comerciales de peso para respetar estas buenas prácticas en torno a los derechos humanos.

Las empresas deben asumir su responsabilidad de forma diligente, poniendo en marcha mecanismos de control sobre toda su cadena global de suministro; deben integrar los derechos humanos en sus estrategias con políticas, evaluaciones y planes concretos. En este sentido, resultan útiles iniciativas como el Pacto Mundial y las Directrices de la OCDE. Paralelamente, sigue siendo necesario fortalecer los mecanismos internacionales, tanto judiciales como extrajudiciales, para sancionar posibles violaciones de derechos fundamentales, y como se ha señalado antes, este es uno de los ejes centrales sobre los que está trabajando el representante especial de Naciones Unidas para empresa y derechos humanos.

Recursos

- **Centro de Información sobre Empresas & Derechos Humanos. http://www.business-humanrights.org**
- **Directrices para Empresas Multinacionales de la OCDE. http://www.oecd.org/department/0,3355,en_2649_34889_1_1_1_1_1,00.html**
- **Fundación Etnor. http://www.etnor.org**
- **Fundación Fórum Universal de las Culturas. http://www.fundacioforum.org**
- **Iniciativa para una Globalización Ética. http://www.realizingrights.org**
- **Pacto Mundial. http://www.unglobalcompact.org**

134

REDSKINS

La ciudad y los mayores

Entre la hostilidad y la amabilidad

Fotos **Laura Cuch**

Una de las conquistas más relevantes del siglo XX fue la longevidad. En nuestros días, la principal preocupación es la mejora cualitativa, y no solo cuantitativa, de los procesos vitales. Después de haber logrado añadir más años a la vida humana, nos hallamos en el proceso de dar más vida a los años.

La ciudad también ha de ser para los mayores

Texto **Iciar Ancizu** Responsable de I+D de la Fundación SAR
Lourdes Pérez Profesora de Sociología. Universidad Autónoma de Madrid

Los espacios urbanos por sí solos no tendrían un sentido más que puramente estético si no fuera por las personas que los habitan: su significado simbólico, su desarrollo funcional y su transformación estructural van ligados a las poblaciones, a los avances tecnológicos, a los rasgos culturales y a la capacidad económica que tienen los pueblos que construyen y reconstruyen las ciudades en diferentes momentos históricos. El corazón de las ciudades se nutre de las experiencias, las emociones, las dificultades y los retos a los que se enfrentan quienes viven en ellas.

Las ciudades están vivas y evolucionan adaptándose, con más o menos éxito, a las necesidades de sus habitantes. Como se recoge a lo largo de este Cuaderno central, una de las características más relevantes del siglo XX es la conquista de la longevidad: se ha conseguido dar más años a la vida y ahora nos encontramos en un proceso de dar más vida a los años; es decir, que ya no solo nos preocupamos de la cantidad, sino también de la calidad de los procesos vitales.

En lo que a la calidad de vida se refiere, el espacio público más próximo desempeña un papel muy importante en la vivencia que tienen los mayores de la ciudad. Es evidente que la relación que establecen las personas mayores con los objetos y los entornos y, particularmente, con los espacios de ocio urbanos, es diferente a la de otros grupos de edad. Sin embargo, es reciente la preocupación por favorecer el confort de los mayores, por impulsar sus actividades y por promover su participación en la construcción de los lugares que habitan.

Urbanismo y vejez constituyen un binomio interesante, de gran actualidad y pertinencia en un clima sociológico de incertidumbre, marcado por la crisis económica y por la atomización de valores. Reflexionar sobre las necesidades y posibilidades de las personas de edad en las ciudades, presentando nuevas tendencias, políticas y enfoques aplicados, permite articular discursos más amplios en los que se considere a toda la población. Este planteamiento se suma a un debate general sobre el papel y la visibilidad de las personas mayores en las sociedades modernas y posmodernas.

El presente Cuaderno tiene la vocación de ofrecer a los lectores ideas y resultados de proyectos e iniciativas llevados a cabo en los últimos años sobre el poder de las ciudades como generadoras de calidad de vida en la vejez, pero también como fuente de dificultades y limitaciones para las personas de edad. Con este objetivo hemos reunido a un grupo de académicos y profesionales con largas trayectorias y gran experiencia en la investigación y el trabajo con mayores.

Las aportaciones realizadas tienen una perspectiva internacional y componen un mosaico de situaciones y conocimientos aplicables a distintas realidades. Se abordan temáticas diversas, desde qué implica envejecer en las llamadas “comunidades amigables con las personas mayores”, dentro del enfoque más global de la Organización Mundial de la Salud (OMS), pasando por la importancia de las transformaciones de las políticas, las costumbres y la estructura de edades en las ciudades, hasta aspectos vinculados con las relaciones intergeneracionales en contextos urbanos, el papel de los desarrollos tecnológicos en la movilidad de las personas mayores y la importancia de vivir y disfrutar la ciudad cuando se envejece.

Se plantean, además, propuestas específicas en el área de los servicios especializados y se destaca la relevancia de entender a los mayores como agentes en la construcción de las ciudades, con derecho a participar plenamente en la sociedad según sus deseos, sus necesidades y sus posibilidades. Esto implica poner énfasis no solo en la esfera individual, sino también en la esfera colectiva, plasmada en una vías de participación susceptibles de vincular a personas mayores con recorridos vitales diferentes.

Mary habita en una vivienda adaptada para gente mayor, en el conjunto residencial de Woodbery Down State, en Londres, dotado de un área de ocio y de relación social y de un servicio de vigilancia común.

Como señala la profesora Bazo, la ciudad es una construcción social. Se la considera una de las posesiones que se comparten socialmente, como el país y la historia. Para ella, vivir la ciudad implica la imbricación en el barrio, y en este marco la accesibilidad es el factor clave para el disfrute del entorno. En este sentido, las doctoras Marcellini y Mollenkopf muestran datos interesantes sobre las demandas y las dificultades de las personas mayores en cuanto a movilidad. Se destaca la trascendencia que tiene para los mayores poder desplazarse sin ayuda en entornos seguros, y qué suponen para ellos las nuevas tecnologías. No solo resulta importante que se apliquen avances, sino también que se asimilen y acepten por las personas mayores de los diferentes países.

Es importante destacar que en los últimos años se han realizado numerosos esfuerzos a escala internacional para llamar la atención sobre las personas de edad, sus preferencias, su contribución al bienestar de la ciudadanía y su autonomía para tomar decisiones. La red mundial de "ciudades amigables con las personas mayores" se enmarca dentro del paradigma del "envejecimiento activo", entendido, tal como subrayan Maite Sancho y Elena del Barrio, como un proceso de optimización de las oportunidades de salud, de participación y de seguridad, con el fin de mejorar la calidad de vida de las personas a medida que envejecen. Este planteamiento está dando buenos resultados en las diferentes ciudades que lo están poniendo en marcha, entre ellas San Sebastián, cuyo proceso resulta muy ilustrativo de los pasos a seguir por cualquier ciudad del mundo que esté interesada en formar parte de la red.

La aplicación de este tipo de políticas pone de manifiesto las potencialidades y también los problemas de los mayores en entornos deprimidos, y revela qué obstáculos hay que vencer para activar iniciativas de este tipo. Los profesores Thomas Scharf y Chris Phillipson exponen las claves de la exclusión social y las desigualdades que sufren los mayores en entornos urbanos difíciles, y señalan la importancia de implementar acciones a largo plazo ancladas en el territorio que proporcionen más recursos sociales, estructurales y económicos a los más ancianos.

Las relaciones intergeneracionales tienen un impacto en las vidas de las personas mayores que se debe analizar. Según la doctora Ariela Lowenstein, se ha demostrado que los modos de convivencia están entre los predictores más significativos de bienestar, especialmente para los mayores inmigrantes, para quienes la familia es la principal fuente de apoyo.

El diseño de los barrios es de una importancia crucial para potenciar la interconexión y la comunicación. Así, como recoge Quico Mañós, uno de los retos de las políticas públicas es fomentar el diálogo entre los ámbitos urbanos especializados para erigir una ciudad capaz de escuchar, en la que las diferentes tipologías y realidades urbanas se complementen.

Tal como indica Sebastià Jornet, el derecho a la ciudad por parte de las personas mayores no debería ser únicamente un derecho a ver satisfechas sus necesidades propias y específicas, sino también el derecho a compartir espacios, arquitecturas y servicios de naturaleza diversa con el conjunto de ciudadanos y ciudadanas.

Con estas páginas pretendemos mostrar que *la ciudad sí debe ser para los mayores*, y hacemos especial hincapié en los conceptos de inclusión, participación y proximidad en cuanto ejes de un entorno urbano para todas las edades.

La ciudad y los mayores

El entorno idóneo

El envejecimiento humano y el avance de la urbanización se dan en todo tipo de áreas, tanto aisladas como de gran densidad poblacional. En 2030, dos tercios de los habitantes del mundo vivirán en ciudades.

La creación de ciudades adecuadas para los mayores

Texto **Chris Phillipson** Universidad Keele, Reino Unido

La creación de los denominados "entornos adecuados para la gente mayor" se ha convertido en un tema importante para la política social que incluye asuntos que van desde el entorno urbano hasta el rural. Entre las razones que hicieron que se prestara atención a este aspecto cuentan el cambio demográfico, que hace que las personas situadas en la franja de edad de más de cincuenta años tengan un amplio conjunto de necesidades residenciales y comunitarias; los cambios que afectan a los diferentes tipos de poblaciones, como las consecuencias de la urbanización acelerada para algunos y la desindustrialización para otros; factores ambientales que afectan a la calidad de vida de los mayores y los debates políticos acerca de las características que han de tener los lugares "adecuados" u "óptimos" para envejecer, tal como se refleja en el estudio de la Organización Mundial de la Salud (OMS) sobre ciudades adecuadas para la gente mayor (OMS, *Global Age Friendly Cities, 2007).*

El envejecimiento de la población y la urbanización se convirtieron, cada uno a su manera, en las tendencias sociales que marcan el siglo XXI y plantean dificultades para todo tipo de poblaciones, tanto para las más aisladas como para las que registran más densidad . Se calcula que hacia el 2030 dos tercios de la población mundial vivirá en ciudades; y también hacia ese año, en las principales zonas urbanas del mundo desarrollado, la población de 60 o más años superará el 25% del total.

Con el fin de analizar las consecuencias del envejecimiento y la urbanización, este artículo tratará los siguientes puntos: ¿Cuáles fueron los principales factores que impulsaron el debate para la creación de ciudades adecuadas para la gente mayor? ¿Hasta qué punto el entorno urbano es adecuado para los mayores? ¿Qué opciones hay para mejorar los entornos urbanos de cara a los mayores? ¿Con qué limitaciones y barreras se podría chocar a la hora de poner en marcha una política que favorezca a la gente mayor?

La idea de las ciudades adecuadas para los mayores emergió de las políticas llevadas a término por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Un concepto precursor fue el de "envejecimiento activo", surgido durante el Año Internacional de las Personas Mayores (1999), y que la Unión Europea y la OMS ampliaron y detallaron. La idea de mantenerse activo en la vejez hacía referencia a "la participación continua en los asuntos sociales, económicos, culturales, espirituales y cívicos y no tan solo en la capacidad de mantener la actividad física o participar en el mercado de trabajo". (OMS 2002, *Active Ageing: A Policy Framework, p. 12).* Para conseguir este objetivo se consideró que era necesario intervenir en diferentes ámbitos, algo que pasaba por mantener eficaces ayudas en el entorno físico y edificado.

La idea de los entornos adecuados para la gente mayor se aplicó más adelante a los contextos urbanos. La primera piedra se puso en 2005, cuando se trató el tema de las "ciudades globales adecuadas para la gente mayor". Los trabajos posteriores llevados a término por la OMS, basados en grupos de sondeo con personas mayores, cuidadores geriátricos y personal de servicio, dio como resultado una guía y una lista de control de puntos de actuación centrados en crear una ciudad "ideal" válida para todos los grupos de edad. Este trabajo concluía: "En una ciudad idónea para la gente mayor debería ser normal que los entornos naturales y edificados previesen usuarios con capacidades diferentes en lugar de diseñar pensando en la persona "media" imaginaria, es decir, joven. La ciudad idónea para los mayores pone más de relieve las facilidades que los obstáculos; favorece a todas las edades y no tan solo a la gente mayor. (OMS 2007, *Global Age-Friendly Cities,* p. 72).

Estas ideas concordaban con las nuevas perspectivas que influyeron en el desarrollo urbano durante el decenio de los noventa y principios del siguiente, y giraban en torno a las "ciudades sostenibles" y "equilibradas". El concepto de sostenible pone en debate cómo gestionar el crecimiento urbano para que este pueda satisfacer tanto las necesidades de las generaciones futuras como las de las actuales. El concepto de desarrollo "equilibrado" insiste en valores como "la tolerancia, la igualdad, la justicia social y un buen gobierno", que se consideran esenciales a la hora de lograr un desarrollo sostenible en la planificación urbana. Estos aspectos también tuvieron influencia en la concepción de proyectos relacionados con las "casas para toda la vida" y los "barrios para toda la vida", que surgieron junto al reconocimiento de la necesidad de más intervenciones sistemáticas para dar ayuda, a escala local, a la población que envejece. También permitieron que se reconociera que en muchas poblaciones se habían estado formando de manera natural comunidades exclusivas de jubi-

lados, o sea, barrios que con el desplazamiento de la población joven se fueron convirtiendo efectivamente en comunidades de personas mayores. La ayuda efectiva a la gente mayor exige intervenciones que unan las diferentes partes del sistema urbano: desde las viviendas y el diseño de las calles hasta el transporte y la mejora de la accesibilidad a tiendas y servicios. Los entornos físicos repercuten en todos los grupos de edad, pero pueden llegar a ser muy importantes para la gente mayor, que cada vez depende más de la ayuda y la asistencia de la comunidad más immediata. La gente mayor puede ser especialmente susceptible a los cambios que se producen en el entorno físico y en el edificio, dada su importancia a la hora de preservar la identidad y la gran cantidad de tiempo que este sector de la población pasa en casa: en el caso de las personas de más de 70 años, hasta un 80% de su tiempo.

Scharf y otros miembros de su equipo entrevistaron a seiscientas personas mayores que vivían en zonas urbanas marginales del Reino Unido. El estudio puso de relieve que las personas más ancianas de estas zonas (barrios del centro de Liverpool, Manchester y Londres) se sentían excluidos de la sociedad. La pobreza era un factor determinante en sus vidas y afectaba a casi la mitad de los entrevistados. Una significativa minoría de gente mayor se consideraba socialmente aislada y/o terriblemente sola. Buena parte de los encuestados se podrían considerar excluidos de toda participación en las relaciones sociales formales y de las actividades cívicas del barrio.

Los barrios caracterizados por la penuria económica y social suponen un reto especial para la gente mayor. Ello queda reflejado en los elevados índices de actos delictivos que los caracterizan. A ciertos lugares de estos barrios, como parques y cementerios, los mayores no pueden acceder ni siquiera de día.

Las personas mayores pueden ser muy vulnerables a los problemas causados por la mala calidad de las viviendas. Algunos tipos concretos de viviendas urbanas podrían tener relación directa con los problemas de salud mental de la población anciana. Unas investigaciones realizadas en los Estados Unidos demostraron que los ancianos que habitan edificios altos sufrían más depresiones, presentaban unos índices más altos de trastornos psiquiátricos y vivían más aislados que los del mismo barrio que habitaban en casas bajas.

Por otra parte, también cabe destacar las ventajas –tanto las ya existentes como las posibles– que presentan las zonas urbanas para proporcionar ayuda a las poblaciones que envejecen. En primer lugar, los recursos relacionados con los barrios urbanos ofrecen oportunidades de hacer la vejez más enriquecedora y atractiva. La población dispone de bibliotecas, museos, parques y espacios comunitarios para obtener el máximo provecho de la vejez. En segundo lugar, incluso en zonas muy deprimidas económica y socialmente, la gente mayor afirma identificarse profundamente con su barrio. En el estudio realizado por Scharf *et al.* sobre tres distritos de ciudades importantes del Reino Unido, tres de cada cuatro encuestados señalaban características positivas de su barrio, y la mayoría hacía referencia a la presencia de buenos vecinos, amigos y familiares. En tercer lugar, los entornos urbanos, en vez de proporcionar una ayuda social limitada, pueden ofrecer una asistencia procedente de un abastecimiento de redes sociales más amplio que en las zonas rurales. Las redes de relaciones parece que son especialmente sólidas en las comunidades urbanas y pueden ofrecer un importante mecanismo de soporte a las personas que viven solas o que han enviudado. El marco urbano tiene una importancia especial para los grupos de inmigrantes, sobre todo en lo que respecta al acceso a formas especiales de apoyo cultural, social, religioso y económico.

Intervenciones radicales

Hacer que encajen mejor los entornos urbanos por un lado y las poblaciones que envejecen por el otro, pasa por asumir que hacen falta políticas sociales urgentes. La OMS (2007:4) afirma que "convertir las ciudades en lugares más adecuados para la gente mayor es una respuesta necesaria y lógica para fomentar el bienestar y la contribución de los ciudadanos de más edad y para mantener la prosperidad de las ciudades". Asimismo, se deben considerar las medidas de ayuda para integrar a la gente mayor en las ciudades como el eje central de los proyectos destinados a crear entornos urbanos sostenibles y armoniosos. Ahora bien, la implementación de estos proyectos exige intervenciones y cambios radicales en las áreas urbanas.

En este sentido se deben destacar diversos aspectos. En primer lugar hay que desarrollar nuevas formas de "ciudadanía urbana" que atiendan las necesidades cambiantes en el transcurso de la vida; en segundo lugar, se ha de crear un plan que beneficie a los mayores en el contexto de los entornos habita-

En la página anterior y en esta, de izquierda a derecha, hombre mayor en una terraza de bar de la estación de Denmark Hill, un barrio de clase media del sur de Londres; visita al British Museum, y dos residentes del barrio citado.
En la página de apertura del artículo, el mercado de Brick Lane, área situada al este de la City londinense conocida como Banglatown, por el gran número de inmigrantes de Bangladesh.

bles toda la vida; y por último, se debe garantizar su participación en la planificación y renovación de los barrios.

El primer punto se refiere a la necesidad de relacionar el debate con cuestiones como la ciudadanía urbana, los derechos ciudadanos y las ventajas de vivir en una ciudad. La gente mayor puede descubrir que, pese a haber vivido siempre en un entorno urbano, este presenta importantes obstáculos que a esa edad les impide disfrutar de una existencia gratificante. Por un lado, las ciudades tienden a considerarse cada vez más como la clave del éxito económico y cultural de un país. Por el otro, con frecuencia se reforman en detrimento de quienes ya están fuera del mercado laboral, sobre todo de los que perciben bajos ingresos. Para implementar una concepción de la ciudad que favorezca a la gente mayor hay que reconocer las necesidades de las diferentes generaciones y aprovechar las posibilidades que ofrece a todos los grupos de edad.

En cuanto al segundo punto, algunos de los aspectos relacionados con lo que se ha expuesto anteriormente aparecen también en los proyectos relacionados con las poblaciones y barrios habitables toda la vida. Los puntos fundamentales que se deben plantear incluyen la accesibilidad al entorno edificado; la idoneidad de las viviendas disponibles; el fomento del capital social; el emplazamiento y la accesibilidad de los servicios; la creación de espacios públicos que promuevan consciencia comunitaria y cohesión social; la integración y la planificación de servicios; el fomento de las relaciones entre generaciones haciendo que compartan espacios, y un mejor uso de las tecnologías de la información.

Un estudio llevado a cado por la Atlanta Regional Comission (ARC. *Lifelong Communities*, 2009: 7) dejaba claro que, si bien la movilidad comienza en el interior de la casa o unidad individual, debe continuar en el entorno edificado: "… desde el interior de la vivienda, pasando por la calle, hasta el interior del restaurante, teatro, tienda… sin interrupción en la totalidad del entorno urbano". Esta observación es válida para todo tipo de barrios o municipios. Las ciudades de las afueras, por ejemplo, se diseñaron pensando en familias y gente que se desplaza al lugar de trabajo y no en las necesidades específicas de la gente anciana y/o las de hogares con pocas personas. En este sentido se podrían investigar las consecuencias del diseño urbano en diferentes tipos de población, comparándolas con barrios donde hay una esperanza de vida más larga. Se debe seguir trabajando en un plan estratégico de diseño urbano que indique qué hacer para que, ante el envejecimiento de la población, los barrios sean aptos toda la vida ya desde el principio.

En tercer lugar, un asunto básico para un proyecto que beneficie a la gente mayor consiste en garantizar la implicación de esta en las estrategias de renovación urbana. Scharf *et al.* (2002) establecían que los mayores con frecuencia resultaban "invisibles" en las estrategias de rehabilitación. Aquí el problema no radica tanto en la ausencia de esta franja de edad en las consultas sobre políticas, como en una discriminación subyacente, que considera a la gente mayor "víctima" de las transformaciones del barrio. Las iniciativas de rehabilitación se podrían beneficiar de la experiencia de los mayores, de sus vínculos afectivos con el barrio y de su implicación en las organizaciones vecinales. También se deben crear estrategias de rehabilitación urbanas pensadas para los diferentes grupos en el seno de la población de edad avanzada, poniendo particular atención en contrastar ciertas situaciones que deben enfrentar los diversos grupos étnicos, las personas con problemas de salud de carácter físico o mental y las que viven en zonas donde hay escasez de viviendas y al mismo tiempo un muy marcado movimiento de población.

Los obstáculos

Pese a las ventajas de aplicar un enfoque favorable a la gente mayor, hay que tener en cuenta una serie de puntos fundamentales para garantizar la utilización efectiva de este tipo de política. Los debates acerca de lo que es adecuado para los mayores se han realizado sin pensar en las imposiciones que sufren los entornos urbanos en el hemisferio norte, donde los constructores privados continúan teniendo una influencia determinante en la planificación urbana. Ello da lugar a un conflicto entre las necesidades sociales de la gente mayor y los condicionantes sobre el espacio público que impone la propiedad privada de los terrenos, conflicto que puede conducir a una distorsión que impida satisfacer las necesidades de los grupos que compiten en el sistema urbano.

Otro aspecto importante consiste en aplicar las estrategias orientadas hacia la gente mayor respetando la complejidad del entorno urbano. Las técnicas para garantizar un enfoque que beneficie a los mayores variarán considerablemente según las características de las transformaciones y el desarrollo urbano.

Existen grandes diferencias en los modelos de crecimiento urbano: en los países desarrollados, la población de las ciudades tiende a disminuir (especialmente en Europa), a la vez que en África y Asia tiene lugar una acelerada urbanización. En estos dos continentes encontramos tanto casos de ciudades que crecen con gran rapidez como otros donde la población más bien disminuye. Un enfoque que beneficie a los mayores también debe reflejar la medida de una ciudad. Este proyecto puede variar por ejemplo en Europa, donde es habitual que las ciudades tengan menos de 500.000 habitantes, mientras que en los Estados Unidos son mucho más corrientes las grandes aglomeraciones urbanas (con poblaciones de entre dos y cinco millones). Asegurar un plan que beneficie a la gente mayor en el contexto del aumento de las megaciudades y de las hiperciudades (las últimas con poblaciones de veinte millones de habitantes o más) podría obligar también a plantearse cambios. Asimismo, los procesos que permiten crear espacios adecuados para los mayores se tendrán que modificar radicalmente y adaptar a las "ciudades suburbio" que imperan en el sur de Asia y en el África subsahariana. En estos continentes, el grueso del crecimiento de la población se ha producido sobre todo con el aumento de los suburbios, la mayoría de los cuales están situados en las periferias de las capitales. La dificultad de llegar a la gente mayor y a los inmigrantes que "envejecen en casa" y viven en alojamientos de carácter temporal privados de las instalaciones más básicas subraya la necesidad de encontrar nuevos modelos de intervención que puedan responder a los contextos de gran desigualdad en que se encuentran las personas mayores en ciudades de todo el mundo.

Por último, también habría que recalcar la necesidad de relacionar el debate sobre el cambio ambiental con los temas conexos con la urbanización y el envejecimiento de la población. Ya se ha subrayado la vulnerabilidad de los mayores en períodos en que los medios urbanos están afectados por temperaturas extremas. Pero también se pueden mencionar otros problemas. La contaminación atmosférica es un peligro importante, sobre todo en los países de nueva industrialización del hemisferio sur. La OMS calcula que tan solo en Asia hay más de mil millones de personas expuestas a unos niveles de contaminación atmosférica que superan las pautas establecidas por esta organización y provocan la muerte prematura de medio millón de personas cada año. La gente mayor, especialmente las personas que sufren problemas crónicos de salud, serán las más afectadas en su calidad de vida.

De cara al futuro, el ascenso del nivel del mar causado por el cambio climático podría comportar un riesgo especial para los mayores que viven en ciudades. Catorce de las diecinueve ciudades más grandes del mundo son portuarias, situadas en una costa o en el delta de un río. En Asia, la presencia de ciudades portuarias es todavía más importante: diecisiete de las veinte ciudades más grandes de este continente están situadas en la costa, a orillas de un río o próximas a un delta. La mayoría de las ciudades más importantes del mundo como Bombay, Shanghai y Nueva York están especialmente expuestas a inundaciones en caso de que ascienda el nivel del mar. Las consecuencias para las importantes poblaciones de edad avanzada que viven en ellas son enormes, y exigirán una planificación y una evaluación detalladas.

La gente mayor es especialmente vulnerable en períodos de crisis ambiental, ya que puede tenerse que desplazar lejos

“Las personas mayores son muy vulnerables en periodos de crisis ambiental, porque las ciudades dejan entonces de responder a sus necesidades”.

Dos residentes del barrio londinense de Woodbery Down State, conjunto de viviendas adaptadas para las personas mayores. El futuro de las ciudades de todo el mundo depende de las intervenciones que se realicen para asegurar una vida de calidad a la población de más edad.

de casa, de la familia, de los servicios y de toda ayuda, como se ha visto en las catástrofes del huracán Katrina en los Estados Unidos y de la oleada de calor del 2003 en Francia. En ambos casos, los mayores sufrieron los efectos de manera desproporcionada en comparación con otros grupos, pero no recibieron la ayuda ni la asistencia necesarias. Las catástrofes también redujeron la capacidad de las ciudades para responder de manera rápida y efectiva a las necesidades de los ancianos.

Cambios en investigación y planificación

En conclusión, garantizar unas ciudades adecuadas a la gente mayor sigue siendo un importante objetivo para la política económica y social. El futuro de las ciudades de todo el mundo estará determinado en buena parte por la actuación que se haga para asegurar a los ciudadanos más ancianos una mejor calidad de vida. Una parte crucial de esta actuación radica en crear unos entornos de ayuda que den acceso a una amplia gama de instalaciones y servicios. Para que eso sea posible será necesario, sin embargo, que la investigación y la planificación estratégica cambien al menos en tres puntos:

En primer lugar, con el objeto de crear barrios adecuados a la gente mayor en entornos urbanos complejos, será necesaria una conexión más directa que la que hubo hasta ahora entre la investigación y las normas de actuación. La investigación sobre los aspectos ambientales del envejecimiento cuenta con una cantidad de estudios notable, pero no toma partido a la hora de analizar el impacto y el poder que tienen unas poderosas fuerzas económicas mundiales para transformar el contexto físico y social de las ciudades. Para ponerle remedio se necesitará la integración de los progresos realizados por disciplinas como la sociología urbana, la economía urbana y la geografía humana. Comprender cuáles son los entornos óptimos para envejecer debe ser el resultado de un proyecto interdisciplinario que analice las consecuencias que tienen fenómenos como la pobreza urbana, la renovación y la transformación de las ciudades, la influencia de las redes transnacionales y las relaciones cambiantes entre las clases sociales, los sexos, los grupos étnicos y los grupos de edad.

En segundo lugar, y de acuerdo con el planteamiento de este artículo, es necesario responder a los rápidos cambios que afectan a gran número de zonas urbanas, y establecer de manera urgente nuevos enfoques para comprender las relaciones de las personas mayores con el cambio urbano, y en concreto con el desarrollo de las ciudades. Se necesita sobre todo más investigación en “etnografía urbana” para recoger las diversas experiencias de quienes habitan en las ciudades que ahora experimentan un profundo cambio en escala mundial y que están marcadas por movimientos migratorios por un lado, y por el otro por el envejecimiento de la población. Hará falta una investigación detallada para entender las consecuencias del crecimiento urbano en grupos como el de los inmigrantes que envejecen en casa, las personas que viven solas y las que perciben bajos ingresos. La sociología urbana se creó gracias al trabajo de la Escuela de Chicago a partir de los años veinte, sobre la base de unos estudios detallados de las experiencias de vida urbana, en particular de personas desfavorecidas y desprotegidas de origen inmigrante. La etnografía pondrá de relieve las actitudes, las motivaciones y experiencias de la gente mayor que “envejece en casa” y nos aportará más conocimientos sobre la manera en que cambian las ciudades, como también acerca de las contribuciones positivas y negativas de estos cambios en la calidad de la vida cotidiana en la vejez.

En tercer lugar, las ventajas de un proyecto que favorezca a la gente mayor radican en el desafío de analizar los valores e ideales a fomentar en el seno de las comunidades urbanas. Desde los años 60, escritores como Jane Jacob (*The Death and Life of Great American Cities*, 1961) han querido destacar la diversidad de la vida en la ciudad. Giradet (“Sustainable Cities”, en *Sustainable Cities*, 1999, 424, publicado por David Satterhwaite, ed.) definió la ciudad como un “lugar de cultura y creatividad, de sociabilidad y sobre todo de sedentarismo”. En el Reino Unido, Richard Rogers y Anne Power (*Cities for a Small Country,* 2000) crearon un nuevo modelo de planificación urbana, que exigía compartir espacios para el bien colectivo y para invertir la tendencia hacia la formación de suburbios. Ideas como estas son importantes a la hora de crear ciudades adecuadas para los mayores y deberían integrarse en la sociología del envejecimiento. El proyecto puede recordarnos los valores que hay que fomentar para una vida urbana armoniosa, de capital importancia a la hora de crear entornos adecuados para los mayores. Ⓜ

Notas

Atlanta Regional Commission 2009 *Lifelong Communities: A Regional Guide to Growth and Longevity*. Atlanta: ARC.

Unión Europea. *Active Ageing: pivot of policies for older people in the new millennium*; 1999.

Giradet, Herbert, “Sustainable Cities: A Contradiction in Terms?” pp. 403-425 a *Sustainable Cities*, ed. David Satterthwaite. Earthscan, Londres, 1999.

Jacobs, Jane, *The Death and Life of Great American Cities*. Vintage Books, Nueva York, 1961.

Organización Mundial de la Salud. *Active Aging: A Policy Framework*. Ginebra, 2002.

Organización Mundial de la Salud. *Global Age-Friendly Cities: A Guide*. Ginebra, 2002.

Rogers, R. y Power, A. *Cities for a small country*. Faber and Faber, Londres, 2000.

Scharf, T., Phillipson, C., Smith A. y Kingston, P.; *Growing older in socially deprived areas*. London: Help the Aged, Londres, 2002.

La ciudad y los mayores

En casa y en el barrio

La ciudad es una posesión social, como el país y la historia. Pero no siempre proporciona a las personas ancianas, ni tampoco a otros grupos, las oportunidades de vivirla y disfrutarla.

Vivir y disfrutar el entorno urbano

Texto **María Teresa Bazo** Catedrática de Sociología. Universidad del País Vasco / EHU

Las ciudades son desarrollos relativamente nuevos en la historia de la humanidad. Los primeros asentamientos permanentes tuvieron lugar hace unos 12.000 años, y se produjo así lo que podría denominarse la primera revolución urbana. Al final del periodo glaciar las personas se concentraron en lugares de suelo fértil, y al mismo tiempo descubrieron la agricultura y la domesticación de los animales, avances que condujeron a desarrollos nuevos en la elaboración de instrumentos y vestidos, y en la construcción de viviendas. Surgieron entonces las religiones y la consiguiente creación de rituales religiosos. Todo ello se consideran progresos revolucionarios que propiciaron la especialización productiva en un desarrollo de la división del trabajo más allá de la sexual, y mejoraron las condiciones de vida de la población.

Los procesos modernos de urbanización que siguen a la Revolución Industrial forman parte de los modelos de las actuales sociedades. Según Peter Berger, una de las cuatro características principales de la modernidad es el declive de las comunidades pequeñas, tradicionales. Este hecho se relaciona con el debilitamiento progresivo de las comunidades relativamente cohesionadas, en las cuales los seres humanos han encontrado la solidaridad, el significado, la seguridad, y certezas derivadas de creencias y comportamientos basados en la tradición, por cuanto cada persona tenía un lugar claramente definido. Esos grupos primarios confieren a las personas un fuerte sentido de identidad, pertenencia y objetivos, aunque puede señalarse que al mismo tiempo también limitan sus posibilidades de desarrollo personal autónomo. Desde ciertas perspectivas teóricas, la visión del surgimiento y crecimiento de las ciudades modernas aglutinando grandes aglomeraciones humanas es de pesimismo o negatividad ante la idea de un paraíso terrenal perdido con el derrumbe de los mundos tradicionales.

La tendencia desde el punto de vista global es al progresivo crecimiento de la población urbana y al descenso de la población rural. En un reciente informe publicado por las Naciones Unidas[1] con datos de 2009 se presentan las treinta mayores aglomeraciones urbanas del mundo en el periodo que va de 1950 a 2025 por quinquenios. En 2010 las treinta mayores ciudades están encabezadas por Tokio, Nueva Delhi y São Paulo con algo más de 36, 23 y 20 millones de habitantes, respectivamente. Londres en el puesto 30, Moscú en el 24 y París en el 21 son las tres únicas ciudades europeas en el ranking de las treinta mayores del mundo. Otras tres ciudades estadounidenses aparecen en el ranking. El resto de ciudades pertenecen a países que son mayoritariamente asiáticos. En 1950 una ciudad española, Barcelona, ocupaba el número 29, y era una de las seis ciudades europeas que aparecían en la lista. En los tres quinquenios siguientes que contempla el periodo, 2015, 2020 y 2025, las proyecciones apuntan a que solo Moscú y París conservan entre todas las ciudades europeas un puesto entre las treinta mayores del mundo. La razón es que el aumento mayor de la población se da sobre todo en los países menos desarrollados económicamente, y que Europa es el continente cuya población tiende a descender –e incluso a disminuir, si no fuese por el efecto demográfico positivo de la inmigración que se da actualmente–, al tiempo que sigue creciendo la población de otras regiones del planeta.

En el informe se analiza también la situación de cada país en cuanto al porcentaje de la población total que reside en los núcleos de 750.000 habitantes o más, así como el porcentaje de la población urbana que reside en cada una de esas aglomeraciones en 2009 y las proyecciones hasta 2025. En el caso de España para el año 2010, aparecen Madrid con el 16,7% del total de la población urbana residiendo en ese núcleo (cuando había sido el 11,7% en 1950) y Barcelona con el 14,5% (el 12,4% en 1950). En tercer y último lugar para España, Valencia aparece con el 2,3% de la población urbana. La tendencia a la urbanización marca de forma continuada el desarrollo demográfico desde la industrialización.

Un fenómeno nuevo en la historia

La vejez es una construcción social. El envejecimiento poblacional es resultado de los cambios operados en las sociedades contemporáneas, especialmente en las más desarrolladas económicamente, al descender conjuntamente tanto las tasas de mortalidad como las de natalidad. El proceso, que

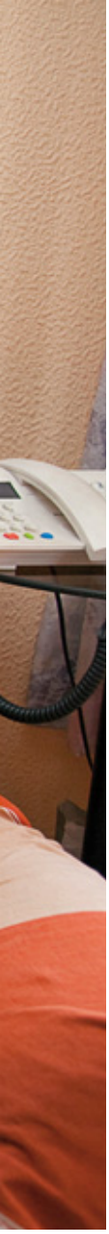
Antonio Pin Cárdenas y María Luisa Martínez Sánchez en su piso del barrio del Besòs i el Maresme, en el distrito de Sant Martí. En la imagen que abre el artículo, la calle de Alcántara, en el barrio de Roquetes, donde se han instalado tres tramos de ascensores para salvar la gran pendiente.

da comienzo con el descenso de la mortalidad –sobre todo la mortalidad infantil–, hace que grupos numerosos de personas empiecen a alcanzar edades cada vez más elevadas y la mortalidad se desplaza de la infancia a la vejez. Al mismo tiempo, al producirse un descenso continuo y sostenido de las tasas de natalidad, comienzan a transformarse radicalmente las pirámides de edades, que tienden en la actualidad a asemejarse más a cilindros. Es en el desarrollo de ese proceso cuando comienza a hablarse del envejecimiento poblacional como un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad. La población mundial en el presente se acerca a los 7.000 millones de habitantes, de los que Europa representa solo el 11,2%, según una publicación de la Unión Europea[2]. En los 27 países de la Unión la proporción de personas hasta los 14 años es del 15,8%, mientras que las que tienen 65 años o más han pasado a representar el 16,9% de la población total. Se ha producido una inversión de las proporciones de edades tradicionales en la historia de la población humana. En el caso de España, las proporciones correspondientes son el 14,5% y el 16,6%, respectivamente. Las personas mayores han comenzado, pues, a hacerse visibles, y sus necesidades y problemas se van convirtiendo en temas de preocupación social que llevan a la creación de políticas públicas específicas para ese grupo de población.

También la población de personas mayores, como el total de la población, tiende a ser mayoritariamente urbana. Según los datos del *Informe sobre las personas mayores en España* (2008), publicado por el IMSERSO, el 72,5% de las personas mayores de 65 años reside en núcleos urbanos, entendiéndose estos como los que tienen de 10.001 habitantes en adelante. El 18,2% reside en ciudades de 500.000 habitantes o más. La tendencia a vivir solo es creciente en todo el mundo, y en el caso de las personas ancianas, también. España es uno de los pocos países industrializados en donde las personas mayores que viven solas son minoría: el 20%, según los datos que presenta el referido informe. El extremo contrario lo ocupa Dinamarca, donde el porcentaje es del 50%.

El tema de la vivienda va estrechamente unido al barrio y, por tanto, a la ciudad. La mayor parte de las zonas antiguas de las ciudades europeas han sido habitadas por personas mayores al ser la vivienda más barata en muchas ocasiones que en otras zonas de la ciudad. En las últimas décadas las familias inmigrantes se han convertido en los nuevos habitantes de los cascos antiguos. El cambio del entorno físico y social cuestiona la idea que se mantuvo durante un tiempo sobre la conveniencia para las personas de seguir viviendo en los lugares que les fueron familiares. La degradación sufrida en algunos barrios y la falta en muchos casos de un seguimiento de la situación de las personas mayores por parte de una familia ausente o inexistente, y en su defecto de los servicios sociales, lleva al aislamiento e incluso al desamparo a muchas personas ancianas.

La seguridad en la vivienda y en el barrio es un tema que se considera fundamental para el bienestar de las personas



mayores. Mantener un entorno seguro, cómodo y agradable es un aspecto esencial en la calidad de vida en la vejez. Citando datos de la *Encuesta social europea* de 2008, el antes citado informe del IMSERSO presenta los datos comparativos de los sentimientos de inseguridad de los ciudadanos europeos. En cuanto a las personas mayores, quienes experimentan mayor inseguridad son los habitantes de Estonia (52%), Ucrania (51%) y Rusia (48%). Los que más seguros se sienten son los de Chipre (12%) y Dinamarca y Eslovenia, con el 17%. En España el 27% de las personas mayores de 65 años experimenta sentimientos de inseguridad. Sin embargo, solo el 12% de estas declara haber sido víctima, ella u otra persona de su hogar, de robos o agresiones. De forma parecida, en los demás países ocurre que la situación real que experimentan no está relacionada con el temor que sienten. Pero el hecho de sufrir dicho temor incide negativamente en su bienestar psicológico. Ellas, precisamente, quizá porque viven más retiradas en el hogar y procurando no exponerse en horarios menos seguros, no sufren ataques con la misma frecuencia que la población más joven, pero el conocimiento de la inseguridad les hace experimentar sentimientos negativos.

El hogar es el centro de la intimidad, el refugio material y anímico, y el *sancta sanctorum* de los recuerdos materiales de la vida personal y familiar. Vivir en edificaciones antiguas, además de la posibilidad de correr ciertos riesgos para la seguridad personal y la salud, implica la falta de ascensor. Cuando las facultades físicas y sensoriales de las personas se alteran por cualquier circunstancia o disminuyen, se hace más necesario contar con medios para acceder a la calle a fin de que no queden aisladas en sus viviendas.

En el *Informe sobre las personas mayores* del IMSERSO publicado en 2004 se señala que alrededor del 19% de las personas mayores que necesitan ascensor no disponen del mismo. Se especifica de igual forma que, según la definición de edificio accesible que hace el censo (cuando una persona que utiliza silla de ruedas puede acceder a la calle y a su vivienda sin ayuda), solo el 22% de los edificios en los que residen personas mayores podrían considerarse accesibles. Es por ello por lo que resulta fundamental que desde los ayuntamientos se promuevan las ayudas para el mantenimiento y mejora de las viviendas. A pesar de esta y otras deficiencias, las personas mayores tienden a estar satisfechas con sus viviendas, como ya se pudo constatar analizando a los ancianos de Bilbao[3]. En ese mismo Informe del IMSERSO de 2004 se indica que el 88% de las personas mayores se encuentran satisfechas con su vivienda, y se añade que incluso es el aspecto de su vida que valoran de forma más positiva.

La mayor parte de las personas mayores en España es propietaria de su vivienda, como rasgo general del país. Ello no significa que no ocurra lo mismo en muchos otros países europeos. De hecho, según el *Yearbook 2006-2007* de EUROSTAT, el 75% de los ciudadanos de los todavía 25 países de la Unión Europea eran propietarios de su vivienda. Esto, además del valor simbólico que se atribuye a la vivienda, supone un capital del que, en principio, no se puede disfrutar al mismo tiempo que se dispone de él, pero permite la alternativa –aunque en España no haya conseguido demasiado éxito– de que bancos o aseguradoras la compren para proporcionar esa liquidez a sus propietarios mientras vivan. Según el *Informe sobre la situación de las personas mayores en España* del IMSERSO publicado en 2006, el 87% de las personas mayores son propietarias de su vivienda.

Una posesión compartida

La ciudad es también una construcción social. Se la considera una de las posesiones que se comparten socialmente, como el país y la historia. Se entiende que es una obra colectiva, que es producida socialmente en el devenir histórico. A pesar de ello, no siempre proporciona a las personas ancianas, como tampoco a otros grupos, las oportunidades de vivirla y disfrutarla.

En las últimas décadas se ha avanzado mucho en la eliminación de las "barreras arquitectónicas". Estos cambios facilitan la vida social a todas las personas y para todas son útiles. Unas veces porque, siendo jóvenes, se sufre alguna limitación que afecta a la capacidad de desplazamiento de forma autónoma, temporal o definitivamente. Otras porque, alcanzando edades cada vez más avanzadas, las capacidades sensoriales y funcionales de las personas experimentan diversos cambios de forma inexorable.

Vivir la ciudad implica la imbricación en el barrio, lo que supone el desplazamiento a pie o en un medio público. Es fundamental que las losas del suelo faciliten la deambulación y no la entorpezcan, que la iluminación sea la adecuada y que la rotulación en general proporcione de forma clara y rápida la información que pretende dar. Asimismo, el transporte público debe adaptarse a las condiciones sensoriales y funcionales de las personas que envejecen. Vivir la ciudad implica también poder utilizar todos los recursos que se ofrecen sin que las situaciones particulares de un grupo (de edad, en este caso) condicionen ese uso. Pueden ser los bancos en las plazuelas que facilitan el descanso y la relación social, la sombra de los árboles, las paradas de autobús, y también los espectáculos, las actividades culturales y de ocio, por lo que debe tenerse en cuenta a las personas con menor poder adquisitivo. La ciudad tiene que ser accesible a todas las personas de modo que pueda ser disfrutada por sus habitantes y que sus recursos les sean asequibles. Será un logro de la civilidad, que es también urbanidad.

Notas

1 ***World Urbanization Prospects: The 2009 Revision*.**

2 **Comunidades Europeas (2008). *Key Figures on Europe*, 2009 (2008). Luxemburgo: Comunidades Europeas.**

3 **María Teresa Bazo (1990). *La sociedad anciana*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI.**

La ciudad y los mayores

Proyectos en marcha

La OMS puso en marcha en 2005 la red "Ciudades amigables con las personas mayores", que actualmente reúne a varias decenas de municipios de todo el mundo.

Donostia-San Sebastián, ejemplo de ciudad amigable

Texto **Mayte Sancho** Asesora técnica de la Fundación Instituto Gerontológico Matia
Elena del Barrio Socióloga-investigadora de la Fundación Ingema

Existe ya suficiente consenso para poder afirmar que una de las más importantes conquistas del siglo XX, además de la incorporación de las mujeres a la vida laboral y social, ha sido conseguir sociedades en las que sus ciudadanos pueden vivir muchos años. El gran reto a lograr en este incipiente siglo XXI consiste en mantener e incrementar esa capacidad de supervivencia de las personas, con la mejor calidad en su vida cotidiana. Sus hogares y los entornos en que viven cumplen un papel decisivo en su bienestar.

En este contexto, la Organización Mundial de la Salud (OMS) puso en marcha en 2005 la red mundial "Ciudades amigables con las personas mayores" (Age-Friendly Cities Project, AFC), que actualmente reúne a varias decenas de municipios de todo el mundo: Nueva York, Londres, Ginebra, Estambul, La Plata, México D.F., Quebec, Beirut, São Paulo o Tokio. El proyecto pretende dar respuesta a los nuevos procesos generados por la aparición de dos tendencias características de la población mundial contemporánea: el envejecimiento demográfico y el proceso de urbanización.

Las proyecciones de población auguran para 2050 que la población mundial mayor de 65 años se triplicará en relación a la actual y alcanzará la cifra de 1.500 millones de personas. En España, y durante el mismo periodo, se prevé que 32 ciudadanos de cada 100 tengan más de 65 años.

En cuanto al proceso de urbanización, la rapidez de este fenómeno es asombrosa en todo el mundo. Así, en 2030 el 81,7% de la población española vivirá en hábitats urbanos. ¿Estamos ante una sociedad diferente en un futuro muy próximo? Sin duda alguna. Las personas mayores adquieren un protagonismo creciente. Sus preferencias, su contribución al bienestar de la ciudadanía y su autonomía para tomar decisiones empiezan a ser tenidas en cuenta en todos los ámbitos sociales.

El proyecto de ciudades amigables se genera en torno al paradigma del "envejecimiento activo", entendido como un "proceso de optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad con el fin de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen" (OMS, 2002). Cuando en 2002, con motivo de la celebración de la II Asamblea Mundial del Envejecimiento, la OMS difundió el documento *Envejecimiento activo, un marco político*, había entre los profesionales incertidumbre ante el reto de hacer realidad un paradigma de estas dimensiones. De hecho, durante estos años hemos asistido a un proceso de cierta banalización del concepto, asociándolo a cualquier actividad dirigida a las personas mayores que tuviera un enfoque "positivo", "activista". A pesar de estas interpretaciones a veces erráticas, también han surgido iniciativas de interés y rigor máximos, como es el caso del movimiento pro ciudades amigables con las personas mayores.

Una ciudad amigable reorganiza sus estructuras y servicios para que ofrezca unos niveles óptimos de calidad, seguridad y confort a todas las personas con independencia de sus capacidades, con lo que se fomenta su participación en todos los ámbitos de la vida social. En ella, las políticas, los servicios, los entornos y las estructuras apoyan y facilitan el envejecimiento activo de las personas. Una ciudad amigable es una ciudad diseñada para todas las edades, y no exclusivamente orientada a lograr mejoras para la población de edad avanzada.

Con esta iniciativa se pretenden tres grandes objetivos: generar procesos de participación comunitaria; introducir cambios en las diferentes áreas competenciales de los municipios que mejoren la calidad de vida de sus ciudadanos, ya que, si favorecen a los mayores, favorecen a todos; y aprovechar al máximo el potencial que ofrecen los ciudadanos de más edad. En definitiva, se intenta promover un gran proceso de participación ciudadana protagonizado por las personas mayores desde un rol generador de bienestar para toda la ciudadanía, huyendo de la percepción estereotipada de la vejez como grupo de población que solo genera gasto y problemas.

La red mundial AFC

Las ciudades que deciden formar parte de esta red necesitan realizar una evaluación integral del municipio a través de un diagnóstico de la situación de las personas mayores en la ciu-

En la página siguiente, Jaime Segura en la Biblioteca del Vapor Vell, en Sants; sesión de gimnasia de mantenimiento en el Casal d'Avis de Roquetes, y viajeras de diferentes edades en el metro de Barcelona. En la página inicial, arriba, Francisco Serrano, veterano líder vecinal de Nou Barris, y Manuel Rodríguez en el mirador de la Plaça de les Roquetes, un barrio que ha experimentado grandes cambios; abajo, de tertulia en Sant Andreu.

dad y de las respuestas a sus necesidades. Además del análisis de los datos estadísticos disponibles en el municipio, que proporcionan un primer diagnóstico de la situación de la ciudad, el proyecto AFC establece en sus bases metodológicas un proceso de participación de todos los implicados en esta iniciativa: personas mayores que aportan su percepción sobre el grado de amigabilidad de la ciudad en su vida cotidiana considerando su proceso de envejecimiento; las organizaciones de voluntariado, proveedores de servicios, comerciantes, empleados públicos y cuidadores de personas en situación de dependencia, que aportan su mirada y una imagen complementaria sobre los puntos fuertes y débiles de la ciudad y su grado de amigabilidad con las personas mayores; y los responsables de las políticas municipales y los planificadores, que analizan la evaluación de la ciudad y toman decisiones para mejorar la calidad de vida del municipio.

En este proceso de investigación-acción se utilizan técnicas cualitativas mediante la realización de grupos focales, con los perfiles de personas citadas, y se analizan ocho áreas de intervención: espacios al aire libre y edificios, transporte, vivienda, participación social, respeto e inclusión social, participación cívica y empleo, comunicación e información, y servicios sociales y sanitarios. La evaluación local se comparte a través de la celebración de foros de participación ciudadana, con los responsables políticos, planificadores, personas mayores y ciudadanía en general, como punto de partida para la intervención y la consecución de una ciudad más amigable con la edad avanzada. Una vez más, estamos ante otra herramienta esencial para garantizar la implicación de la ciudadanía en la mejora de su bienestar.

La OMS está generando un nuevo debate sobre el futuro de esta red mundial, sus posibilidades de sistematización, la generalización de experiencias y resultados, los indicadores de evaluación, los requisitos de incorporación a la red, etc. Como resultado se ha abierto un proceso de sistematización de la Red AFC por el que las ciudades participantes en el proyecto se comprometen a un proceso de evaluación y mejora continua que se especifica en un ciclo de cuatro etapas.

Una experiencia pionera

Donostia-San Sebastián ha sido la primera ciudad española que se ha incorporado a la Red AFC. Durante el año 2009 se efectuaron los primeros pasos de incorporación a la red: la evaluación integral a partir del diagnóstico del municipio realizado por el propio Ayuntamiento y la investigación cualitativa llevada a cabo por la Fundación Ingema.

Para la investigación cualitativa, se llevó a cabo una adaptación a las características de esta ciudad y su población, de tal manera que en el diseño de los grupos focales se tuvieron en cuenta una serie de factores discriminantes, a fin de conseguir el grado máximo de heterogeneidad inclusiva, para obtener discursos significativos sobre la realidad de las personas mayores en San Sebastián. Se buscaba perfilar la figura de la persona mayor sobre el escenario de la ciudad, incidiendo tanto en las autopercepciones, procedentes de distintos contextos socio-históricos, situaciones económicas y de salud, como en las representaciones sociales de los diversos actores que mantienen interacciones con personas mayores.

Las ocho áreas a investigar fueron adaptadas al contexto cultural español. En la nueva estructura se incluye un área de redes y apoyo social en la que se recopila la información de las redes informales de apoyo (familia, vecindad y comerciantes). Asimismo, se unen las áreas de participación social y participación cívica y empleo en empleo y participación.

Los resultados de la investigación cualitativa muestran que, a pesar de ser este un municipio con alto nivel de bienestar, en cada una de las áreas de estudio citadas hay aspectos susceptibles de mejora. Así, se recoge un listado de más de doscientas propuestas para mejorar la vida cotidiana de las personas mayores, entre las que se encuentran, a modo de ejemplo, las siguientes:

1. Espacios al aire libre y edificios. Instalar bancos en edificios públicos y comercios. "Por lo caros que son los locales (...), los comercios y los bares han tendido a ser muy pequeños (...), no hay sillas ni asientos, ni en las carnicerías, ni en las pescaderías (...). El comercio da mucha vida a las personas mayores, es algo que funcionalmente les hace estar al día y es tremendo, no encuentras ni un solo banco (...). Los bares cada vez tienen menos mesas y menos sillas y todo está hecho para que no puedan estar. Y la gente mayor necesita sentarse". (Proveedores).

2. Transporte. Iniciar programas de concienciación a conductores sobre las dificultades que supone viajar en autobús para personas con diversidad funcional o edad avanzada. "Nunca se arriman a la acera y quedan a una altura a la que me cuesta mucho llegar" (H-M, 60-74 años).

Aumentar el tiempo entre paradas para que el vehículo se encuentre siempre estacionado mientras los usuarios ocupan o dejan sus asientos o llegan a lugares en los que se encuentran estables. "Tiene que darse más tiempo (...) para que las personas mayores puedan llegar a sentarse y no tengan que estar pendientes de que les vayan a pegar un acelerón, y también para descender". (ONG).

3. Vivienda. Crear una figura, dentro de los servicios sociales, encargada de efectuar arreglos cotidianos (cambio de bombillas, arreglo de grifos, etc.), o subvencionar a empresas privadas para la gestión de este servicio. "Para cambiar una bombilla no tienen quien les ayude (...). A mi marido [cartero], mientras reparte cartas por las casas, le han dicho infinidad de veces: 'Te voy a pedir una cosa que me da un poco de vergüenza: ¿puedes subirte a la escalera y cambiar esa bombilla?, porque yo no me puedo subir'. (...) Hablamos de un asistente para grandes problemas, pero a lo mejor deberían tener una persona que se fijara en esas minucias". (Proveedores).

4. Redes y apoyo social. Replantear el diseño de urbanizaciones y espacios comunitarios para favorecer que se dé un mayor número de interacciones entre vecinos. "Depende de los barrios, es decir, de la vida que tenga cada barrio (...). Gros es el que tiene más mezcla de comercio, locales, viviendas,

talleres... El centro se ha quedado muerto porque, con lo que subieron los precios en los últimos años, los bancos y las grandes oficinas acabaron con las viviendas (...). En los barrios nuevos no se da esa mixtura porque ya funcionan de forma distinta". (Proveedores).

5. Empleo y participación. Impulsar actividades de ocio y envejecimiento activo para personas en situación de dependencia o fragilidad. "Se ve gente mayor muy activa (...), pero mientras es autónoma y puede moverse (...). La dificultad la tienen las personas que no son autónomas". (ONG).

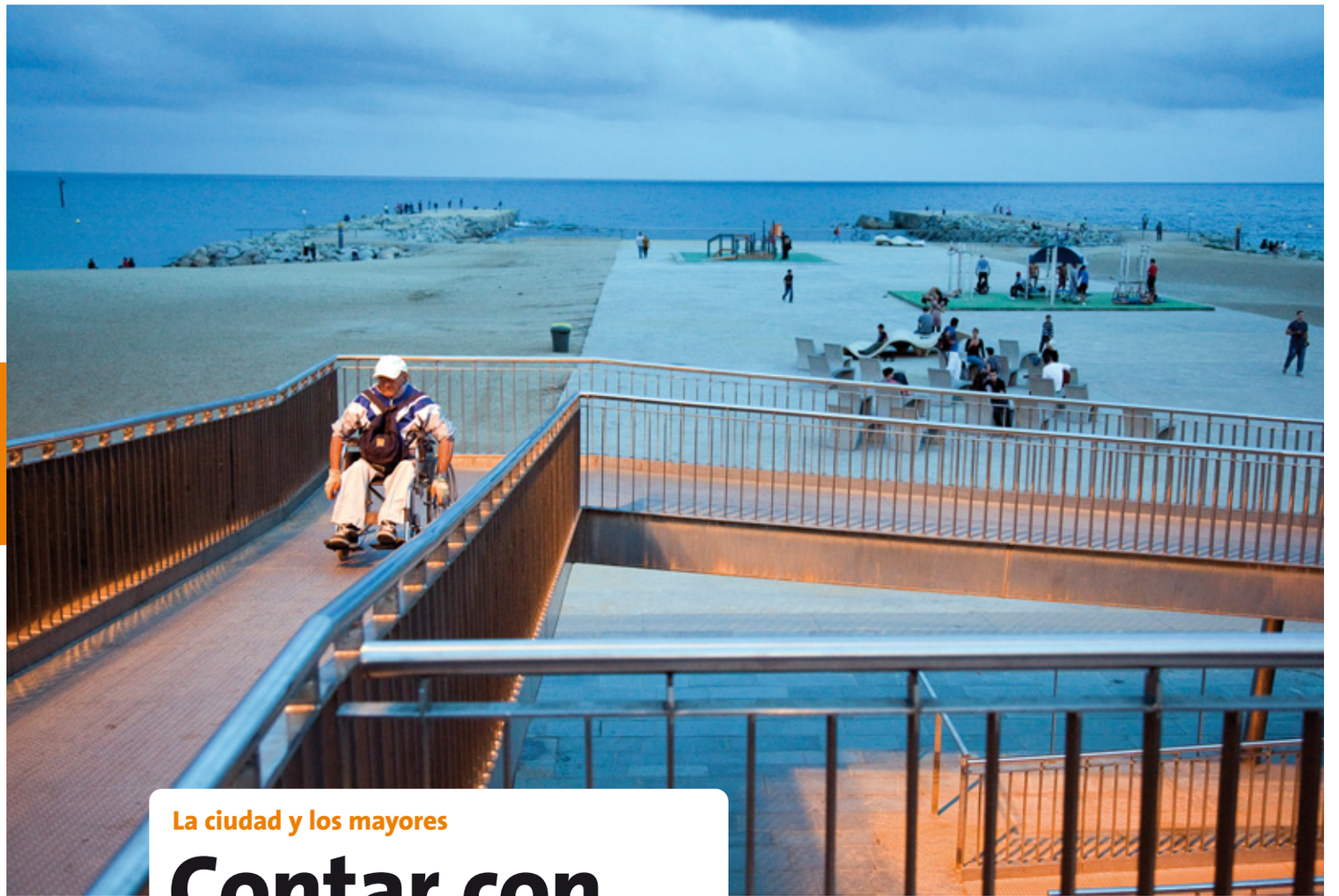
6. Respeto por la inclusión social. Reducir las desigualdades económicas y facilitar el acceso de los mayores a la vida social, sin que se produzca discriminación o segregación en función de ningún criterio. "Es una ciudad muy cara, de forma que las personas mayores, con sus pensiones, se encuentran limitadas a la hora de entrar en espacios comunes (...). En una ciudad amigable no ha de haber guetos, es decir, que todo el mundo tiene que poder compartir los sitios... (Proveedores).

7. Comunicación e información. Crear espacios, dentro de las instituciones públicas, en los que las personas mayores, con apoyo de personal cualificado, puedan acceder a ordenadores para la realización de prácticas cotidianas (comprar entradas, reservar un billete de transporte, enviar un formulario, etc.). "Mucha gente mayor ha incorporado a sus vidas las nuevas tecnologías, pero hay sectores que ni lo han hecho ni lo harán, y últimamente creo que se nos está olvidando. Por ejemplo, en esta ciudad es casi imposible adquirir una entrada para un concierto cualquiera si no estás al tanto de cuándo las ponen a la venta en Internet". (Proveedores).

8. Servicios sociales y sanitarios. Crear centros para personas frágiles, pero todavía autónomas, que no usan los centros de día. "No existe la cadena completa de servicio para que la persona mayor se mantenga en su entorno social el mayor tiempo posible antes de que sea muy dependiente y, por tanto, haya que darle un servicio más especializado". (ONG)

Este proyecto está adquiriendo gran notoriedad en muchos países y ciudades del mundo. Como en otras iniciativas de carácter global, afloran las diferencias de desarrollo y oportunidades entre unos y otros territorios para poner en marcha acciones que mejoren la vida de las personas. En los próximos años podremos evaluar los avances obtenidos y las dificultades que han surgido. No obstante, el carácter transversal de este proyecto, así como la focalización de la atención sobre los ciudadanos de más edad, son ya, en sí mismos, elementos de la máxima importancia para mejorar, en la medida de lo posible, sus condiciones de vida.

Otras ciudades como Barcelona están comenzando el proceso. En breve esperamos contar con la existencia de una red española de ciudades amigables con las personas mayores. Por primera vez son ellas las protagonistas de un proceso de generación de bienestar que reclamará una recuperación más racional de los espacios públicos, de las relaciones entre los ciudadanos, de las transferencias de cuidados..., de todas esas pequeñas cosas que hacen que la vida cotidiana en la ciudad sea un poco más humana y más satisfactoria para todos.



La ciudad y los mayores

Contar con las personas

El mayor reto es pasar de la participación consultiva a la participación implicada, que permita no solo definir políticas para las personas, sino también con y desde las personas.

Por una planificación urbana participativa

Texto **Quico Mañós de Balanzó** Subdirector de EAI Consultoría. Educador social

En este artículo pretendo desarrollar una reflexión sobre la incidencia de las políticas públicas en las ciudades desde la perspectiva de la situación actual y de la problemática generada por la falta de participación de la ciudadanía en la planificación de los recursos –que no en la toma de decisiones–. Asimismo, quiero plantear algunos retos y experiencias a partir de la inclusión de la perspectiva del diseño para todos (Design For All) y del despliegue de programas de urbanismo social que, en Cataluña, con la Ley 2/2004, de 4 de junio de 2004, de mejora de barrios, áreas urbanas y pueblos que requieren una atención especial, lo han hecho mediante la definición de planes integrales con mapas de uso en zonas arquitectónicamente deprimidas.

Centrándonos en el desarrollo de políticas públicas para las personas mayores, éstas se hacen aún sin tenerlas suficientemente en cuenta, ya que, si bien plantean sus propuestas en organizaciones y participan en consejos estatales, autonómicos o locales, a menudo esta participación solo tiene carácter consultivo y carece, al fin y al cabo, de una incidencia efectiva en las políticas sociales reales, de modo que las propuestas quedan relegadas a la definición de mejoras en el debate esencial del papel de las personas mayores en la sociedad actual. Desde esta perspectiva, se hace necesario dar el paso de la participación consultiva a la participación real en la definición de propuestas y del diseño de las políticas sociales, con programas que integren a la persona en su diseño y desarrollo.

El punto de partida

Los gestores públicos de lo social han heredado una situación realmente difícil de resolver. En el siglo XX las ciudades se desarrollaron según las necesidades de la mayoría. Dicha mayoría puede ser definida como la integrada por las personas "normales", es decir, adultas, sin discapacidades, que no sean mayores ni tampoco niños. Son ciudades para personas con estrés, conductoras y encaminadas a la actividad económica que conlleva la vida social en la urbe. Las personas "improductivas" (niños, mayores, personas con discapacidad, etc.) se ven relegadas a una visión diferente. Es una realidad que en las ciudades hay semáforos que no permiten cruzar al otro lado de la calle a personas con dificultades, a no ser que hayan realizado un programa de entrenamiento. Es evidente que las grandes obras de las ciudades en la actualidad se están llevando a cabo bien para potenciar vías de comunicación relacionadas con las grandes infraestructuras (AVE, líneas de metro, etc.), o bien para fomentar espacios de paseo, ensanche de aceras, peatonalización de los barrios más antiguos, etc. Esta realidad se debe al desarrollo de las ciudades de forma desordenada, sin prever que el entorno debe ser un lugar para vivir. Esta perspectiva nos conduce a analizar las políticas públicas en las ciudades desde otras miradas.

Francesco Tonucci (Frato), responsable del proyecto internacional "La ciudad de los niños" y autor de numerosos libros sobre el papel de los niños en el ecosistema urbano, propone repensar la ciudades desde unos ojos infantiles. Frato nos presenta su proyecto con la sugerente imagen de una valla en mitad de una calle en la que se lee un cartel de aviso que reza: "Disculpen las molestias, estamos jugando para ustedes". En el proyecto sobre la ciudad de los niños se nos plantea el siguiente texto: "Ahora el lugar de los miedos, las inseguridades, los riesgos, los peligros, los sustos, para muchos niños es la ciudad, su ciudad. El lugar en el que han nacido, en el que juegan (poco), en el que pasean (acompañados) y en el que se van haciendo mayores (vigilados), entre coches, asfalto, vallas y señales de todo tipo". Dicha reflexión le lleva a replantearse cuestiones sobre cómo debería ser una ciudad que tuviese en cuenta a los niños; cómo habría que diseñar y planificar una ciudad a su medida; qué principios políticos deberían regir las actuaciones de concejales y técnicos para que ese lugar permitiese crecer con seguridad, autonomía y garantía; en qué medida puede la escuela ayudar y favorecer en el aprendizaje de la lectura de la ciudad, y con ello aumentar la autonomía y disminuir la inseguridad, o hasta qué punto es el niño un instrumento fiable de medida para calibrar la humanidad y la bondad de las ciudades.

Dichas cuestiones, que no tienen respuesta fácil, se pueden plantear para otros colectivos, entre ellos el de las personas mayores, con discapacidad, etc. Así, podemos preguntarnos cómo deben ser los entornos que tengan en cuenta a mayores y personas con diversidad funcional; qué planificación sería

Sobre estas líneas, bloques de viviendas en el barrio de la Mina, con las estructuras para ascensores añadidas en los últimos años. A la derecha, acera con baranda en el pasaje de Martras, en el Poble-sec. En la portada del artículo, rampas para personas con movilidad reducida: arriba, en los accesos a la playa de la Barceloneta, y abajo, en el barrio de la Trinitat Nova.

necesaria; cómo favorecer la autonomía, la seguridad, el aprendizaje, la humanidad y la bondad de los lugares de vida.

Asimismo, también contamos con las concepciones de Boltanski & Chiapello, expuestas en su documento *Le nouvel esprit du capitalisme* (1999), donde se define la necesidad de desarrollar, desde la moral política, un modelo de ciudad basado en el conexionismo, pensado desde las redes sociales y desde la construcción de la "ciudad por proyectos". Los autores defienden el modelo de la ciudad por proyectos interconectados entre sí, frente a la ciudad mercantil y de consumo. Se basa en la actividad desde la perspectiva de la justicia social: "En la ciudad por proyectos, la actividad supera las oposiciones entre el trabajo y el no trabajo, entre lo estable y lo no estable, entre el asalariado y el no asalariado, entre el interés y la benevolencia, entre lo valiosamente productivo y lo que no es económicamente contable" (Boltanski & Chiapello, 1999: 165).

La ciudad por proyectos está basada en el conexionismo, en la mediación. Esta visión nos permite pasar de una perspectiva centrada en las ciudades especializadas erigidas dentro de las ciudades (ciudad sanitaria, ciudad comercial, ciudad tanatorio, ciudad de la justicia, ciudad tecnológica, etc.) a un modelo de ciudad más transversal donde la conexión de necesidades sociales sea más perceptible. Uno de los retos de las políticas públicas en las ciudades es fomentar el diálogo entre las ciudades especializadas para erigir la ciudad de la escucha, donde las diferentes tipologías y realidades de ciudad se complementen unas con otras.

Las políticas en marcha

Ante estas reflexiones iniciales nos encontramos con la puesta en marcha de políticas sociales de nuevo cuño, encaminadas a potenciar la interconexión, la mediación, la complementariedad. Vamos camino no solo de la globalización mundial, sino también de la ciudad global. Este desarrollo político nos lleva a generar estrategias basadas en la participación, en programas de urbanismo social, en la implicación de la persona "usuaria" en el diseño del propio entorno social. Veamos algunos ejemplos de estrategias de participación.

El decreto de la Generalitat de Cataluña 202/2009, de 22 de diciembre, define los órganos de participación y de coordinación del Sistema Catalán de Servicios Sociales. En él se definen consejos de participación en varios niveles (nacional-autonómico, supralocal, local y en el ámbito de cada centro como consejo asesor). En todos los casos, se definen como consejos consultivos que de ningún modo participan en la toma de decisiones o directrices de las políticas sociales. Son consejos que pueden dar opinión, proponer, emitir desacuerdos. Debemos explorar ámbitos de participación, comisiones de participación locales que sean capaces de validar o reprobar la toma de decisiones que tiene lugar a nivel político. En este sentido, me parece que el camino a seguir sería el de refrendar los grandes proyectos sociales a partir de la participación ciudadana, no solo justificando la representación política por sufragio, sino la integración de la participación de la sociedad civil en el diseño y planificación de las políticas de ciudad o de país.

En Cataluña, en el ámbito de las personas mayores nos encontramos ante la aparición de órganos participativos que facilitan dicha interacción entre la clase política y la ciudadanía, pero que, a mi parecer, se quedan a medio camino, por el mero hecho de que son solo instrumentos que permiten expresar las opiniones de dichas generaciones sin influir de forma efectiva en la toma de decisiones sobre el diseño de las políticas sociales. Veamos seguidamente dos experiencias.

El Consejo de las Personas Mayores de Cataluña es un órgano consultivo de la Generalitat de Cataluña y de representación y participación de las personas mayores en todas las cuestiones que sean de su interés, con el objetivo de impulsar la participación de las personas mayores en la promoción del civismo, el asociacionismo, la cooperación, la solidaridad, la convivencia, la tolerancia y el voluntariado.

El Consejo Asesor de las Personas Mayores de Barcelona es el órgano consultivo y de participación del Ayuntamiento de Barcelona para las cuestiones referentes a la problemática social de las personas mayores en la ciudad y, en concreto, para las competencias y funciones que representen la mejora del bienestar y la calidad de vida de este sector de la población.

Estos dos instrumentos hacen posible el desarrollo de políticas sociales, facilitan la ciudad de la escucha, pero aún no permiten el diseño con y desde las personas mayores, no abordan la planificación con el usuario de los servicios sociales para

> “En el siglo XX las ciudades se desarrollaron según las necesidades de una mayoría definida como la de las personas ‘normales’”.

asegurar, tal como se establece en los principios del diseño para todos, que se tengan en cuenta las necesidades, deseos y expectativas de los usuarios en el proceso de diseño y evaluación de los productos o los servicios.

Debemos, pues, seguir favoreciendo la participación para lograr que las políticas públicas de ciudad se conviertan en una realidad que nos permita pasar de tener un simple papel de agentes consultados a ser agentes implicados.

Los proyectos de urbanismo social

La política en relación a los entornos urbanos ha de ir más allá de la ordenación del territorio y los proyectos arquitectónicos, para situar, desde la perspectiva del diseño para todos, a la persona en el centro de los proyectos de ciudad. La ciudad de la escucha que contribuya al diálogo de la ciudades especializadas debe propiciar aproximaciones desde el urbanismo social, basadas en la elaboración de instrumentos que nos ayuden, no solo a rehabilitar estructuras, sino también relaciones humanas a partir de la definición de los usos de los entornos urbanos desde una perspectiva de la ética social y cívica. Las políticas públicas de ciudad deben fundamentarse en un urbanismo social que sea cívico, sostenible, transparente y participativo, que abogue por el bienestar de todos los habitantes y por el pleno desarrollo de todos los barrios y pueblos para mejorar la calidad de vida.

Desde esta perspectiva, en Cataluña, la Ley 2/2004, de mejora de barrios, áreas urbanas y villas que requieren una atención especial, tiene como objetivos promover la rehabilitación global de barrios para evitar su degradación y mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos y las ciudadanas residentes.

Tal como recoge el preámbulo de dicha ley, la rehabilitación de los barrios no se refiere solo a cuestiones urbanísticas o de vivienda, sino que requiere que los proyectos incluyan actuaciones en un número determinado de ámbitos, como supresión de barreras arquitectónicas, programas de mejora social de los barrios, mejora de las infraestructuras energéticas y ambientales, incorporación de tecnologías de la comunicación, acondicionamiento de elementos comunes de los edificios, equipamientos colectivos y mejora del espacio público.

Esta estrategia no solo ha facilitado la rehabilitación de viviendas en barrios degradados, sino que además ha potenciado el despliegue de proyectos integrales de rehabilitación de redes sociales y ha impulsado nuevos mapas de uso cívico de los servicios previstos en dichos planes. Desde esta perspectiva, es interesante conocer el grupo Xarxa de Barris, que en la plataforma e-catalunya nos muestra los diferentes planes integrales que han sido llevados a cabo en los numerosos ayuntamientos que pudieron acceder a dichas ayudas europeas.

Algunos ejemplos

En los siete barrios que configuran la Serra d’en Mena, entre Badalona y Santa Coloma de Gramenet, se han desarrollado desde el año 2004 propuestas tanto de mejora urbanística (urbanización de las calles con criterios de accesibilidad para todas las personas) como de dinamización comunitaria a favor de la participación ciudadana, mediante proyectos en los que los mayores realizan funciones de mediación vecinal apoyando a las organizaciones y mejorando la convivencia.

Tarragona Part Alta ha implantado un programa de atención a las personas mayores, que constituyen una parte importante de la población de esta área. A través de visitas domiciliarias se identifica a la población mayor empadronada en el municipio que no accede a los servicios sociales. Tras valorar cada situación individual, se establecen los canales de acompañamiento o derivación a los recursos necesarios. Con este trabajo se favorece la continuidad de las personas mayores en su entorno y se fomenta la implicación social de los vecinos en los problemas de las personas dependientes mediante la creación de una red de voluntarios.

Principalmente nos encontramos ante el reto de potenciar espacios urbanos centrados en las personas. Debemos construir nuevos modelos de ciudad basados en formas diferentes de mirarla: con ojos de niño, con ojos de persona mayor, con criterios de igualdad y de equidad de género, con ojos de personas con diversidad funcional. Solo así seremos capaces de construir una ciudad que no esté solamente basada en la productividad y en el consumo.

Para ello, el mayor reto es pasar de la participación consultiva a la participación implicada que nos permita no solo definir políticas para las personas, sino también con y desde las personas, y repensar así los usos de la ciudad desde la planificación de ciudades para todos.

La ciudad y los mayores

El ecosistema urbano

La ciudad es un ecosistema formado por un conjunto de organismos vivos y un medio físico donde se relacionan. Se debe evaluar si el medio físico, la ciudad construida, y los organismos que la habitan, las personas, han evolucionado en la misma línea.

La respuesta al cambio en la estructura de edades

Texto **Sebastià Jornet** Arquitecto urbanista.
Profesor de urbanismo en la UPC y en la ETSAB

Las ciudades, que en los últimos tiempos han sufrido cambios profundos en la piel, en la forma, en la estructura y en su funcionamiento, presentan una realidad muy diferente de la que estrenamos hace solo tres décadas. No obstante, no siempre los cambios afectan por igual a los diferentes colectivos, en particular a los diferentes colectivos de edad. Las personas cambian, evolucionan, crecen y nos dejan, mientras que las ciudades permanecen. Evolución humana y evolución urbana no siempre van juntas y con el mismo ritmo.

Si alguna condición es hoy en día muy diferente, es la composición demográfica de la estructura de edades. En una ciudad como Barcelona, por ejemplo, el colectivo más numeroso por grandes grupos de edad es hoy el de las personas mayores, de manera que una de cada cinco personas pertenece a este grupo, mientras que en el año 1981 esta condición se daba sólo en una de cada siete personas. Y eso es todavía más evidente si comparamos la proporción de personas mayores (de más de 65 años) con la de niños (de menos de 15), ya que se ha invertido: hoy, por cada niño de la ciudad hay casi dos personas mayores (1,72), cuando, hace tan sólo treinta años, por cada persona mayor había casi dos niños (1, 60).

Hoy tenemos una ciudad que ha de entender y atender a esta condición que se ha ido forjando poco a poco y que nada hace pensar que cambie en el futuro.

Entendemos la ciudad como ecosistema formado por un conjunto de organismos vivos (biocenosis) y un medio físico donde se relacionan (biotopo). La cuestión radica en evaluar si el medio físico, la ciudad construida (la urbe) y los organismos que la habitan (las personas) han evolucionado en la misma línea; dónde se debe poner la atención respecto de este colectivo estadísticamente más numeroso, y de qué manera la ciudad ha cubierto sus necesidades.

La ciudad entendida como ecosistema urbano no puede seguir las leyes de la evolución de las especies, antes al contrario, tal como afirma Lévi-Strauss, es la forma más compleja de organización de la naturaleza. Se sitúa en la confluencia entre la naturaleza y el artificio, como congregación de animales que enmarcan su historia biológica dentro de sus límites y que, al mismo tiempo, la modelan con todas las intenciones, y por su génesis y forma dependen simultáneamente de la procreación biológica, de la evolución orgánica y de la creación estética. La ciudad es al mismo tiempo objeto de la naturaleza y sujeto de la cultura, es individuo y es grupo. Es la creación humana por excelencia, y por tanto es necesario que analicemos y valoremos de qué forma atiende a los colectivos más débiles, aquellos que, al arbitrio exclusivo de las leyes de la naturaleza, quedarían en una posición de marginalidad. Entre estos colectivos, en todos los trabajos y estudios de urbanismo social, encontramos a la gente mayor.

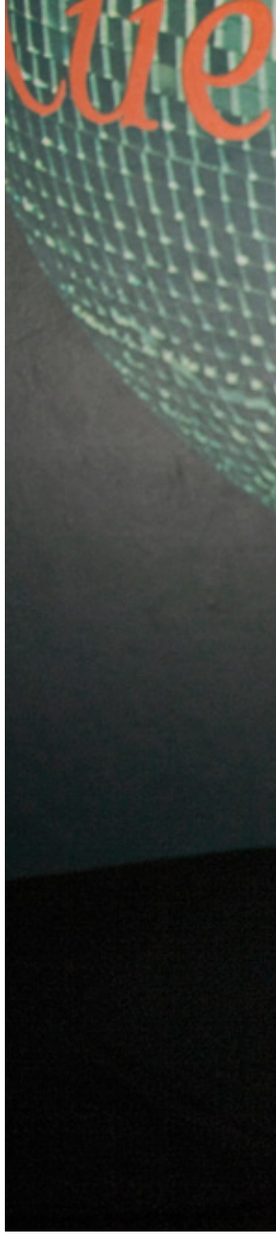
Tres aspectos de la calidad

La consideración de la ciudad para la gente mayor debe atender a la calidad como objetivo en tres aspectos clave: una movilidad universal, unos servicios integradores y una habitabilidad diversa y asequible.

1. En atención al derecho universal a la movilidad, la ciudad ha de garantizar el desplazamiento de los que tienen más dificultades: los discapacitados, los niños y la gente mayor. En este sentido, a pesar de los avances realizados, todavía queda camino por recorrer, ya que partíamos de una situación heredada de la dictadura que había llevado a la ciudad, como biotopo, a la unidad de cuidados intensivos en términos de calidad urbana. Poco a poco se han ido implementando medidas de accesibilidad a las calles –en los pasos peatonales, en las aceras, etc.– que han permitido exportar estos modelos de urbanismo urbano de calidad.

En cuanto a la movilidad, especialmente la de la gente mayor, se debe poner la atención en dos tipos de desplazamientos: el de proximidad (salir de casa para ir a comprar, para ir al parque, para pasear o simplemente para estirar las piernas) y los no ordinarios (ir al cine, a escuchar música, a un espectáculo deportivo o simplemente a descubrir la nueva ciudad).

En cuanto a este segundo tipo, la mejora del transporte público es innegable, pero también lo es que hay mucho tra-



> “ Barcelona se irá construyendo sobre las parcelas actuales, y es en esta potencial renovación urbana pieza a pieza que se debe instrumentar la atención a los colectivos más débiles”.

bajo pendiente: ampliar la red (quedan territorios poco accesibles mediante transporte público), adaptarla (hay todavía muchas paradas del transporte subterráneo que no están adaptadas para la movilidad reducida) e incrementar el servicio (en el tiempo y en el número de unidades).

En cuanto a los desplazamientos de proximidad, las variables han de ser otras en atención a la gente mayor, y se han de materializar en el espacio y en el tiempo. En el tiempo, porque este adquiere otra dimensión, todo se cocina a fuego más lento, el paseo siempre es más tranquilo y, en su transcurso, el cruce de las calles requiere una atención especial y un cambio de velocidad, lo que ha llevado a denunciar como insuficientes los lapsos de los semáforos en algunas calles. En el espacio, hemos de poner la atención en la topografía para que sirva al peatón, pero también en la convivencia de movilidades no motorizadas de velocidades y ritmos muy diferentes: bicicletas y peatones. Con frecuencia ambos comparten un carril pintado en la acera, lo que lleva al conflicto y al choque, que en el caso de la gente mayor supone situaciones más delicadas por la propia movilidad restringida de este colectivo. Es preciso que este espacio protegido de la circulación de los vehículos de motor también tenga una clara separación en relación con los peatones que merecen especial atención.

2. Una ciudad con unos servicios integradores requiere una atención doble: funcional y transversal. Tal vez el error general más importante de las ciudades ha sido que, en la medida en que se han ido haciendo cada vez más complejas, la respuesta a la atención de las necesidades se ha especializado en lo funcional, con una organización de los servicios progresivamente compartimentada: educación, sanidad, cultura, deportes, servicios sociales, etcétera, son atendidos por centros más profesionales y de mejor calidad, pero monofuncionales y segmentados en un grado creciente.

Nuestras ciudades mantienen su diversidad en la composición global del conjunto, pero la han perdido en la composición propia de las partes. La complejidad y la diversidad se encuentran más en el conjunto de las unidades que en las propias unidades, y en esta línea casi podemos afirmar que se tiende más bien hacia un modelo en que domina la especialización del servicio que hacia una oferta diversificada de servicios en un mismo espacio. Por servicios nos referimos a las dotaciones que han de cubrir una parte significativa de nuestras necesidades, y aquí se debe hacer una vindicación de las dotaciones de amplio espectro, tanto en lo que se refiere a los destinatarios y a los usuarios como en relación a los servicios y a sus horarios.

Los lugares de la ciudad por excelencia son los colectivos, donde se produce el intercambio de información entre los diferentes miembros del ecosistema. Aquí la división de funciones, en atención a las necesidades y su gestión, comporta que con frecuencia haya equipamientos que, a pesar de la buena voluntad puesta en ello, acaben convertidos en espacios de exclusión y excepcionalidad en vez de ser lugares de inclusión y normalidad, precisamente por su destinación específica. Como espacios destinados a un único colectivo corren el peligro de convertirse en islas en el interior de la ciudad, en espacios aislados del necesario intercambio, de la mezcla provechosa y del enriquecimiento de las relaciones que han de comportar estos servicios.

Sin duda, y en esta línea, los equipamientos que han evolucionado y se han adaptado mejor a esta nueva realidad han sido las bibliotecas, como espacios abiertos de la cultura y el intercambio. En las bibliotecas hay personas de todas las edades; disponen de un horario amplio, y están dotadas con una gran variedad de medios, incluidos los de nuevo formato. La biblioteca ya no es el espacio de investigación o almacenamiento donde hallamos los libros que no tenemos en casa, función que ahora cumple la red, sino que son la propia red materializada en arquitectura, donde tienen cabida todas las condiciones y todas las edades.

El derecho de la gente mayor a la ciudad no debería ser únicamente el derecho a la atención en la satisfacción de sus necesidades propias y específicas, sino también el derecho a compartir espacios, arquitecturas y servicios de naturaleza diversa con el conjunto de los ciudadanos y ciudadanas.

Los equipamientos y los servicios requieren más transversalidad no solo en las funciones sino también en los destinatarios; más integración y menos especialización, más complejidad y menos funcionalismo, más concurrencia y menos segregación.

En cuanto al derecho a los servicios también se debe poner el acento en el ocio de proximidad. Si algo le sobra a la gente mayor en general es el tiempo, para vivir y convivir, y esto requiere la necesaria dotación de espacios próximos al hábitat, que podríamos denominar espacios verdes de proximidad, plazas y parques de no muy grandes dimensiones cuya principal función es satisfacer la necesidad de espacios libres. Me refiero a espacios situados a una distancia de casa no superior a 250 metros (que obligue a cruzar una calle, o dos como mucho).

Barcelona no es una ciudad de grandes parques (nunca ha tenido las posesiones de la monarquía que se han con-

Discoteca "Nueva época", en el barrio del Eixample. En la portada del artículo, el funicular o ascensor inclinado de Ciutat Meridiana, inaugurado en 2007, que fue la primera instalación de estas características hecha en Barcelona. El barrio del Carmel dispone de un ascensor parecido desde el pasado mes de octubre.

vertido en los pulmones de las grandes ciudades europeas) y el modelo de extensión del Eixample de Cerdà no previó un parque central o un sistema de parques, sino que puso más la atención en los espacios verdes de proximidad, que se perdieron en la ejecución y materialización del plan. Por otra parte, los crecimientos en extensión de los antiguos pueblos que rodeaban Barcelona tampoco dejaron grandes huecos o baldíos donde se pudiera materializar una ciudad alveolar con pequeños ventrículos verdes. Tenemos una ciudad más de calles que de plazas, pero la calle es un espacio más dinámico que estático, y las necesidades de la gente mayor con frecuencia se sitúan más bien en espacios estáticos. Las calles son pasillos urbanos, y en este gran hábitat faltan salas de estar, próximas a las viviendas.

3. Una ciudad con una habitabilidad diversa y asequible. Otro de los cambios más significativos que ha sufrido Barcelona en los últimos años respecto al conjunto del país es que, mientras Cataluña ha ido ganando peso demográfico, y ha pasado de cerca de seis millones de habitantes a los casi siete y medio que tiene en la actualidad, con un incremento en torno al 25%, la ciudad ha seguido un proceso inverso, y ha perdido población desde los poco más de 1,8 millones que tenía en 1976 hasta los poco más de 1,6 millones de hoy, loque supone un descenso superior al 7%. Barcelona es hoy menos residencial y más terciaria que en 1976. Este cambio, que ha comportado una dinámica y un impulso económico mayores, ha dificultado sobre todo el acceso a la vivienda, y una vez más es el colectivo de la gente mayor, dentro de los colectivos económicamente débiles, el que padece más directamente las consecuencias.

La respuesta institucional ha sido la generación de una tipología específica de viviendas denominadas dotacionales, viviendas temporales, producto específico una vez más, para atender una necesidad específica. Nuevamente una respuesta funcional a una necesidad concreta. La solución en este caso tampoco es sencilla, ya que, además, la legislación a menudo presenta limitaciones. El derecho a la vivienda es uno de los problemas más graves de la ciudad, un problema que las "viviendas para la gente mayor" no pueden solucionar, sino reducir en el mejor de los casos.

Barcelona es una ciudad agotada en las grandes transformaciones (ya no quedan grandes porciones de suelo para transformar), agotada en su capacidad de extensión (hace tiempo que no hay suelos urbanizables) y muy limitada en las transformaciones de menor escala. La próxima gran renovación vendrá en buena medida de la rehabilitación, de la reforma puntual y de la sustitución de inmuebles. La nueva ciudad se hará construyendo sobre las parcelas actuales más que en espacios de transformación y ámbitos de reforma, y es en esta potencial renovación pieza a pieza que se debe instrumentar la atención a los colectivos débiles estableciendo la reserva de espacios para la vivienda protegida. La gente mayor, una vez más, tiene derecho a mezclarse, vivir y convivir con otros componentes de la biocenosis urbana.

La ciudad y los mayores

Los barrios “malos”

Aunque la segregación espacial de ricos y pobres haya sido un rasgo sistemático de la vida urbana, la investigación indica que las ciudades se están volviendo más polarizadas que nunca.

Envejecer en zonas difíciles: perspectiva desde Inglaterra

Texto **Thomas Scharf** Profesor de Gerontología Social. Director del Irish Centre for Social Gerontology. National University of Ireland, Galway

Las ciudades siempre han sido lugares para la diferencia, espacios donde se agudizan los contrastes entre ricos y pobres. Según Aristóteles, "una ciudad se compone de diferentes clases de hombres; personas semejantes no puede hacer una ciudad". Eso es válido para las ciudades del pasado, es cierto en la actualidad y también lo será en el futuro.

Friedrich Engels, al hablar de la situación de la clase obrera en Inglaterra a mediados del siglo XIX resumía de manera muy precisa la polarización geográfica de la industrialización y la acelerada urbanización: "Toda gran ciudad tiene uno o diversos *barrios malos*, donde se hacina la clase obrera. Si bien es cierto que con frecuencia encontramos la pobreza en callejones cercanos a los palacios de los ricos, en general se ha asignado al sector de los pobres un territorio aparte donde, lejos de la vista de las clases más afortunadas, sigue adelante como puede. En Inglaterra estos barrios malos están organizados en todas partes más o menos de la misma manera, las peores casas se encuentran ubicadas en los barrios más ruines de la ciudad..." (Engels, 1845).

Aunque la segregación espacial de la población de ricos y pobres ha sido un rasgo sistemático de la vida urbana, la investigación actual indica de manera cada vez más evidente que las ciudades se están volviendo más polarizadas que nunca. Urbes como Londres, Berlín y París se convierten cada vez más en lugares de intensos contrastes sociales y económicos, lugares donde los privilegiados y los desfavorecidos viven codo a codo. Las desigualdades sociales no disminuyen mucho por la influencia del sistema de seguridad social, sino que continúan aumentando. Por otra parte, el actual empeoramiento de la situación económica difícilmente contribuirá a invertir este modelo.

Las desigualdades sociales tienen una clara dimensión espacial. Nos centraremos en las desigualdades sanitarias para ilustrar este punto, pero también lo podríamos haber hecho con otros aspectos de la desigualdad relacionados con los ingresos y la riqueza, la situación de las viviendas, el acceso a los servicios públicos y comerciales, y la desprotección ante problemas como la delincuencia.

La esperanza de vida no es necesariamente el mejor índice para evaluar las desigualdades sanitarias, pero es fácil de comprender y ayuda bastante a explicarlo. La pauta de los últimos decenios ha sido la del incremento constante de la esperanza de vida, impulsado en principio por el descenso de los índices de mortalidad infantil y juvenil, pero a partir de los ochenta también por la reducción de los de mortalidad en adultos. Aunque nuestras sociedades tendrían que celebrar este aumento, las medias nacionales de esperanza de vida encubren variaciones significativas entre zonas geográficas. En el Reino Unido, la esperanza de vida para los hombres oscila entre 82 años en Kensington y Chelsea (Londres) y 70 en Glasgow (Escocia), una diferencia de 12 años. En las mujeres se observa una diferencia equivalente de 9 años.

En una escala geográfica más pequeña, las variaciones son todavía más pronunciadas. Mientras que la media de esperanza de vida para los hombres se sitúa en 85 años en los barrios londinenses acomodados de Knightsbridge y Belgravia, en el distrito desfavorecido de Calton, en Glasgow, es tan sólo de 54 años, una diferencia de 31 años que casi cuesta creer. A pesar de los esfuerzos realizados por los dirigentes políticos, la disparidad, en lugar de reducirse, se amplía.

Estas estadísticas no solo representan un desafío para los políticos, sino que también preocupan a los científicos que investigan temas relacionados con el envejecimiento. La investigación sobre el envejecimiento está centrada sobre todo en las personas que superan una edad determinada, por tanto, nuestros estudios ignoran a las personas que mueren prematuramente. Eso significa que no tenemos en cuenta una parte de los hombres y mujeres más marginados de la población, sobre todo los que viven en las ciudades más desfavorecidas, como Calton en Glasgow. Es posible que muchas de ellas no puedan recibir la pensión jubilatoria estatal y que aún menos puedan beneficiarse de los servicios de un gerontólogo social o de la experiencia de vivir en una ciudad adecuada y pensada para la gente mayor.

De modo que es fundamental para la gerontología comprender cómo la gente mayor más desfavorecida hace frente a las dificultades de la vida cotidiana, y cómo se podrían superar estas desigualdades.

En vista de las desigualdades crecientes en el interior de las zonas urbanas y entre unas zonas y otras, es evidente que no necesariamente todos los barrios son lugares agradables para envejecer. A pesar de las buenas intenciones de la Organización Mundial de la Salud, que lleva a cabo con determinación un programa para adecuar las ciudades a las personas mayores, una parte importante de la investigación demuestra que no todas las ciudades son o pueden ser adecuadas para los mayores.

Diversos estudios clásicos de gerontología destacan los posibles riesgos que corre la gente mayor que envejece en las ciudades. Peter Townsend (1957), por ejemplo, documenta los niveles de pobreza con los que debe enfrentarse la gente mayor del East End de Londres, y J. H. Sheldon (1948) demuestra hasta qué punto la gente mayor de Wolverhampton, en las Midlands de Inglaterra, es propensa al aislamiento social y a la soledad. Sin embargo, lo que con frecuencia se ha pasado por alto en términos de investigación ha sido un análisis bastante diferenciado de los tipos concretos de ciudad: zonas afectadas de manera diferente y específica por procesos sociales y económicos; zonas con perfiles de población diferentes; zonas que son al mismo tiempo acomodadas y pobres.

Querríamos subrayar un punto sencillo pero fundamental, basándonos en un paquete cada vez más considerable de trabajos gerontológicos. Para todos es importante el lugar donde se vive, pero los estudios científicos señalan que todavía va adquiriendo mayor importancia a medida que envejecemos. De entrada, la casa donde vivimos y el barrio que la rodea dicen mucho de nosotros. Son referentes importantes para la propia identidad propia, sobre todo en la vejez. Además, la casa y el barrio influyen de manera notable en la calidad de vida de las personas. Es en casa y en el entorno más inmediato donde mucha gente mayor pasa buena parte de su vida cotidiana.

Hay una serie de características del barrio que afectan directamente a la calidad de vida de la gente mayor. Entre estas citaremos, por ejemplo, la apariencia exterior, la naturaleza de las relaciones sociales que se establecen, la seguridad dentro y fuera de casa, como también la presencia y disponibilidad de servicios y prestaciones. Estas singularidades pueden diferenciar los barrios donde es agradable vivir de los que no lo son, y pueden convertir las ciudades en lugares adecuados o desfavorables para la gente mayor.

De todas maneras, desde una perspectiva científica, continúa faltando mucha información acerca de la experiencia de envejecer en los diferentes tipos de ciudad. Por eso, los dirigentes políticos y los urbanistas probablemente tendrán dificultades para llevar adelante las estrategias necesarias destinadas a convertir ciertos barrios en lugares adecuados para envejecer.

Las cinco dimensiones de la exclusión social

En este punto sería conveniente tratar la exclusión social. La investigación científica y la política, al menos en Europa, han ido utilizando cada vez más esta expresión para destacar el carácter dinámico y pluridimensional de la desigualdad social. La idea de exclusión resulta especialmente útil para los investigadores y políticos que quieren comprender las diferentes formas de privaciones a las que debe hacer frente la gente mayor que vive en barrios con muchos contrastes.

Desde la perspectiva de la gerontología social, resulta útil

Sobre estas líneas, mujer mayor y sin recursos en el barrio de New Cross, una zona con altos niveles de exclusión social del sureste de Londres. En la página anterior, Glenn, de más de 80 años, en una terraza de bar en el barrio de Brixton, al sur de la capital inglesa. En la portada del artículo, un anciano en el Petticoat Market, mercado de ropa situado a lo largo de Middlesex Street, el este de Londres.

plantearse la exclusión social como un problema que abarca cinco dimensiones que con frecuencia se encabalgan: exclusión de las recursos materiales; de las relaciones sociales; de las actividades cívicas; de los servicios básicos, y del barrio. Cada una de estas dimensiones hace referencia a una posible fuente de desigualdad social. Las investigaciones sobre la exclusión de los recursos materiales, por ejemplo, se basa en estudios científicos sobre la pobreza que cuentan con una larga tradición en el Reino Unido. Asimismo, la dimensión que alude a la exclusión del barrio parte de investigaciones previas que demuestran la importancia del hogar y del barrio en la vida cotidiana de los mayores.

Estas ideas se estudiaron de manera bastante detallada en el contexto de un estudio llevado a su término en barrios muy desfavorecidos de tres ciudades inglesas a principios del siglo actual. El estudio reunía una amplia gama de información sobre las personas mayores y combinaba métodos de sondeo social y entrevistas en profundidad. A partir de un importante conjunto de pruebas, además de poderse evaluar el predominio de diversas formas de desigualdad en la vejez, también se exploraron las vías que conducen hacia estas desigualdades.

En nuestros informes de investigación hemos descrito los nuevos barrios de Londres, Liverpool y Manchester donde se realizó el estudio sobre zonas difíciles donde envejecer, es decir, áreas que desafían la propia noción de ciudad adecuada para la gente mayor. Estos barrios están caracterizados por la desigualdad, el deterioro físico, el descenso de la población, la pérdida de la familia, de los amigos y vecinos –ya sea a causa de muerte prematura o porque han emigrado–, los niveles de delincuencia y de conducta antisocial, así como la falta de servicios y prestaciones públicas y privadas. Se trata de unos lugares, tal como precisaba un científico en un grupo de debate, donde la calidad de vida acaba a las seis de la tarde.

Las entrevistas en profundidad presentan pruebas profundas de cómo afectan las diferentes formas de exclusión social en la vida cotidiana de los ciudadanos mayores. Los participantes explicaban en concreto hasta qué punto la falta de ingresos los excluye de un estilo de vida que en una sociedad acomodada la mayoría daría por descontado. Las personas mayores pertenecientes a un grupo de minoría étnica eran especialmente vulnerables a los efectos de la pobreza y debían ahorrar en cosas como alimentos y calefacción. Una mujer mayor, de origen somalí, explicaba, por ejemplo: "Vivo sola y no puedo cocinar tres días seguidos. Lo único que me puedo permitir es hacer comida para dos días... La preparo un día y después la parto por la mitad. Así, hoy me como una parte y al día siguiente la otra y así sucesivamente".

Esta privación de los recursos materiales iba unida, en general, a toda una vida de lucha para sobrevivir económicamente. Incluso sin haber sufrido las consecuencias de acontecimientos cruciales de la vida, como pueden ser la muerte de la pareja, una enfermedad o la asunción de ciertas responsabilidades sociales, este grupo específico no llegaría a la vejez con bastantes recursos para vivir una jubilación cómoda. El resultado de una existencia vivida en una pobreza relativa era una vejez marcada por la lucha para llegar a final de mes. Una mujer de ochenta y cinco años describía así la situación: "Toda la vida he tenido que ahorrar... He conseguido arreglármelas para salir adelante. Los jueves toca esperar la paga, y reservar a continuación el dinero para el teléfono, el gas y... Siempre me las he arreglado porque siempre he apartado el dinero y no me lo he gastado".

Sobre estas líneas, dos ciudadanos de tertulia mientras esperan el autobús junto a la estación de Algate, al este de Londres.
A la derecha, el mercado de Ridley Road, en Dalston, una zona deprimida y de mucha inmigración del norte de la capital inglesa, a la que también corresponden las dos imágenes de la página siguiente.

La soledad y el aislamiento social son experiencias relativamente comunes para la gente mayor que vive en barrios desfavorecidos. Uno de cada siete encuestados afirmaba que se sentía terriblemente solo. Sin embargo, lo que resulta especialmente interesante desde el punto de vista científico son las diferentes vías que conducen a este tipo de exclusión de las relaciones sociales. Para algunos, esta situación es la continuación de unas relaciones con la otra gente que siempre han sido difíciles. Una mujer de sesenta años de origen indio que ya se había acostumbrado a hacer una vida solitaria describió su situación de la siguiente manera: "Yo lo veo así. Si tengo ganas de ir a algún sitio, no tengo que decir a nadie a dónde voy ni cuándo regresaré. Hago una vida muy libre... Hace once años que se murió mi marido, y con él tenía una vida muy dura. En cambio ahora hago lo que quiero, soy libre". Para una persona que se ha pasado la vida intentando resolver unas relaciones personales complicadas, la soledad se puede considerar antes como un estado crónico que grave.

Pero para otros entrevistados fueron unos acontecimientos concretos o las pérdidas relacionadas con la edad que desencadenaron la exclusión de las relaciones sociales. La muerte de la pareja o la pérdida de amigos íntimos suelen ser los desencadenantes de este tipo de exclusiones: "Mi marido tenía sólo 49 años cuando murió. De joven no tuve bastante tiempo para conocer gente, porque me quedaba en casa con los niños. Y decíamos: 'Ya saldremos los dos cuando se hagan mayores'. Pero murió a los 49 y ya no lo pude hacer", dice una mujer de 71 años. La manera de encarar la muerte de un familiar en diferentes estadios de la vida marcaba decisivamente la forma en que los participantes en el estudio describían la soledad en la vejez.

Para algunos participantes que escogieron pasar la vejez en casa, la soledad se debía a los cambios del barrio de su ciudad, y comprobaban una pérdida de las relaciones sociales en unos barrios que, con el tiempo, habían evolucionado. Un hombre de sesenta y ocho años hablaba así de estos cambios: "Teníamos unos vecinos encantadores... ahora no se puede decir que tengamos vecinos... ya no te reúnes como antes en torno a la fogata del 5 de noviembre. Antes, todos los vecinos salían a la calle con la silla... comíamos pasteles, asábamos patatas todos juntos, pero ahora nadie te hace caso".

Sin embargo, en los casos donde se pueden hacer comparaciones, la vida en barrios deprimidos aumenta el peligro de exclusión social de las personas mayores. Expresado en términos simples, la pobreza, la soledad y otras formas de penuria reducen de manera significativa la calidad de vida de las personas mayores.

Nuestra investigación señala que buena parte de las personas mayores que viven en zonas desfavorecidas experimenta algún tipo de exclusión social. Si bien un treinta por ciento de los mayores que participaron en el estudio no estaba incluido en ninguno de los cinco campos de exclusión social mencionados, y el treinta y uno por ciento experimentaba la exclusión en uno solo de estos campos, prácticamente dos quintas partes de los mayores (39%) eran propensos a padecer los efectos de la acumulación de múltiples formas de exclusión. Este último grupo incluye, por ejemplo, personas que viven en la pobreza y al mismo tiempo se sienten solas y aquellas que deben recortar simultáneamente los gastos de calefacción y otros servicios, y al mismo tiempo no tienen vínculo alguno con el barrio donde residen.

Nuestra investigación indica que la exclusión social a la vejez está más estructurada y, en consecuencia, las intervenciones políticas a corto plazo encuentran más obstáculos para enfrentarla. Esta sería nuestra principal crítica a la por otra parte encomiable iniciativa de la Organización Mundial de la Salud para adecuar las ciudades a la gente mayor. La exclusión y la pobreza están estrechamente relacionadas. Las zonas urbanas como las que hemos investigado serían mucho más adecuadas para los mayores si éstos dispusieran de ingresos más altos, de mejores accesos a los servicios públicos y comerciales y no se produjeran tantas muertes prematuras.

Aunque los barrios urbanos desfavorecidos no son representativos de las ciudades en general –y la experiencia del Reino Unido puede diferir de la de otros lugares del mundo–, el futuro de la gente mayor dependerá en buena medida de hasta qué punto la experiencia de vivir en ciudad sea aceptable y agradable, algo que plantea retos tanto a los investigadores como a los políticos.

La tarea de los investigadores es muy clara: se debe prestar mucha más atención a los factores relacionados con el entorno en nuestros estudios empíricos. A nuestro parecer,

> “ Los promedios estadísticos nacionales sobre esperanza de vida encubren variaciones significativas entre zonas geográficas”.

eso comporta observar con más detalle la experiencia de envejecer en diferentes entornos; examinar las vivencias de poblaciones urbanas cada vez más diversas y desarrollar nuevas técnicas para el estudio de la gente mayor que vive en ciudades determinadas, y en este caso, centrarse más en estudios cualitativos y de participación.

Cuatro retos clave para los políticos y profesionales

La tarea de los políticos y de los profesionales es más complicada. La cantidad de retos que tienen delante es considerable, pero no imposible de gestionar. En nuestra opinión, de cara a la estrategia y a la práctica, hay por lo menos cuatro asuntos clave.

El primer reto hace referencia a la creciente diversidad de las poblaciones urbanas en proceso de envejecimiento. Por un lado hemos de tener presentes las necesidades de grupos emergentes, como el de los “nuevos viejos” y las personas que pertenecen a la comunidad afrobritánica y a minorías étnicas. Por el otro, es importante no perder de vista a los “viejos viejos”, es decir, personas que habrían vivido durante muchos años en su barrio y que disponen de unos recursos materiales más bien limitados. Es probable que estos grupos tengan intereses diferentes e incluso enfrentados: cuanto más adecuada para la gente mayor sea una ciudad, más éxito tendrá a la hora de conciliar estos intereses.

El segundo reto está relacionado con los barrios como lugares viables donde pueden vivir juntos todos los grupos de edad. Las políticas de desarrollo urbano han contribuido a notables mejoras en algunos barrios. Sin embargo no está claro si en el contexto del Reino Unido han beneficiado a la gente mayor. Para hacer frente a la segregación por razones de edad en nuestras comunidades, es importante que en la planificación urbanística se piense más en las necesidades de una población en proceso de envejecimiento. De esta manera se podrá combatir la poca idoneidad de algunos barrios, por ejemplo, aquellos donde ha tenido lugar nuestra investigación, y donde está muy profundamente arraigada y estructurada.

También es fundamental abordar las desigualdades. No podemos aceptar que la media de esperanza de vida varíe tanto según las ciudades europeas. Y lo mismo podríamos decir de las diferencias de ingresos, nivel económico y relaciones sociales: si se reducen estas desigualdades aumentaría la calidad de vida de algunos de los grupos más vulnerables de gente mayor de nuestras sociedades.

Por último, vale la pena subrayar que con frecuencia la gente mayor está dispuesta a participar en debates sobre temas relacionados con la ciudad. Ello se ha hecho especialmente evidente cuando hemos intentado hablar con ciudadanos de edad avanzada sobre la experiencia de envejecer en las ciudades. Pero hay que decir que es infrecuente que se escuche la voz de la gente mayor en los debates urbanísticos actuales. Eso es especialmente cierto en lo que respecta a los barrios más desfavorecidos. De cara a la estrategia y a la práctica, es necesario involucrar a los mayores y debatir los retos con que se encuentran.

Las sociedades europeas deben resolver un conjunto de retos, ahora y en los años venideros. Aunque según nuestro punto de vista, concienciar a la población acerca del hecho de envejecer en lugares difíciles constituye un primer paso imprescindible para abordar los problemas de la exclusión social urbana. Vale la pena luchar para convertir las ciudades en lugares adecuados para envejecer.

La ciudad y los mayores

Requisitos de la libertad

La movilidad se ha convertido en un requisito esencial para el mantenimiento de la autonomía y la calidad de vida de los mayores. No es solo una necesidad fundamental de movimiento físico.

La movilidad y las innovaciones tecnológicas

Texto **Fiorella Marcellini** Unidad de Gerontología Social del INRCA (Italia) y **Heidrun Mollenkopf** Federación Alemana de Asociaciones de Personas Mayores (BAGSO)

Desde hace unas cuantas décadas, las personas mayores constituyen el sector de la población que crece con más velocidad. Al hablar de los mayores se debe tener en cuenta que se hace referencia a personas que pueden ser muy diferentes: mujeres u hombres que pueden ser más jóvenes o ancianos, con buena salud o enfermos crónicos, activos o aislados, acomodados o pobres, hábiles o torpes, y pueden pertenecer a etnias diferentes. Pero a todos y a cada uno de ellos las ciudades les deben ofrecer un entorno adecuado, de la misma manera que a todos los ciudadanos.

Entre otros aspectos fundamentales, el entorno debería permitir, al creciente número de gente mayor y de edad muy avanzada, moverse de un punto a otro y desplazarse a los lugares a donde quieren o necesitan llegar, con el fin de garantizarles independencia y calidad de vida. Durante el último siglo el desarrollo industrial abrió nuevas posibilidades de movilidad individual: las innovaciones tecnológicas hicieron posible unos sistemas de transporte flexibles y de gran velocidad que auspiciaron el comercio y los desplazamientos de larga distancia. Por otro lado, las infraestructuras viarias aceleraron la distribución de funciones y la separación espacial entre la esfera profesional y la vida privada, y favorecieron un importante desarrollo urbano. Además, la nueva ubicación de las viviendas, retiradas del centro urbano, aumentó la necesidad de desplazarse y la dependencia de los automóviles.

De modo que parece claro que la movilidad, entendida como movimiento en el espacio y el tiempo para superar distancias, se ha convertido en un requisito esencial para mantener la autonomía, la independencia y la calidad de vida de la gente mayor. La movilidad, entonces, que tanto puede ser a pie o por medio del transporte público o privado, no es solo una necesidad fundamental de movimiento físico, sino un sinónimo de libertad que puede influir de manera decisiva en la vida de las personas mayores, en su estado de ánimo, sentimientos, relaciones y autonomía.

Los motivos y expectativas que hay detrás de la actitud de la gente mayor en materia de movilidad son diversos. Un indicador que muestra la importancia que este colectivo otorga a la movilidad es el valor que da al hecho de moverse fuera de casa. En una encuesta a personas de edad avanzada en diversas ciudades europeas sobre qué significaban para ellas las movilidades, se encontraron siete aspectos principales en todas las ciudades estudiadas: la movilidad como experiencia emocional básica, la movilidad como desplazamiento físico, como necesidad humana fundamental, como movimiento en entornos naturales y observación de la naturaleza, como necesidad social, como expresión de autonomía y libertad personal, como fuente de estímulo y de diversión y como expresión reflexiva de la fuerza vital que conserva la persona.

La posibilidad de que mujeres y hombres mayores puedan satisfacer sus deseos de movilidad, la manera en que se ocupen de sus asuntos cotidianos y su grado de satisfacción dependen sobre todo de la salud de cada cual, de sus costumbres y de los medios de transporte de que disponen. En general, en las zonas urbanas hay más disponibilidad y acceso al transporte público, y mayor número de tiendas y otros servicios que en las rurales. No debe asombrar entonces que en las ciudades las personas se desplacen más con transporte público y a pie. Las personas mayores, sobre todo las mujeres más que los hombres, con independencia del grupo de edad, utilizan especialmente los autobuses y los tranvías.

La vivienda y la zona de residencia tienen una importancia especial para la gente mayor, porque el entorno influye en su comportamiento y afecta a la movilidad. La zona de residencia en realidad no es sólo un espacio físico sino también una fuente de estímulos, intereses y vínculos afectivos. Ahora bien, para las personas más vulnerables, como los ancianos, los niños, los discapacitados o las mujeres, los entornos donde viven se pueden convertir en enemigos, ya que son lugares donde se pueden producir accidentes. Con frecuencia encontramos personas mayores con importantes problemas de movilidad exterior y sin medios a disposición para compensarlos, de modo que esta gente, a pesar de tener interés en salir para acceder a los servicios necesarios y relacionarse con las amistades, debe quedarse en casa. Las distancias hasta los servicios y las circunstancias de los trayec-

Dos participantes en una salida del grupo de residentes de Woodberry Down Estate, en Clacton on Sea, un pueblo de la costa este inglesa con muchas personas de edad. En la portada del artículo, dos escenas del distrito acomodado londinense de Chelsea; arriba, la salida de la estación de metro de Sloane Square.

tos se ven como los impedimentos más habituales en el espacio que impiden la movilidad exterior de los mayores que se desplazan sobre todo a pie. Por tanto, los peatones ancianos deberían considerarse el grupo más débil en las zonas urbanas: la dificultad de moverse en medio del tránsito aumenta con la edad y a veces provoca graves problemas, como accidentes de carretera.

En 2000, en el marco del proyecto europeo Mobilate, se entrevistó a 3.950 personas de más de 55 años que vivían en zonas urbanas y rurales de Finlandia, Alemania, Hungría, Italia y los Países Bajos. Para el siguiente análisis solo se han procesado los datos relativos a las personas mayores de las zonas urbanas, con el objeto de estudiar las opiniones sobre movilidad y el papel que tienen en sus vidas las innovaciones tecnológicas. Se les pidió que indicasen qué situaciones de peligro intentaban evitar, sobre todo cuando transitaban por lugares muy concurridos y zonas urbanas. Los resultados mostraron que las personas mayores prefieren no caminar cuando la calle no está bastante iluminada. Esto significa que la iluminación es un elemento vital a la hora de proporcionarles seguridad física, algo que también confirma el tercer elemento considerado, es decir, "atravesar la calle al anochecer o de noche". Además de esto, el estado del tránsito y la existencia de las infraestructuras adecuadas, como aceras o pasos cebra, son imprescindibles para garantizar la seguridad a los mayores que suelen moverse cerca de sus casas, por lo cual es importante que se sientan seguros en el entorno más próximo.

Las mejoras más solicitadas para aumentar la capacidad de movimiento de los mayores fuera de casa y proporcionarles seguridad, tienen relación con el respeto a las normas de tránsito y la formación de los conductores. Los mayores, mujeres y hombres, se sienten seguros cuando se respetan las normas, y eso les puede ayudar a mejorar su movilidad. Las innovaciones tecnológicas también pueden contribuir a aumentar la sensación de comodidad y seguridad en las zonas urbanas, e incluyen, entre otras, la mejora del diseño de los medios de transporte (autobuses, tranvías o coches) y video vigilancia en los lugares públicos.

La ayuda de las nuevas tecnologías

Las nuevas tecnologías, como la banca electrónica, los sistemas de admisión automática, los cajeros automáticos, las transferencias electrónicas, los teléfonos con tarjeta y los expendedores de billetes pueden proporcionar importantes servicios a los mayores que viven en zonas urbanas. ¿Qué aceptación tienen estas innovaciones? El punto más importante en lo que respecta a la relación entre los mayores y la tecnología, cada vez más extendida en los ámbitos urbanos, es el acceso a ésta y su aceptación. El hecho de que el individuo se decante por utilizar un recurso tecnológico depende de una serie de factores personales (como sus necesidades u opiniones relativas a la seguridad y utilidad del recurso), factores sociales (como la ayuda que les proporcionan sus hijos o cuidadores), y también las propias características del recurso (por ejemplo, facilidad de uso u acceso). En general,

> “Las personas mayores pueden acabar discriminadas si dependen del transporte privado para acceder a los servicios básicos”.

la mayor parte de las personas mayores que se sirven de estos dispositivos declara que al menos le han facilitado la vida cuando no afirman que se la han cambiado. Los mayores que aseguran que la tecnología les ha complicado la vida constituyen la excepción.

La tecnología de ayuda a la movilidad de la gente mayor puede funcionar tanto en el ámbito de los servicios, como en los dispositivos mencionados o en el entorno, a la hora de superar obstáculos espaciales. Antes, todo se centraba en garantizar detalles de diseño urbano, como el mobiliario, señalización, iluminación, zonas de descanso, servicios, puntos para atravesar las calles, etc., pero últimamente la atención se ha centrado más en la información sobre el emplazamiento o posicionamiento donde nos encontramos, y en ayudar a encontrar el camino correcto y las rutas accesibles. En la actualidad los sistemas TIC de ayuda a la movilidad en el campo de la localización o posicionamiento y asistencia a la navegación cumplen una importante función y tienen en cuenta también discapacidades cognitivas debidas al envejecimiento. Por ejemplo, la georeferencia y la orientación en ruta por satélite (GPS), las tecnologías inalámbricas o móviles pueden ayudar a las personas mayores dándoles instrucciones sobre el camino, pero también tranquilizándolas cuando se encuentran en algún entorno desconocido.

Otro punto que se debe investigar es el del aumento de disponibilidad de coches particulares, que puede ampliar el radio de movimiento y de acción de las personas mayores. Los embotellamientos de tránsito, sobre todo en los centros urbanos, han llegado al punto de poder afectar a estas personas y desanimarlas a la hora de salir. Al mismo tiempo, las innovaciones tecnológicas podrán mejorar la movilidad de la gente mayor a diferentes niveles. Se pueden rediseñar los automóviles y los autobuses para adecuarlos mejor a las capacidades de los conductores ancianos por medio de una serie de tecnologías de avanzada. Un acceso más fácil a sistemas de transporte rápidos y prácticos proporcionará una movilidad casi ilimitada y cambiará la propia noción de proximidad o lejanía. Muchos de estos dispositivos todavía necesitan mejoras, puesto que por ahora podrían agobiar a los conductores ancianos, ya que la capacidad de procesar la información de los mayores se reduce con la edad. Suele limitarse la aplicación de métodos de advertencia acústicos porque con la edad se reduce también la capacidad de oír la información emitida en una señal sonora débil.

Estos ejemplos ilustran con claridad tanto los nuevos fenómenos de la libertad y de la flexibilidad en cuanto a desplazamientos como los peligros de aislamiento que se presentan a causa de la dependencia de las tecnologías. Cabe preguntarse si todos estos recursos técnicos extraordinarios impulsarán a la gente mayor a quedarse en casa o a salir más. Ambos resultados son posibles.

Por ello se observan dos tendencias paralelas y opuestas: por un lado, aumentan de manera sustancial las oportunidades de seguir en movimiento durante la vejez, sobre todo con el concurso de las tecnologías. Y por el otro, las tendencias interrelacionadas de la descentralización urbana, la disminución de los servicios de transporte público, la ampliación de los posibles puntos de partida y de destino en los desplazamientos y la creciente utilización del automóvil se refuerzan recíprocamente. En consecuencia la gente mayor que no cuenta con la alternativa de un vehículo propio o con las aplicaciones de alta tecnología puede acabar sufriendo una discriminación estructural si el transporte privado continúa siendo imprescindible para acceder a elementos importantes de las infraestructuras, de los servicios básicos y de las instalaciones de recreo, y si estos elementos se concentran ya en el centro de las ciudades, ya en zonas apartadas.

Esto se hace evidente en particular en los ancianos que ven cómo se les reduce el espacio vital gradual pero ininterrumpidamente a causa de los cambios en sus capacidades físicas y sensoriales. En la vejez hay una gran necesidad de seguir haciendo una vida independiente, de mantener el contacto social y aprovechar las actividades de ocio. A pesar de los impedimentos físicos, las posibles limitaciones económicas y las barreras sociales, tecnológicas y espaciales que existen en su entorno, se debe garantizar a los mayores las mejores posibilidades de participación en sus entornos sociales, construidos y naturales, ya que ello tiene una importancia fundamental en la calidad de vida y en el bienestar tanto de la población que envejece hoy como la que lo hará más adelante. Por lo tanto, en los años venideros la pregunta sobre hasta qué punto se podrán armonizar las condiciones externas y las exigencias del entorno con las necesidades y los recursos individuales estará en la agenda del debate social y político. Ⓜ

Información complementaria

Mollenkopf, H., Marcellini, F., Ruoppila, I., & Tacken; M. Ed. (2004). *Ageing and Outdoor Mobility. A European Study*. Amsterdam: IOS Press.

Mollenkopf, H., Marcellini, F., Ruoppila, I., Széman, Z., & Tacken; M. Ed. (2005). *Enhancing mobility in later life - Personal coping, environmental resources, and technical support*. La movilidad fuera de casa en adultos mayores de regiones urbanas y rurales de cinco países europeos. Amsterdam: IOS Press.

Mollenkopf, H., Marcellini, F., Ruoppila, I., Széman, Z., Tacken, M., & Wahl, H.-W. (2004). “Social and behavioural science perspectives on out-of-home mobility in later life: findings from the European project MOBILATE”. *European Journal of Ageing*, 1, 45-53. DOI: 10.1007/s10433-004-0004-3.

La ciudad y los mayores

El estilo de vida

Las formas de vida consistentes en compartir vivienda están a la baja y por ello deben ofrecerse las mejores opciones posibles a los mayores que viven solos o en pareja.

Entorno y relaciones intergeneracionales

Texto **Ariela Lowenstein** Jefa del Centro para la Investigación y el Estudio del Envejecimiento. Universidad de Haifa, Israel.

Los mayores, al igual que otros grupos de edad, viven, se mueven y se relacionan en diferentes entornos –físico, social, cultural–, así como con diferentes grupos generacionales y con sus familias. El entorno físico sirve de cobijo y de contexto dinámico de la vida humana e influye en nuestras actividades diarias, como pensamientos, sentimientos, ayuda y relaciones sociales, bienestar físico e incluso en el comportamiento. Participar en la construcción del entorno que nos rodea nos proporciona una sensación de control e integración, e intensifica al mismo tiempo la consciencia sobre problemas ambientales. Así, los lugares adquieren más sentido tanto en nuestra percepción como en nuestra mente.

La relación de una persona mayor con su entorno físico o espacial es un componente básico de la calidad de vida. El mantenimiento de la autonomía y el bienestar durante la vejez tiene relación directa con la utilización efectiva de los recursos del entorno, como la vivienda y las infraestructuras. Ello tiene una particular importancia para las personas que son más vulnerables a causa de una discapacidad o enfermedad física o mental. Un entorno edificado con un diseño arquitectónico y barrial que permita observar el exterior y cultivar las relaciones directas entre los mayores, ya sea en un edificio o en las calles, puede impulsar la ayuda social y las relaciones intergeneracionales. La creación de un espacio semiprivado, con bancos para sentarse al aire libre, fomenta la colaboración entre los vecinos y la consciencia de pertenecer a la comunidad. Además, hace más fácil la vigilancia del barrio y permite que los vecinos se cuiden unos a otros. Ello tendría que combinarse con elementos funcionales que estimulen la interacción, por ejemplo entradas a las viviendas próximas a calles peatonales. Estos aspectos inciden positivamente en la calidad y la cantidad de ayuda social y consiguen una mejora de la salud física y mental de sus habitantes.

Se ha descubierto que las diferentes estructuras de la casa constituyen uno de los principales indicadores del bienestar, sobre todo para muchos inmigrantes mayores, para los cuales la familia es el principal apoyo social en la sociedad de acogida. Por lo tanto, comprender las variaciones que se producen en la organización y el estilo de vida y la ayuda familiar podría resultar especialmente útil para explicar las diferencias de bienestar entre diversas generaciones con diferentes formas de vida. Esto tiene aún más importancia en sociedades que viven procesos de cambio social en lo que respecta a las estructuras familiares, la vida en familia y la respuesta civil a las necesidades de la gente mayor. Es algo que tiene consecuencias en la atención y los cuidados que reciben los individuos a medida que envejecen y se vuelven más débiles. En este sentido, una de las preguntas que se formulan es la siguiente: ¿tienen todavía sentido los hogares multigeneracionales? La gente mayor, igual que cualquier otro miembro de la sociedad moderna, valora su independencia y por eso es importante que elija el estilo y tipo de vida que más le guste. Es un hecho que la estructura de la vivienda compartida está a la baja y por ello hay que ofrecer las mejores posibilidades a la gente mayor que vive en pareja o sola.

¿Por qué las personas elijen un tipo de vivienda específica? Hay tres factores que explican sus decisiones: en primer lugar, características sociodemográficas, como la edad, la situación matrimonial, o de género, los recursos económicos, cuestiones de salud, origen étnico y los valores culturales. En segundo lugar, destacan la dinámica de la familia y de las relaciones intergeneracionales. Entre los aspectos positivos de la convivencia, por ejemplo, destacan los bajos niveles de conflicto familiar y las relaciones de ayuda social. Pero por otro lado la convivencia puede comportar tensiones, como la pérdida de espacio personal y de intimidad, sobre todo si el hijo que convive en la casa asume responsabilidades de cuidador geriátrico. En tercer lugar, cabe mencionar las consecuencias de los diferentes tipos de hogar en el buen funcionamiento y el bienestar de los miembros de la familia. Se han detectado peores condiciones donde la gente mayor vive en entornos familiares más problemáticos y recibe menos ayuda.

Cabe preguntarse por qué ciertos lugares se asocian con la gente mayor y por qué algunos de dichos sitios, sobre todo la propia casa, tienen un sentido especial para este colectivo y también para otros grupos de edad. En cada uno de los lugares

y entornos donde vamos a vivir intentamos conciliar nuestras capacidades con las circunstancias del entorno para conseguir un bienestar emocional y una actitud óptimas. Para designar este concepto la gerontología ambiental utiliza con frecuencia la expresión "encaje persona-entorno". El modelo señala que la gente mayor se vuelve más vulnerable al entorno cuanto más reducidas son sus capacidades y habilidades.

Pero hemos de tener presente que la socialización es un componente básico de la vida de las personas mayores, que tiene que ver con las relaciones familiares y personales, con las ayudas sociales, prácticas y la actividad. Además, el entorno físico –sobre todo el de la casa y el del barrio– puede facilitar las relaciones familiares, siempre que sea accesible, no presente peligros y esté diseñado para adaptarse a nuestras necesidades. A una persona mayor también le hace falta la provisión de servicios sanitarios y sociales accesibles y que respondan a sus necesidades, lugares para relacionarse, recrearse, distraerse; y también acceso a los comercios, árboles en las calles y paradas de autobús a corta distancia. En este sentido pueden ser muy útiles medios de transporte adecuados, buen acceso a estos y la capacidad de implicación de los miembros de la familia. Cuando se produce un desequilibrio entre las limitaciones físicas y el entorno, pueden surgir problemas a la hora de realizar las actividades cotidianas. Por eso, hacer algunos cambios en la casa para mejorar la comodidad, detalles como la agarradera en la bañera, pueden resultar muy práctico. El concepto de accesibilidad se define de manera relativa, ya que los obstáculos del entorno dependen siempre de las limitaciones funcionales de la gente mayor.

Así, comprender mejor las interrelaciones entre quienes envejecen y su entorno físico y social –la casa, el entorno exterior, la tecnología y otros bienes–, permite obtener con el tiempo mejores resultados en capacidad funcional, en bienestar o participación a medida que la gente envejece, y se fomentan especialmente las relaciones intergeneracionales.

¿Qué quiere y a qué aspira la gente mayor? Debemos comprender mejor las necesidades y las prioridades de los diferentes subgrupos de la población de mayor edad, por ejemplo el de los ancianos con discapacidades cognitivas, de los que viven solos en casa, de los que tienen un nivel cultural elevado y residen en barrios urbanos sometidos a cambios rápidos, o de los grupos de inmigrantes.

A causa del aumento de la esperanza de vida y de los avances médicos, cada vez habrá más personas que padecerán desde muy jóvenes hasta muy mayores enfermedades y discapacidades crónicas. También deben realizarse más esfuerzos para prevenir la situación de las próximas generaciones de mayores. Además, el tema de la vivienda es fundamental para nuestra planificación social, cultural y política y para los procesos de actuación.

El diseño universal, es decir, un diseño pensado para todos, también es importante. Incluso se puede dar el caso de que las nuevas opciones de vivienda que surjan a consecuencia del envejecimiento de nuestras sociedades proporcionen ideas creativas para desarrollar otras alternativas y modelos de vivienda en el futuro. Diferentes formas de vida pueden dar lugar a situaciones de integración o de discriminación.

Envejecer en casa

En lo que respecta a la capacidad funcional, el hecho de no poder controlar el propio entorno de la vivienda puede hacer que no se utilicen bastante las opciones que permiten una existencia independiente. Para que la gente pueda envejecer en casa, con frecuencia deben hacerse modificaciones. Los dirigentes políticos y los profesionales que trabajan con la gente mayor defienden esta idea y destacan que la mayoría de las personas de esta franja de edad quiere seguir en su vivienda habitual. Además, parece que la opción de envejecer en casa es la alternativa más económica si se compara con la planificación de atención residencial en gran escala. Como ejemplo de una iniciativa para ayudar al envejecimiento en casa destacamos las viviendas colectivas para mayores de cincuenta y cinco años en Suecia. Estas viviendas fueron diseñadas sin barreras arquitectónicas, son completamente accesibles e incluyen apartamentos individuales completamente equipados. En general, cuentan con instalaciones destinadas a actividades comunes y con una cocina grande para las comidas comunitarias. No obstante, está política de actuación tuvo como consecuencia que muchos de estos modelos de vivienda especial acabaran fracasando o convirtiéndose en viviendas ordinaria. Otro ejemplo sería el proyecto de "comunidad barrial de ayuda" en Israel, que funciona desde 1989. Consiste en identificar los barrios donde hay una gran concentración de gente mayor, y ofrecerles a un precio módico un servicio de llamadas de emergencia, un asistente social durante las veinticuatro horas del día, acceso a los servicios médicos, asistencia en reparaciones domésticas y actividades sociales. El objetivo es animar y dar ayuda a los mayores para que sigan viviendo en su casa y en su barrio. Estos servicios y actividades proporcionan una sensación de seguridad personal y un sentido de comunidad a los usuarios.

Un estudio reciente llevado a cabo en Suecia demostraba la necesidad de encontrar alguna clase de alternativa a las viviendas convencionales y a los centros de atención residencial, un estilo de vivienda que los expertos suecos denominaron "casa segura". Este tipo de residencia plantea las siguientes preguntas: ¿Con qué tipo de instalaciones contarán quienes vivan allí? ¿Cómo aceptarán las decisiones relativas a la gestión y administración de las viviendas? ¿Qué tipo de relaciones establecerán sus locatarios con las personas que viven en la vecindad de estas instalaciones, y sobre todo con sus propias familias? ¿Prepararán sus comidas en casa? ¿Qué tipo de actividades realizarán? Uno de los objetivos y la filosofía que prioriza las casas seguras antes que los centros de atención residencial es la implicación de los ancianos y de sus familias en este proceso de cambio, así como el hecho de incentivarlos a crear nuevas formas de colaboración y coordinación con las autoridades municipales y la comunidad que los rodea.

También debemos plantearnos la función y el sentido de otros establecimientos semejantes para las generaciones de mayores actuales y futuras. Podría ocurrir, por ejemplo, que

Dos áreas acomodadas de Londres: sobre estas líneas, Russel Square, en el centro de la ciudad, y en la portada del artículo, el barrio de Dulwich.

un entorno tecnificado –una residencia robótica, por ejemplo– no resulte acogedor como la propia casa, pero que satisfaga más las necesidades de la gente mayor que los entornos tradicionales, y que además les proporcione mayor independencia y facilidades comunicativas y de relación con sus familias y con otros grupos generacionales.

Debemos centrarnos en las casas y los barrios donde vive la gente mayor, pero también en el entorno de trabajo y en la comunidad en general. La casa de una persona mayor se puede considerar, por ejemplo, como la primera "escala" de la atención sanitaria. Este aspecto debe estar en relación con el objetivo más amplio de envejecer en casa. En lo que se refiere al entorno de trabajo de los mayores, deberíamos estudiar en qué medida la ergonomía del puesto de trabajo contribuye a crear situaciones de estrés en la población de más edad y cómo optimizar este entorno para asegurar unas vidas laborales más prolongadas, entre otras cuestiones.

También es importante el concepto de entorno compartido. Algo que puede resultar beneficioso para un grupo puede ser perjudicial para otro. Por ejemplo, el hecho de tenerlo todo cerca es beneficioso para las personas con movilidad reducida, pero podría conducir a una reducción de los niveles de actividad física a aquellos que no sufren discapacidades, lo que a la larga sería perjudicial para la salud.

Proporcionaremos el ejemplo de otro proyecto de Israel. En un nuevo barrio se han construido bloques de pisos para jóvenes con hijos y se han reservado la primera y la segunda planta para las personas mayores. Las interacciones y relaciones sociales han sido excepcionales: la gente mayor cuida los hijos de los jóvenes y muchos se han convertido en "abuelos sustitutos". Por su parte, los jóvenes los han integrado en sus vidas y les han echado una mano cuando ha sido necesario. En este contexto, habrá que adoptar una perspectiva global sobre todo el curso de la vida para entender la evolución de las relaciones entre la persona y el entorno. Considerar las grandes transiciones que se producen en el desarrollo de la vida humana adulta nos facilitará la tarea. Por ejemplo, el paso de la mitad al final de la edad adulta y del principio de la vejez a la vejez avanzada o incluso la fase previa a la muerte implican alteraciones importantes en las relaciones entre la persona y su entorno, sobre todo en lo que se refiere a las posibilidades y los peligros. También debemos superar la dicotomía tradicional entre medio urbano y rural, y prestar atención a los barrios integrados, como barrios pobres en el interior de zonas acomodadas, para investigar y comprender hasta qué punto los diferentes tipos de entornos urbanos y/o rurales determinan factores relacionados con la edad como la salud, bienestar y la inclusión o exclusión. Deberíamos tener más información sobre la creciente diversidad de tipos de hogar y estilos de vida para comprender hasta qué punto hay entornos que contribuyen a perpetuar las desigualdades en la vejez. Debemos comprender qué relación existe entre la manera en que se percibe el entorno y cómo se percibe la seguridad, la delincuencia, el acceso a las instalaciones y la eficacia del conjunto. Deben crearse entornos que atraigan a los mayores, donde haya plazas de estacionamiento adecuadas, lugares para sentarse, etcétera. En lo que se refiere a las intervenciones, hacen falta acuerdos estratégicos con dirigentes políticos, ciudades adecuadas para la gente mayor, ciudades saludables e iniciativas destinadas a crear viviendas y barrios para toda la vida. Asimismo debemos estudiar los marcos institucionales y los entornos planificados.

Agradezco su colaboración a Sigal Naim, coordinadora del Centro para la Investigación y el Estudio del Envejecimiento de Haifa y máster en Gerontología.

Propuestas / respuestas

Integrar a los mayores en la ciudad y adaptar la ciudad a los mayores. A esta máxima responden los tres articulistas de propuestas y respuestas. Henric Borelius explica cómo en Suecia se ha creado una residencia moderna para el siglo XXI, construida expresamente y adaptada a una metrópolis moderna. Por su parte, Jorge Guarner remarca la necesidad de que los mayores continuen ejerciendo su ciudadanía activa, con lo que su propuesta pasa por la puesta en marcha de programas de integración comunitaria de tipo formativo, lúdico y de intervención, de carácter intergeneracional. Por último, Mercè Pérez Salanova se centra en el análisis de los mecanismos de participación al alcance de los mayores, y apuesta por los foros como una herramienta para fortalecer dicha participación.

La metrópolis, con los deseos de los mayores

Texto **Henric Borelius** Presidente de Attendo AB

Para las personas mayores, muchas de las cuales se han criado en zonas rurales, pasar a vivir a una residencia de ancianos en un entorno urbano representa una importante discontinuidad en sus vidas. Aunque gracias a la estrecha colaboración con investigadores y empresas del sector inmobiliario, se pueden crear oportunidades para que la gente mayor aproveche los servicios que ofrece la ciudad, manteniedo la consciencia de su origen. Por medio de un concepto excepcional que perfecciona la televisión básica con avances técnicos, los que viven en una residencia pueden mantener el contacto con amigos y familiares a través de videoconferencia por televisión. En el denominado "Jardín de los sentidos" se ofrece a los residentes la oportunidad de reposar cuerpo y alma. Mediante estas y otras tecnologías que ayudan a crear un entorno que evoca en la medida de lo posible el hogar anterior de los ancianos, Attendo ha creado una atmósfera cómoda para vivir, agradable a los residentes y a sus familias.

La población de Europa está envejeciendo y se concentra cada vez más en un número limitado de regiones en crecimiento. En Suecia, la urbanización comenzó con fuerza a principios del siglo XIX, y en la actualidad es un país con una densidad de población relativamente baja que cuenta con una serie de regiones metropolitanas. En 1800, aproximadamente el 7% de la población vivía en urbes, en 1900 la proporción era de alrededor del 31%, y en 2000, alcanzaba el 84%. Con una superficie casi tan extensa como la de España, Suecia reúne solo el 20% de los habitantes de este país.

Suecia registra una de las poblaciones más envejecidas del mundo. Ello ejerce una fuerte presión en la manera de planificar y organizar la atención a la vejez. Durante los decenios 1980 y 1990 se edificó un número considerable de residencias, a la vez que se derribaron o modernizaron muchas antiguas, para proporcionar a la gente mayor de este país un entorno moderno y cómodo para vivir. Hoy Suecia cuenta con un sistema de atención a la vejez muy avanzado, con muchas camas en residencias modernas y con un sistema de atención en los hogares para aquellos que pueden o prefieren quedarse en casa.

La urbanización tiene una serie de consecuencias sobre la población, en particular para la de edad avanzada. Muchas personas mayores que viven en el campo siguen desarrollando sus actividades hasta que se jubilan. A causa de la urbanización, la generación más joven suele emigrar a las ciudades y en consecuencia no está dispuesta a proseguir el trabajo de sus padres, circunstan-

cia que acelera la despoblación natural del campo. Además, en las zonas rurales la oferta de profesionales que trabajan en la atención a los mayores es limitada, hecho que produce un desequilibrio entre la oferta y la demanda en estas áreas. Por ello, los ancianos también se ven obligados a trasladarse a las ciudades, donde disponen de residencias y personal especializado. Si bien la urbanización es para muchas personas un factor de tensión, también hay que decir que ofrece una vida cotidiana más rica y ple-na a la mayoría, una vez que se ha consolidado el proceso de migración. Los más ancianos se sienten más tranquilos y seguros si tienen a otras personas cerca. Las infraestructuras de las ciudades facilitan el contacto con familiares y amigos y ello reduce la sensación de soledad. Por otra parte, la proximidad de los servicios públicos en la ciudad también les facilita mucho la vida.

Attendo trabaja en la atención a la vejez en Suecia desde 1988 y ha acumulado una gran experiencia en la gestión de residencias tanto en las áreas urbanas como en las rurales. Attendo se ha situado en cabeza de la innovación y el fomento de la calidad en la atención a la gente mayor de Suecia, y trabajando en estrecha colaboración con empresas inmobiliarias y equipos de investigación universitarios. Es un ejemplo de ello la residencia Västra Varvsgatan, en Malmö, la tercera ciudad de Suecia en número de habitantes. Aquí Attendo ha construido y adaptado una residencia moderna para el siglo XXI en un entorno urbano.

Västra Hemmen es un barrio verde, residencial, industrial y educativo, situado en el centro de Malmö. Un conjunto heterogéneo de arquitectos colaboró para crear allí una diversidad arquitectónica que se ve con escasa frecuencia en nuestros barrios. Entre los edificios más espectaculares hay uno que es un hito, el Turning Torso, el rascacielos residencial más alto de Suecia, que da al estrecho de Öresund, con Copenhaguen, la capital danesa, al fondo. Al lado del Turning Corso, Attendo edificó una residencia moderna, construida expresamernte y adaptada a una metrópolis moderna. La residencia se caracteriza por el bello material con que se ha construido, los colores pálidos y la tecnología moderna. Tiene 53 plantas divididas en cinco módulos. También dispone de 11 camas de corta estadía, 21 de residencia y 21 para la atención a la demencia. La residencia está integrada en un bloque de pisos, corriente, de manera que encaja del todo dentro del nuevo barrio.

El entorno residencial del interior de Vastra Varvsgatan está diseñado con espacios abiertos modernos, colores claros y suelos de madera noble que crean un ambiente acogedor que recuerda al propio hogar. En cada módulo hay una zona común con sala de estar y comedor aparte, un conjunto de butacas y televisión. Los pisos ofrecen a los mayores treinta metros cuadrados de espacio, con cocina americana, un cuarto de baño amplio y váter.

En Västra Vavsgatan se llevó a cabo un proyecto de investigación denominado “La televisión ampliada”, en estrecha colaboración con la universidad de Lund. En síntesis, el proyecto tenía como objetivo que los residentes emplearan la televisión como un canal ampliado de comunicación. Con esta televisión los residentes mejoran la sensación de formar parte activa de la sociedad, ya que les permite compartir fotos y películas con amigos y familiares, obtener información sobre lo que sucede en la residencia, etc. También permite realizar videoconferencias Skype con familiares y amigos para mantener el contacto con el mundo exterior.

A los mayores que viven en la ciudad con frecuencia les falta contacto con la naturaleza. Cuando se planificó la residencia de Västra Varvsgatan se tuvo en cuenta la posibilidad de que los residentes realizasen actividades al aire libre. El establecimiento da a un entorno espectacular, próximo al mar, en un barrio de fácil acceso que convida a los paseos y fomenta la vida en el exterior. Muy cerca los residentes encuentran tiendas, bares, restaurantes y diferentes comercios.

Otro punto importante que ofrece Västra Varvsgatan es el “Jardín de los sentidos”. Se ha intentado crear un lugar para el ocio, el descanso, la contemplación, la soledad y el tiempo para la reflexión, teniendo en cuenta que con frecuencia los residentes no pueden salir a los espacios naturales. El jardín es un sitio para los encuentros entre residentes, familiares, personal y visitas de afuera, que pretende estimular los sentidos de quien lo visita: la vista, el oído, el olfato, el tacto y el gusto. Hay agua que borbollea, plantas con estructuras, formas y colores diferentes, aromas de muchas clases. La estimulación de los sentidos hace que los visitantes revivan recuerdos y emociones.

Para concluir, la urbanización –siempre que esté bien gestionada– fortalece y enriquece la vida de los mayores. Se ha demostrado que la combinación de una arquitectura con estilo, el acceso a la tecnología moderna y un entorno exterior adecuado constituyen la receta para el éxito. Es muy importante combinar las posibilidades de la ciudad, sacarles partido y al mismo tiempo conseguir que los residentes se sientan como en casa.

Propuestas / respuestas

Ciudadanía y servicios: los nuevo retos

Texto **Jorge Guarner** Consejero delegado - director general del Grupo SAR

La ciudad es un escenario privilegiado en el que interactúan personas en diferentes momentos de su proyecto vital. Los mayores constituyen un porcentaje cada vez más elevado de ciudadanos con necesidades específicas, usos urbanos diferenciados y expectativas heterogéneas que requieren una respuesta integral e integrada en el entorno en el que viven.

Ser ciudadano implica tener desarrollado un sentido de pertenencia al lugar en el que se interacciona socialmente y al hábitat en el que se desenvuelven individuos de todas las edades con responsabilidad, derechos y obligaciones. En el complejo concepto de ciudadanía se encuentra una cuestión clave: el aspecto de sentimiento, en la medida en que la ciudadanía refuerza los lazos de pertenencia, de identidad. Por tanto, sentirse ciudadano de una comunidad está vinculado no sólo al tiempo subjetivo, sino también al tiempo social y al espacio físico en el que la persona desarrolla su vida.

No se deja de ser ciudadano porque se cumplan años, aumenten las limitaciones funcionales o aparezca un deterioro cognitivo. Necesitar ayuda de terceras personas o ingresar en un centro residencial tampoco debe impedir disfrutar del ambiente urbano. En realidad, las personas mayores, aun teniendo alguna dependencia y viviendo en centros residenciales, mantienen su derecho a la ciudad.

La primera opción siempre es envejecer en el domicilio utilizando los medios tecnológicos y humanos al alcance, bien sean profesionales o del entorno afectivo. Sin embargo, cuando esto no es posible por diversas circunstancias sociales, económicas o personales, es importante disponer de servicios que permitan mantener la conexión de la persona con su entorno y promover una interacción comunitaria que refuerce el sentido de cercanía y pertenencia a la sociedad. De hecho, cuando se ofrece a las personas mayores que lo necesitan unos cuidados de calidad en domicilio o en centros especializados, se les proporciona la posibilidad de continuar con su proyecto vital en el contexto en el que viven.

Según nuestra experiencia, el principio de integración en la comunidad resulta clave en centros residenciales. Es esencial que los centros estén abiertos al entorno en el que se encuentran ubicados y participen de sus actividades para fomentar una vida activa. Considero que es necesario trabajar por la erradicación de la concepción asilar que todavía tienen algunos servicios de atención para mayores en favor de una política de apertura y libertad para residentes y familiares.

Para que los centros sean abiertos se requiere:

-Una buena organización asistencial y un importante trabajo en equipo para generar espacios y tiempos de convivencia.

-Incluir salidas, actividades culturales y momentos de ocio como parte de la oferta del centro, incluso facilitando la asistencia a eventos que se celebren en la ciudad, como conciertos o charlas en centros cívicos, a aquellas personas que así lo soliciten.

-Facilitar la "vivencia" del centro a las familias, a los voluntarios y a las asociaciones de la zona, para que se sientan implicados y colaboren en la mejora del bienestar de los residentes.

Desde una perspectiva terapéutica, la biografía debe ser el instrumento que dirija la intervención, ya que los residentes tienen derecho a participar plenamente en la sociedad, según sus deseos, necesidades y posibilidades. En este sentido, nuestra propuesta pasa por la puesta en marcha de programas de integración comunitaria de tipo formativo, lúdico y de intervención.

El área del ocio tiene un peso específico en la dinamización y socialización de los centros. La celebración de fiestas tradicionales, las conmemoraciones populares y el uso de los espacios para actividades externas por asociaciones de la zona generan intercambios beneficiosos para todas las partes implicadas.

El campo de la intervención es de una gran riqueza y permite implementar estrategias terapéuticas en las que los mayores no son únicamente consumidores de recursos, sino que se convierten en transmisores de valores y conocimientos. En esta línea, los encuentros intergeneracionales aportan espacios de reconocimiento y favorecen la relación y el diálogo entre generaciones. Tenemos la experiencia de nuestros centros, donde los niños nos visitan y los mayores les cuentan su historia. La felicidad que produce este intercambio repercute de forma directa sobre los procesos de comunicación interpersonal y tiene para los mayores un efecto divertido, fresco y vital, que genera ternura.

Actualmente, ciudades de todo el mundo cuentan con proyectos de convivencia entre mayores y jóvenes que ofrecen la posibilidad de compartir a través de acciones de solidaridad social, de intercambio de experiencias y de enriquecimiento intergeneracional. La base de estas iniciativas es la ayuda mutua como pieza clave de la construcción social.

Estos programas ponen al servicio de las ciudades centros accesibles y vivencias humanas que contribuyen a construir un entorno social colaborativo y solidario, en el que las personas, principalmente mayores, están presentes en la vida del barrio.

Cabría preguntarse cómo es la convivencia con las personas mayores y cómo es entendida por otros grupos de edad. Además, ¿el cambio que han experimentado los centros residenciales es vivido como una transformación importante por los jóvenes? El recorrido realizado ha sido muy significativo ya que, desde el punto de vista psicosocial, se ha pasado de la *teoría de la desvinculación* desarrollada en los años sesenta y cuyo argumento central es la desconexión como un proceso inevitable que acompaña al envejecimiento, a *teorías centradas en la continuidad, en los roles o en el envejecimiento activo,* que ofrecen nuevas estrategias y enfoques para que las personas sigan siendo independientes y disfruten de un buen nivel de bienestar a medida que envejecen. Plantearse nuevas preguntas y utilizar nuevas orientaciones teóricas y aplicadas resulta útil de cara a una comprensión diferente de las necesidades de la vejez, de las aportaciones que realizan a la sociedad y de las orientaciones futuras para los sistemas asistenciales.

Como nuevos proyectos de ciudad planteamos la necesidad de poner en marcha más viviendas independientes para mayores con el objetivo de que se queden en su entorno hasta el final de la vida. Impulsar la creación de viviendas con servicios para personas adultas y mayores que ofrezcan prestaciones desde el punto de vista asistencial y hotelero es una apuesta de futuro que tendrá cada vez más demanda en nuestra sociedad, al igual que ocurre en otros países europeos. Considero que en la planificación de nuevos servicios resulta esencial una colaboración público-privada para desarrollar fórmulas de atención que respondan a los cambios personales, familiares y sociales que se están produciendo en los últimos años en nuestro país. Las personas deben ser libres y ejercer su derecho a decidir dónde y cómo quieren vivir, y hay que evitar fórmulas intervencionistas que no promuevan una toma responsable de decisiones.

En definitiva, los valores de ciudadanía están basados en la seguridad y en la dignidad de la persona, en valores de solidaridad, justicia e integración social. La cohesión y el entendimiento entre los diferentes actores que viven en la ciudad constituye un reto para los sistemas públicos y privados de atención y es importante que cada uno asuma el papel que le corresponde. Para que las ciudades avancen es preciso mantener el compromiso con una atención de calidad y colaborar en la construcción de un sector asistencial competente y preparado para asumir, de manera sostenible en el tiempo, los nuevos retos de protección social que se plantearán en los próximos años.

Propuestas / respuestas

Actores en la construcción de la ciudad

Texto **Mercè Pérez Salanova** Psicóloga.
Institut de l'Envelliment - UAB

La idea de las personas mayores como actores que construyen la ciudad puede resultar sorprendente para algunos lectores; también puede ocurrir que entre ellos haya quien, además de sorprenderse, recuerde la imagen de personas mayores, hombres en su mayoría, de pie ante obras en la vía pública, observando en silencio o comentando con otros sobre este o aquel aspecto de los trabajos en marcha y de su evolución.

La imagen de las personas mayores como actores en esa tarea cotidiana que es la construcción de la ciudad se opone a otra, extendida, en la que carecen de capacidades de reflexión, de decisión y de acción. Porque ser actores consiste en eso: en interesarse, en expresar opiniones, en contrastar experiencias y pareceres, en aportar propuestas, en colaborar en lo que otros ya vienen haciendo o en promover algo distinto. Como actores expresamos nuestra capacidad de "agencia".

La noción "agencia" vinculada al envejecimiento y su plasmación en el enunciado "las personas mayores deben considerarse actores sociales" ocupan un lugar nuclear en el Plan Internacional del Envejecimiento de Madrid, aprobado en la segunda Asamblea Mundial del Envejecimiento, que tuvo lugar en 2002, así como en el paradigma del envejecimiento activo, presentado por la Organización Mundial de la Salud (OMS) en la mencionada asamblea.

Como señalan Mayte Sancho y Elena del Barrio en estas páginas, el paradigma del envejecimiento activo ha sido objeto de banalización, invocado como una especie de atributo capaz de otorgar valores, como la valía de modernidad y de efectividad, a actividades variadas. Complementariamente, me parece pertinente señalar una doble tendencia: por un lado, circunscribir la aplicación del paradigma a la esfera individual y, por otro, relegar lo relativo a la esfera colectiva. Esa circunstancia resulta paradójica con el paradigma del envejecimiento activo, formulado como propuesta para la acción ante el reto que supone la adaptación de las sociedades al envejecimiento de la población. Esto es: un reto con claro acento colectivo.

El énfasis en la esfera individual –"las decisiones que cada uno toma sobre su vida" o "las actividades que cada uno hace"– facilita escasamente que las personas "no mayores" se acerquen al envejecimiento con una mirada que favorezca la adaptación propugnada por la OMS. Y tampoco facilita que las personas mayores se sientan llamadas a interesarse por lo que ocurre en su entorno.

Conviene subrayar que difícilmente se puede hablar de planes, programas o proyectos de envejecimiento activo sin la concurren-

cia de una dimensión colectiva, plasmada en vías de participación susceptibles de vincular a personas mayores diferentes; personas que, si bien comparten la edad cronológica, tienen recorridos vitales o intereses actuales diversos, o personas con distintos niveles de autonomía funcional, y por ende con experiencias distintas en su vida cotidiana. Como también resulta difícil avanzar en el envejecimiento activo si la perspectiva de implicación, y por tanto de autogobierno, de agencia, no se promueve de forma amplia.

En el campo de la participación de las personas mayores, Barcelona es conocida por su larga trayectoria y también por el impulso de nuevos enfoques y prácticas. Tal como se expone en el artículo dedicado al desarrollo de políticas públicas en las ciudades, aunque desde otro punto de vista, de esta larga trayectoria forman parte el Consejo Asesor de Personas Mayores (Consell Assessor de Gent Gran, CAGG) y el Consejo Municipal de Bienestar Social (CMBS). En ambos casos se trata de mecanismos de participación institucional y la configuración de cada uno de estos consejos es diversa.

En el primero de ellos, se trata de organizaciones compuestas por personas mayores, que en algunos casos forman parte de asociaciones no específicas de personas mayores; asimismo, cuenta con miembros a título individual. Por su parte, el CMBS es un consejo cuya estructura incluye como componente básico los grupos de trabajo, entre ellos, el grupo de personas mayores. A diferencia de lo que podría deducirse de su denominación, este grupo no está compuesto exclusivamente por personas mayores, sino que los miembros pertenecen a distintas generaciones y su procedencia es heterogénea; al igual que en los otros grupos, encontramos representantes de organizaciones políticas, sindicales, académicas, profesionales, de voluntariado o de proveedores de distintos servicios.

Además, ambos consejos organizan su tarea de maneras diferentes. Así, el CAGG lo hace en programas plurianuales que confluyen en la organización de reuniones amplias y de carácter abierto: las convenciones organizadas en 2004 y 2007 o los congresos, celebrados en períodos anteriores, con sus correspondientes procesos de debate previo. El ritmo de trabajo en el CMBS se basa en la periodicidad anual: en cada período, el Grupo de Trabajo Personas Mayores, al igual que los demás grupos, debe presentar al Plenario del Consejo el resultado de sus trabajos y las propuestas que ha elaborado.

Los procesos de participación, en tanto que escenas en las que los ciudadanos desempeñamos el papel de actores implicados en la vida colectiva, no deben limitarse a los mecanismos de participación institucional, como los comentados u otros. Por ello, considerar que solo las personas mayores miembros de un consejo devienen actores en la construcción de la ciudad constituye un error, que por otra parte indica el desconocimiento de la dinámica cotidiana en una ciudad viva donde concurren diferentes tipos de participación colectiva.

A menudo, los procesos de participación esbozan configuraciones variadas en distritos o barrios, lo que nos advierte sobre cómo la lógica de la proximidad, que define una parte importante de los servicios, también es pertinente para comprender y propiciar la participación.

Una muestra de cómo se concreta la lógica de proximidad en la participación es el proyecto Barcelona Ciudad Amiga de las Personas Mayores. Su plan de trabajo recoge los criterios de la OMS en un diseño específico para Barcelona que incluye la realización de diez foros, uno en cada distrito de la ciudad. Así, se facilita el acceso a personas que comparten entornos cotidianos y cuyas experiencias en los usos de los espacios, el transporte o los servicios pueden ser similares o diferir entre ellas; ambas características aportan solidez a los resultados, y por tanto al objetivo del proyecto, ya que permiten singularizar las propuestas según los entornos cotidianos.

El mismo ejemplo permite apreciar otras características que enriquecen el alcance del proyecto, y expresan el impulso de vías para fortalecer la participación. Los foros han sido concebidos como un marco de interacción construido entre personas que no se conocen entre sí, fundamentado en el intercambio de experiencias de su vida cotidiana; es decir, son sus vivencias reflexionadas lo que nutre la generación de propuestas. Las personas se explican a sí mismas y escuchan las explicaciones de otros, comparten informaciones, visualizan nuevos componentes sobre el tema que tratan o se abren a nuevas opiniones y, al hacerlo, amplían su comprensión sobre el entorno en el que viven y sobre las modificaciones que una u otra de ellas propone.

En consecuencia, el resultado de los foros se extiende más allá de estimular y recoger la aportación de las personas mayores a partir de sus experiencias cotidianas. Los foros ofrecen una nueva oportunidad para fortalecer la participación. Es en ese ejercicio colectivo en el que las personas mayores, que revisan un día común e identifican tanto las dificultades como las estrategias para afrontarlas, se reconocen como actores y plasman su contribución en la construcción de la ciudad.

Del Montjuïc. En la nueva tumba de Verdaguer

Quiero contaros el gran momento bello:
en lo alto del monte
mal nombrado...
pero de frente al mar,
alzaron al poeta
dormido para siempre
en su caja de muerto,
para ponerlo en un sepulcro nuevo.

El cajón se elevó
encima del gentío
los ojos asustados
temían un gran horror...
Estaba carcomido,
mas se alzó rebosando
retamas y otras flores.
¡Oh!, fue una maravilla
en la hora tan bella de la puesta del sol,
encima del gentío
ver la caja en la altura,
con el poeta entre flores
como un niño en la cuna.

¡Oh Montjuïc, montaña afortunada!
Debajo de tu tierra mal nombrada
dejamos entre llantos y dolores
el cuerpo del poeta rebosando flores.

La tumba es la roca viva:
las hiedras se enhebrarán
y encima de las hiedras
los pájaros cantarán.

Cada madrugada
caerá allí rociada;
cada amanecida,
canciones nutridas;
¡dichoso el poeta que pueda sentirlas
en la fresca umbría!

El sol y la luna
allí pasarán,
el sol y la luna, y al frente la mar.

Duerme, poeta, duerme, ya las aves cantan:
tú que tanto amabas
las canciones bellas,
feliz, harás las sonrisas aquellas.

Por tu gracia al sonreír
al edén pudiste ir.

Joan Maragall (1860-1911)
En el centenario del poeta
Traducción de Daniel Alcoba

© Christian Maury

LLIBRERIA

La ciudad y las horas

Texto **Manuel Milián Mestre** Ex diputado, periodista y consultor de empresas
Foto **Pere Virgili**

Una atardecida de 1981. Era primavera deslumbrante en Roma, paseaba por el Gianicolo, una de las colinas más bellas y umbrosas de la ciudad de Rómulo y Remo, cuando descubrí un mirador sigiloso con un banco de piedra desde donde admirar la esplendidez de la urbe eterna: "La *quercia* de Torcuato Tasso". Tal vez el lugar de inspiración definitiva de su inmenso poema *Jerusalén liberada*. Me recogí en silencio, asombrado del sol poniente que doraba los techos y cúpulas de esa Roma del alma más que del cuerpo. Un instante mágico, lento, moroso para enamorar los ojos de quien siente esa ciudad como la suya desde los tiempos del Imperio que acunan mi cultura clásica. Desde entonces será ese mirador mi lugar de poeta en perenne frustración; al igual que las noches silenciosas en la plaza de San Pedro, paseando hasta la madrugada las sombras de la columnata de Bernini en compañía de mi amigo Gian Maria Vian, hoy director de *L'Osservatore Romano*.

De esos instantes, sublimes en la memoria, está forjada mi existencia en ciudades que jamás fenecen en la biografía de uno. Ciudades del alma, música de ensalmo, voces de la historia que recogen las emociones más sutiles del caminante, como le sucediera al Stendhal de sus *Paseos romanos*, o al Terenci Moix de las *Crónicas italianas*, o de los sabores culinarios de la Península itálica de nuestro Josep Pla, o las llamaradas románticas de Lord Byron. Las ciudades son obra de los hombres, pero los hombres a su vez están construidos a menudo de piedras y vivencias en esas ciudades que mudan su piel en la indolencia de las horas y los días, y establecen unas valencias que serían improbables sin ese contagio. Amo el campo, pero adoro esas urbes repletas de encanto, a veces de silencios, donde las calles, los rincones y las plazas interpelan al viandante. Mi otrora amigo Rafael Alberti en sus últimos exilios dejó sendos poemarios de este tenor: *Roma, peligro para caminantes* y *Canciones del valle del Aniene*, en cuya casita de Anticolli Corrado vi nacer de la pluma delicada del vate gaditano.

Siempre he sostenido que el hombre es hijo de la Tierra y de la madre. Escritores y poetas a menudo deslumbran con esas mareas del sentimiento que encienden la pasión y la estética. No hay ciudad sin esteticismos, ni belleza sin descubridores que propaguen por el mundo esa sensibilización de las horas en el discurrir de sus ciudades de origen o de adopción sentimental. Acaece en músicos como Liszt, que compone en un rincón del jardín de la mansión de Bellagio en el Lago di Como, donde un templete columnado recuerda su escenario de inspiración extasiada. Tal emoción arrebata en la placita de Orta San Giulio ante el espléndido atardecer frente a la pequeña isla, un muñón que emerge en mitad del Lago di Orta, con un monasterio que la señorea entre músicas y campanas en el norte italiano. ¡Qué de vivencias han marcado mis lentas horas de contemplación en aquel lugar del Paraíso! Así, pues, las ciudades son esos momentos de experimentación ultraterrenal, decididamente peregrinajes del espíritu. De ahí que no quepan ciudades sin autor, con visiones ajenas que aportan riqueza a su inmensa belleza. Tales experiencias, probablemente, habrán sorprendido a muchos visitantes selectos en Florencia (para mí el Duomo, el Campanile del Giotto, la cúpula de Brunelleschi, la enorme grandeza de Miguel Ángel, hijo fastuoso de aquella ciudad a la que legó no pocas maravillas) o que otean el Arno y la ciudad del Renacimiento desde el Piazzale Michelangelo en el balcón de Fiésole, a la vera del convento donde Galileo Galilei purgó sus desdichas e incomprensiones de la Iglesia, y desde donde Giovanni Papini elevó su escalera hacia el cielo.

¿Son ciudades simplemente, o escenarios donde los hombres inundan sus privilegiadas percepciones que mudan la imagen perceptible de las mismas? Creo que para cada hombre o mujer hay un lugar y una hora de esa magia del mundo. Enumeraría una larga letanía de mis andanzas por el planeta con sugestiones milagrosas que otorgan alma a las ciudades. Lo predicaría de París y sus maravillosas riberas a lo largo del Sena, a la vera de Notre Dame o del Museo del Louvre. Lo referiría de Washington y sus Mall, donde la historia de América erigió monumentos entre los meandros del Potomac. Pocos escenarios equiparables a un mayo naciente con los cerezos en flor explosivos a la orilla de ese río. Cuántas veces he rememorado el majestuoso encanto de Kyoto (Japón) con sus templos poblados de cerezos en primavera. Calificaría de embriaguez del alma ese puntual ensoñamiento de las ciudades con magia, explosiones polifónicas de melodías ensimismadas. Por eso ningún placer es comparable al transcurrir de las horas que mudan el día y la noche, el color, la tersura, la Belleza en mayúsculas.

A Barcelona le corresponde ese misterioso sabor de ciudades con alma. Se lo otorga el gótico medieval para embobamiento de tiernos enamorados en esas noches aletargadas, de

"De aquellos años de mi descubrimiento de la ciudad mediterránea restarán siempre incólumes las tertulias nocturnas de la librería de viejo del *llibreter* Marca en su cubículo húmedo de la plazoleta de Sant Just, a la que acudían casi todos los sábados el afamado médico Dr. Pere Pons, Josep M. Cadena y otros ilustrados de los años sesenta".

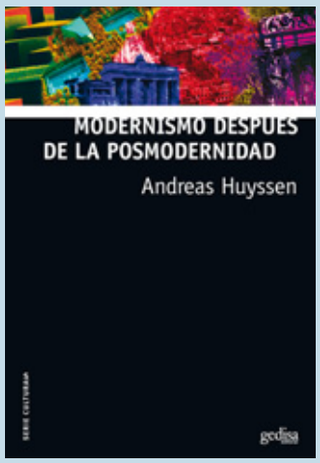
altas sombras en callejas del Barrio Gótico de mi juventud universitaria. Las dádivas de Picasso van mucho más allá de Els Quatre Gats, o de la calle Avinyó con sus señoritas generosas en el burdel de sus andanzas. Picasso esculpe su huella en esa Barcelona de inicios del siglo XX, lega una imaginería azulada o rosácea en sus lienzos, muchos hoy reunidos en su museo íntimo de la calle Montcada. Mi Barcelona favorita habita en unas madrugadas que yo paseaba, casi en éxtasis, por el Passeig de Gràcia. Me extasiaba ingenuamente ante la Casa Batlló, me apostaba fascinado ante La Pedrera a la hora que nadie pisa las calles vacías en el silencio de las farolas. No cabe otra música de imaginación pareja, ni aun recuerdos como los del Hospital de Sant Pau, con tanto eco familiar, enfermedades a veces definitivas, o muertes siempre inolvidadas como esa noche que vi allí fallecer al exquisito hombre que fue mi amigo singular, el periodista Rafael Espinós. Levantar la amanecida ante la Sagrada Família, sueño imposible en piedra del extraordinario Gaudí, hombre prodigioso, generador de estructuras que aún hoy fascinan a medio mundo. ¿Quién podrá olvidar las tardes en el Port Vell, las Ramblas de la noche bohemia compartidas con mi amigo Carles Santos, arriba y abajo, paseantes de nuestros diálogos perdidos en la estética o en las vivencias de todo el mujerío que poblaba la alta madrugada y el ir y venir de los ansiosos cazadores de sexo? Me alcanza todavía la voz y la figura macilenta de aquellas izas y rabizas que Camilo José Cela me dio a conocer durante sus cíclicas estancias del Hotel Colón.

De aquellos restarán siempre incólumes las tertulias nocturnas de la librería de viejo del *llibreter* Marca en su cubículo húmedo de la plazoleta de Sant Just, a la que acudían casi todos los sábados el afamado médico Dr. Pere Pons, Josep M. Cadena y otros ilustrados de los años sesenta. A menudo J. A. Samaranch rebuscaba entre los anaqueles de Marca dibujos, grabados o libros antiguos sobre deporte u olimpismo. Allí se cocían debates cultísimos que taladraban esas noches sabatinas el humo de los cigarros y las apasionadas versiones de la Guerra Civil, o las manías de los coleccionistas puntuales. El viejo Marca, *cantaire* del Orfeó Català, era un pozo de saberes catalanistas, y se discutía de políticos de otrora y de la República como si se tratara de ayeres inmediatos. De aquel tiempo me vienen a la cita particulares vivencias de un Joan Capri en su cúspide –*Baldiri de la Costa*, etc. – que en las noches de guardia se aposentaba en un silloncito de la Farmacia del Dr. Vellvé en la calle Ferran y despotricaba de sus depresivas melancolías, como si de enfermedades se tratara, con el mozo de botica Lluís Gelis, gran humorista –¿quién contagiaba a quién?– y enorme alma de caridades y buen consejo a las prostitutas de las Ramblas. Una de las celebraciones más ilustradas fue el día en que, en la rebotica del Dr. Vellvé, Camilo José Cela reunió a un puñado de amigos para leernos personalmente el texto original de su guía de Barcelona, hoy lamentablemente olvidada. Entre cafés y copas, el Nobel de Literatura nos embelesó con descripciones y narraciones que merecían la inmortalidad, surgidas del papel con líneas diminutas, escritas a mano, como hormiguitas que avanzan hacia el refugio del agujero.

Esa es mi ciudad poblada de monumentos inolvidables en los que la imagen de las vivencias se casa con el color y el olor de las piedras del barrio viejo en torno a la judería. Esos personajes de mi retablo memorístico me dieron a conocer en profundidad otra ciudad, más mágica, mucho más viva que el paisaje urbano de calles y plazas en trasiego perenne, pero con alma prestada por los grandes hombres que cataron sus luces semiapagadas, los silencios embelesados, la sombra de los palacios o el eco vespertino del jaleador de periódicos que se apostaba a partir de media tarde en la plaza del Ayuntamiento y la Generalitat: "¡El *Ciero*, *La Prensa*, el *Tele-eXprés*!". Era ya una música de compañía, el telonero de las sardanas del domingo a la caída de la tarde, donde el catalanismo fluía en ruedas de danzarines y en sones de coblas. Aquella Barcelona, aquel guirigay, aquella fluencia de excursionistas y *chirucaires* componen una ciudad viva en sus días de tiniebla o de pasión del franquismo. Una ciudad distinta, algo melancólica, donde la nostalgia arbitraba una protesta de identidad. Barcelona será para siempre un daguerrotipo, como los que resucitaba Gabriel García Márquez en sus soledades del Flash Flash, cuando escribía sobre las glorias de Macondo en *Cien años de soledad*. La figura de Gabo no se me borrará jamás, ni tampoco las veladas sabatinas en la casa de Lerín colgada en la ladera de Vallvidrera, en compañía de Baltasar Porcel y el pintor Carlos Mensa, que tenían por límite el amanecer. En ellas descubrí yo al poeta Neruda en el recital reposado de un Baltasar Porcel enamorado del *Canto general*. Un Carlos Mensa extraordinario que una noche me dieron a conocer en El Paraigua el pintor Xavier Serra de Rivera y el aparejador Bosch: "¡Fíjate en ese tío, Manolo, es Carlos Mensa, un pintor que vende sus cuadros a altos precios en las galerías de Milán!" ¿Puede perecer una ciudad así vivida? Imposible, pues las ciudades tienen sus horas, que son siempre del color de los espíritus privilegiados que han poblado de miradas y de sentimientos la piel de las piedras, el moho de las paredes, el duro suelo de los adoquines. Sin esas Barcelonas yo ya no sabría vivir, pues son cuna de los tiempos, la riqueza de la historia, vida de las vivencias inalterables.

Si alguien lo duda, que acuda a las páginas del Nobel Orhan Pamuk en su *Estambul*, que ha fijado otra visión definitiva de su ciudad-cuna: "Todo el que siente curiosidad por darle un sentido a la vida se ha preguntado al menos una vez por el sentido del lugar y el momento en que ha nacido" (*Estambul*, pág. 17). Sucede que esas experiencias de las horas y las urbes te obligan de nuevo a nacer, porque son compases de la eternidad de la vida.

OBS ZONA DE OBRAS



Modernismo después de la posmodernidad

Andreas Huyssen

Editorial Gedisa
Barcelona, 2010
192 páginas

Es habitual en análisis cultural contemporáneo hacer referencia al torrente de discursos sobre la memoria que inunda los diferentes espacios públicos desde hace ya varios años. La memoria aparece en las controversias jurídico-políticas sobre el procesamiento del pasado, en los debates en torno al rediseño de espacios urbanos o la construcción de monumentos, museos, memoriales. En trabajos académicos y seminarios, en las discusiones sobre la conservación o patrimonialización de la cultura y de la naturaleza. En todas estas prácticas, la memoria es recurrentemente invocada, a veces en compleja relación con el discurso universalista de los derechos humanos, o ligada al concepto de trauma, a la afirmación identitaria o a la nostalgia por un mundo perdido. Se le asigna una carga ética incuestionada, cuando no una primacía epistémica que podría desmitificar al discurso objetivizante de la historia.

Pero, si todas estas intervenciones hacen referencia a discursos especializados o a la "alta cultura", esto parece reflejar también un espíritu de época, algo así como un cambio en nuestra sensibilidad temporal que lleva a reconocer que el pasado ya no tiene la estabilidad que alguna vez tuvo (o que le pudimos conceder). Y a que el futuro ya no opere como faro, promesa, punto orientador, como ocurría en los tiempos en que las vanguardias políticas y estéticas impulsaban los proyectos modernizadores que atravesaron gran parte del siglo XX. No es una idea nueva. Se le pusieron distintos títulos: cambio en el régimen de historicidad, presentismo, crisis de futuro. A veces, posmodernidad. No está claro, hasta aquí, si puede servir para algo más que para exaltar el presente global o para hundirnos en la nostalgia de futuro.

En 2002, el FCE publicó una colección de ensayos de Andreas Huyssen que llevaba por título justamente *En busca del futuro perdido*. Allí se desplegaba lo que parecía entonces sólo una intuición: por detrás de las nuevas polémicas entre historia y memoria y de las cambiantes relaciones entre política y estética, comparecían unas nuevas formas de vivir la temporalidad y el espacio. Además, esas transformaciones se condensaban de manera pobre y reductiva en las consignas culturales posmodernas, aunque ese futuro perdido ya no podía ser reivindicado sólo declarativamente ni deducirse necesariamente de un aprendizaje de la historia.

Hoy Gedisa nos presenta una nueva colección de trabajos de Huyssen que, con el título *Modernismo después de la posmodernidad*, tienen la difícil virtud de "anclar" esas intuiciones en ejercicios de refinada crítica cultural de expresiones literarias y artísticas. Los diagnósticos más generales se transforman en herramientas críticas fecundas y, a su vez, los ensayos sobre obras específicas abonan esas ideas más generales sobre las nuevas formas de pensar la relación entre política y estética, los problemas de la representación, el giro visual, y también la memoria y los futuros perdidos.

Sobre este punto, las coordenadas se precisan. Huyssen no analiza la memoria como facultad, como trabajo, o como imperativo ético. Se concentra en los discursos que expresan, construyen y articulan "políticas de la memoria" que anticipan u orientan (no imponen, y tal vez ni siquiera "manipulan", por lo menos en el sentido de la *mauvais foi* o de la voluntad de no saber) zonas de recuerdo y de olvido, que generan espacios materiales o virtuales de memoria, que inventan o descartan formas y contenidos. Esos discursos son globales en un cierto registro (tropos, recursos y medios expresivos y analíticos), pero siguen siendo locales o nacionales en otro. La dimensión global remite a la difusión, apropiación, traducción e hibridación de y entre recursos estéticos expresivos modernos que se despliegan en un mapa geográficamente ampliado (Huyssen utiliza la idea de modernidades alternativas, tratando de ir más allá de las miopías de los *Cultural Studies*). Se expresa en la conformación de claves o símbolos condensadores (entre los cuales el Holocausto aparece en primer término), y en el universalismo del discurso jurídico de los derechos humanos. En cambio, la especificidad local nos habla de los derroteros específicos de los discursos sobre la memoria (el contexto político, la distancia temporal sobre lo que se quiere significar, los actores que impulsan esas políticas de la memoria, la inscripción de eso recordado en un presente más o menos desorientado). La relación entre ambos registros es siempre tensa. Y ello no porque los discursos globales representen siempre la ideología de los poderosos, o porque su acceso garantizado al mercado sea signo de su perversidad. Tampoco porque las tragedias propias tengan que competir o reivindicar sus credenciales en un torneo mundial de víctimas. Huyssen es cauto en este punto: esos discursos globales (como capítulos de una historia natural de la destrucción, como lucha universal por la afirmación de los dere-

" Huyssen no analiza la memoria como facultad, trabajo o imperativo ético. Se concentra en los discursos que expresan, construyen y articulan 'políticas de memoria'".

chos humanos, como narrativas del Mal, como expresiones del trauma, o llanamente como memorias del dolor que movilizan nuestra capacidad empática) pueden operar como disparadores de la memoria histórica, brindando marcos interpretativos y recursos expresivos. Pero también pueden operar como categorías totalizadoras que se transforman en obstáculos al relato histórico, o que confinan nuestro ejercicio de memoria al espacio exclusivo del sufrimiento y la pérdida. O que simplemente bloquean la percepción de la historia nacional o local, o que condenan *a priori* toda forma de representación (más allá de su reiteración en el discurso de lo inefable y lo irrepresentable).

Se abre así la posibilidad de estudios, caso por caso, de fenómenos urbanos, obras artísticas, textos literarios, que funcionan hoy como medios de la memoria cultural. Estas pistas cobran densidad analítica y contenido erudito en el análisis de obras en las que la memoria no aparece como parte de un mensaje político directo ni el arte como un ejercicio de resistencia, sino como la traducción exitosa a un lenguaje visual de una sensibilidad temporal y espacial transformada. Por ejemplo, en sus análisis sobre los libros de Sebald, Huyssen no elude la revisión de las interpretaciones críticas suscitadas por la obra (victimización de los verdugos, disolución de la culpa histórica en un genérico sufrimiento, el aplauso por lograr mostrar que todos sufrieron en la guerra), sino que coloca esas interpretaciones en una perspectiva histórico-política, utilizando el concepto de trauma como experiencia arraigada en la historia, más que como algo irrepresentable y fuera del tiempo.

Los distintos estudios contenidos en el libro recuperan voces y obras estética e históricamente precisas que permiten al lector encarar las catástrofes del siglo XX sin sentimentalismos, sin ideología y sin abstracción. La idea de "la vuelta de la modernidad" puede discutirse. También la de modernidades alternativas. Pero más que un texto para citar o criticar, tenemos ante nosotros un tipo de ejercicio de crítica cultural que uno quisiera imitar (copiar su espíritu). Sospecho que muchas de nuestras intervenciones en el espacio público tendrían más solidez y fecundidad si las alimentáramos con este tipo de reflexiones. Ello no nos excusaría de la toma de posición (la erudición o el rigor casi nunca lo hace). Pero quizá nos evitaría el recurso fácil a la corrección política o a la liviandad disfrazada de provocación. El libro no nos devuelve los futuros perdidos. Pero tal vez nos abra algunas pistas para que la llamada hipertrofia de la memoria no genere más ceguera sobre el presente y nos ayude, en cambio, a recordar el futuro en general.

Nora Rabotnikof

Dar cuenta de sí mismo
Violencia ética y responsabilidad
Judith Butler

Amorrortu Editores
Buenos Aires, 2009
192 páginas

Un sostenido proyecto filosófico orientado a poner de manifiesto la vulnerabilidad y el carácter precario del sujeto nos regala el pensamiento de Judith Butler. En sus trabajos más recientes, la reflexión sobre la vida, sobre lo humano en la vida, resplandece como eje central en un claro desafío a la formulación del sujeto soberano propia de la modernidad occidental.

Su reivindicación del valor para la vida, para la transformación social, del pensamiento crítico se hace audible con fuerza en su filosofía. Una argumentación sobre el carácter ético y político de su producción intelectual evidencia también su libro anterior *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, donde ya indagaba en la concepción de la ética de Levinas.

En *Giving an Account of Oneself* (edición original de 2005) articula un sentido novedoso de la responsabilidad desde su teoría de la formación del sujeto. Un sujeto del que se subraya su opacidad constitutiva. La primaria relación con la otra, con el otro, es fuente de su opacidad, de su ceguera, de su parcial desconocimiento de sí; también la relación con lo otro que supone el ámbito normativo, donde emerge como tal sujeto. El innovador planteamiento de *Dar cuenta de sí mismo* consiste en reflexionar con lucidez sobre cómo justamente en esta resaltada opacidad del sujeto para consigo mismo es donde residen importantes vínculos que constituyen la vía abierta para su responsabilidad ética. De qué modo este sujeto no autónomo ni plenamente consciente de sí mismo, esta vida nacida en la dependencia, vulnerable y precaria, puede dirigirse hacia el cultivo de una ética no violenta, es una interrogación crucial en la obra de Butler.

En una entrevista del año 2006, Butler comenta que en su obra más temprana, como en *El género en disputa*, se propuso formular una teoría sobre la capacidad de actuar del sujeto que no fuera ni radicalmente voluntarista ni que, por otro lado, permaneciera anclada en un determinismo imposibilitador de nuevas y subversivas

"La innovación de Butler consiste en reflexionar sobre cómo en la opacidad del sujeto para consigo mismo es donde residen importantes vínculos que constituyen la vía abierta para su responsabilidad ética".

acciones por parte del sujeto. En *Dar cuenta de sí mismo*, las tesis centrales desarrolladas en su anterior producción no se abandonan, desde luego. Mas ahora se aborda desde otro ángulo su preocupación por el sujeto y por la noción de lo humano: desde un horizonte que sin dejar de ser social, atento a las convenciones y normas, se adentra en profundidad en la dimensión de la sensibilidad, en el modo en el que somos afectados por otros individuos, de una manera pasiva, no libremente querida, sin que, no obstante, se invalide nuestra capacidad para actuar.

Butler quiso atacar la noción del sujeto autónomo, siempre activo, y frenéticamente activo, nunca afligido, impermeable, invulnerable, al constatar su refortalecimiento en el contexto de los acontecimientos bélicos más contemporáneos. "Desde un punto de vista filosófico –nos dice Butler- la pregunta es: ¿qué significaría reconocer, aceptar, cierto tipo de permeabilidad, cierta manera en la que somos afectados por otras y otros a los que no conocemos o por los que no elegimos ser afectados? ¿Qué significaría entonces repensar el sujeto como un tipo de ser que está atado a los otros, a las otras, desde el comienzo, que es social en ese sentido fundamental?"

Butler insiste en el hecho de que Levinas afirma, aunque él solo alude a la experiencia adulta, que no es posible entender el sujeto sin la mediación de la interpelación de los otros. El psicoanalista Jean Laplanche hace referencia al hecho de que la niña y el niño desarrollan un sentido de sí mismos solo a través de la necesidad de tener que defenderse contra ciertas abrumadoras incursiones por parte de las personas que los acogen y los cuidan. Este enfoque, que da prioridad al otro, implica una precaución ética en contra de los prepotentes ideales negadores de la precariedad de la vida.

Es este un camino diferente para continuar pensando el dominio de lo social. Se trata de reconocer y aceptar que, desde el principio, sufrimos la intromisión de otras y otros, por necesidad. Solo así se puede establecer una base sólida para un sujeto ético y responsable, porque si me empeño en ser un sujeto constitutivamente no afectado por los otros individuos niego mi sensibilidad, esa sensibilidad que es la que me vincula ética y responsablemente a las otras personas.

A través de una puesta en conjunto de reflexiones en muchos sentidos dispares, de Adorno, Foucault, Laplanche, Levinas, Cavarero, Nietzsche, Hegel, defiende Butler en su obra la incapacidad constitutiva del sujeto para dar cuenta cabal y por completo de sí mismo. Un tal sujeto es el resultado de estar relacionado con otros, desde el primer momento, en los niveles no narrables de su formación como sujeto. Y es esta relacionalidad o sociabilidad primaria la que confiere al sujeto significados éticos. Este modo de entender la formación del sujeto, que nos aleja del sujeto moral autocentrado, es el que nos otorga un marco para la respuesta ética no violenta y para una nueva teoría de la responsabilidad. En su distanciamiento del sujeto narcisista, individualista, autosuficiente y violento, este sujeto butleriano se abre a la tarea, que es en definitiva una exigencia primaria, de dejarse deshacer por las otras y los otros, mostrando con ello su disposición para llegar a ser humano. Únicamente desde ese lugar, nuestro dar cuenta, si bien de alcance limitado, puede no ser irresponsable.

Elvira Burgos Díaz

Arquitectura milagrosa
Hazañas de los arquitectos estrella en la España del Guggenheim
Llàtzer Moix

Editorial Anagrama
Barcelona, 2010
288 páginas

La euforia vivida en la pasada década nos hizo pensar que éramos ricos. Los negocios especulativos, particularmente los relacionados con el mercado inmobiliario, dieron un protagonismo desmedido a la arquitectura que la transformó en el recurso ineludible para mostrar poder. La relativa recuperación económica que se dio con el euro y la llegada de fondos europeos impulsaron también un *boom* en la construcción que fue aplaudido en los medios de comunicación y que comportó que la arquitectura y los arquitectos pasasen de ser considerados unos técnicos al servicio de la sociedad a personajes del *star system*. Los ministerios, las autonomías, las alcaldías, las grandes empresas nacionales, las multinacionales, etc., se lanzaron a una carrera desaforada por ser los más originales, los más innovadores y los más visibles, que les llevó a hacer encargos a afamados arquitectos, convencidos de que disponer de un edificio (cualquiera) proyectado por alguna de estas estrellas

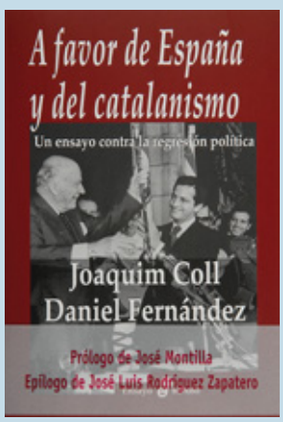
pondría a sus ciudades en el mapa, promovería el turismo y, por tanto, estimularía la economía. Desgraciadamente, sin embargo, este encandilamiento por el arquitecto demiurgo no tuvo en cuenta ni la funcionalidad de los proyectos ni sus costes, ni su mantenimiento, por lo que la crisis nos hace pasar de la utopía a la realidad de una manera drástica, ya que el sistema financiero que sustentaba la construcción se hundió y, por tanto, el 90% de los proyectos en marcha se detuvo en seco.

La arquitectura siempre ha estado aliada con el poder. Sólo hay que recordar las grandes murallas, los templos grecorromanos, las catedrales medievales, los palacios barrocos, las infraestructuras industriales del siglo XIX o las óperas y los museos del siglo XX para constatar que, a lo largo de la historia, el arquitecto ha sido un instrumento al servicio de los poderosos, que encargaban estos proyectos con el objetivo final de transmitir una imagen de grandeza y riqueza. En las primeras décadas del siglo pasado, no obstante, la aparición del racionalismo asoció a la arquitectura unas propiedades (adecuación entre la forma y la función, economía de recursos, valores sociales, claridad estructural y contención estilística), que sólo empezaron a ser cuestionadas con la llegada de la posmodernidad y de los diferentes fenómenos culturales que se dieron a partir de los años ochenta, hasta el punto de que la arquitectura acaba convirtiéndose en sinónimo de espectáculo, de atrevimiento y de pirueta técnica y formal, cosa positiva porque supone un revulsivo y un estímulo para la arquitectura, pero también negativa porque los grandes promotores se dejaron llevar sólo por los caprichos y las modas, olvidando la realidad, una realidad que al final les estalló en las manos.

Es este ascenso y descenso el que con gran lucidez y conocimiento de causa explica Llàtzer Moix en su libro *Arquitectura milagrosa. Hazañas de los arquitectos estrella en la España del Guggenheim*. Moix, crítico de arquitectura de *La Vanguardia* y autor de otros libros sobre esta temática, nos ofrece una extensa crónica estructurada alrededor de diez escenarios que han sido paradigmáticos en esta apuesta por la arquitectura espectáculo. Sitúa el punto de partida de esta aventura en 1997 y en Bilbao, en el edificio que Frank Gehry proyectó para el Museo Guggenheim, original y extravagante, y que por haber sido un éxito –social, cultural y económico–, animó a organismos públicos y promotores particulares de todo el Estado español a seguir esta línea de actuación. Un camino que siguieron otros con acierto o desacierto, como la apuesta megalómana de Valencia por Calatrava, a quien se confió la Ciudad de las Artes y las Ciencias, que desbordó todas las previsiones imaginables, o la descomunal Ciudad de la Cultura de Santiago de Compostela, que Fraga encargó a Peter Eisenman; la Zaragoza de la Expo, ya denominada popularmente "Zahagoza" debido al pabellón puente de Zaha Hadid, auténtico despilfarro de recursos materiales y formales; o las apuestas fallidas de la Barcelona postolímpica, encabezadas por el Fórum 2004, cuya razón de ser aún nadie ha encontrado.

En este repaso no falta Madrid, que al llegar tarde a la carrera convocó aceleradamente al máximo número de arquitectos estrella, lo que le reportó el calificativo de ciudad "plusmarquista", según Moix; o L'Hospitalet, una urbe importante pero suburbial en su arquitectura, que también ha creado un núcleo, la plaza de Europa, en el que concentrar la obra de estos arquitectos mediáticos. Como explica Moix, estos proyectos no sólo se han realizado en las grandes ciudades, ya que en medio de zonas rurales, concretamente en comarcas vitivinícolas, también hay edificios emblemáticos porque los productores de vino decidieron apostar también por arquitectos como Santigo Calatrava, Rafael Moneo o Richard Rogers y les confiaron sus bodegas. El recorrido que nos propone Moix no olvida la frustrada ambición andorrana de participar de este espectáculo ni el caso específico de un pueblo, Palafolls, que si ha conseguido la colaboración de grandes arquitectos, ha sido gracias a la capacidad de seducción y el pragmatismo de su alcalde.

Creo que queda claro que este es un repaso muy bien argumentado de las gracias y desgracias de la arquitectura del último ciclo político y económico del país, pero quisiera subrayar que sobre todo es una llamada en pro de la sensatez arquitectónica, que es imprescindible leer para entender el desbarajuste arquitectónico del que somos víctimas. **Daniel Giralt-Miracle**



A favor de España y del catalanismo

Joaquim Coll y Daniel Fernández

Edhasa
Barcelona, 2010
224 páginas

Publicar en Cataluña, en este año de desgracia de 2010, un libro bajo el título *A favor de España y del catalanismo*, con la pretensión de reanudar el proyecto hispanista del catalanismo, constituye un acto de coraje cívico, lo que siempre es meritorio. Pero si, además del valor del empeño, su contenido resiste

con desahogo el análisis crítico, entonces nos hallamos ante un limpio ejercicio intelectual. Así sucede con el reciente volumen de Joaquim Coll y Daniel Fernández, barceloneses de los sesenta, historiador y político, que han dedicado alguna meditación al sempiterno tema de las relaciones entre España y Cataluña, antaño conocido como "problema catalán", y que hoy merece ser llamado, con pleno sentido, "problema español".

Un libro responde siempre a una idea dominante. En este caso, la idea es nítida: estamos asistiendo a una regresión política, que tiene una doble manifestación. Por una parte, el soberanismo catalán quiere hacernos creer que el pacto de 1978 que alumbró la Constitución y, por consiguiente, el Estado de las Autonomías, ha sido un engaño histórico. Y, por otra, el neocentralismo españolista afirma que las sucesivas descentralizaciones políticas han debilitado la nación española, hasta el punto de que peligran la eficacia del Estado y el uso de la lengua común. Tanto una como otra visión coinciden en dar por muerta la vía autonómica y niegan la viabilidad de su perfeccionamiento federal. Por lo que, ante el previsible choque de ambos añejos nacionalismos, los autores se proclaman hijos de la Constitución de 1978, sostienen una visión crítica, pero optimista, del camino recorrido hasta ahora, y apuestan por una explícita reanudación del proyecto hispanista del catalanismo.

El desarrollo de esta idea parte de la necesidad de construir el discurso de la España plural de finales del siglo XX, una "nación de naciones" que pueda ser "el punto de encuentro –político, cultural y sentimental– entre el catalanismo mayoritario que quiere seguir fortaleciendo a la vez la España democrática y el autogobierno, y un legítimo patriotismo español liberal democrático que sabe integrar la complejidad identitaria y la riqueza cultural como uno de los rasgos sustanciales del proyecto común, que sin duda va más allá de la suma de las partes". En consecuencia, el catalanismo, que históricamente ha sido un factor de modernización y europeización del conjunto de España, continúa siendo hoy un factor constituyente y determinante de la cultura política democrática española. Y ha sido este catalanismo, que ha funcionado como mínimo común denominador de un abanico muy amplio de fuerzas políticas catalanas, el que ha logrado que el siglo XX pueda ser llamado *"el segle d'or de Catalunya"*. Por ello resulta contraria a razón la deriva "soberanista" –pudorosa denominación del independentismo: una *"miqueta"* de independentismo– que proclama "el derecho a decidir de los catalanes como el último gran pilar de la refundación catalanista". Se trata, en realidad, de una evasión. Los autores lo explican de modo certero: el independentismo no puede ser histórico porque le resulta imposible reivindicar el proyecto político del catalanismo decididamente hispanista; tampoco puede ser sociológico, porque choca contra la sólida identidad dual de los catalanes; ni tampoco se atreve a recurrir a argumentos puramente culturales o lingüísticos; razón por la que, en definitiva, se presenta tan solo como una opción funcional mediante la dramatización de una tesis económica neoliberal, según la cual Cataluña es víctima de un expolio económico y de un trato colonial.

La deriva independentista neoliberal es contrarrestada por una embestida neocentralista de esta España que "embiste cuando se digna usar de la cabeza". Una embestida dotada de una profunda carga dramática similar a la del 98, que proclama la racionalidad y modernidad de un liberalismo unitario, bajo el que subyace un centralismo atávico que se resiste a reconocer la realidad, tal y como hace uno de sus teóricos –el profesor Sosa Wagner–, según el cual "nosotros no constituimos una nación de naciones, pero es que, si así fuera, sería prudente no airearlo, porque tales laberintos políticos no han dado precisamente frutos apetecibles".

Así las cosas, Joaquim Coll y Daniel Fernández dicen que "hoy es preciso aclararnos". Y lo hacen así: "Frente al intento de reescribir la historia que pretenden los soberanistas y el inmovilismo regresivo de los neocentralistas, afirmamos que la apuesta coherente del catalanismo es la propuesta por el perfeccionamiento federal del modelo autonómico". Si bien es cierto que, acto seguido, añaden una frase críptica –"por el momento, adviértase que nos referimos a cultura federal y no a federalismo"–, lo que quizá tenga que ver con lo que dicen más adelante: "La aceptación de las asimetrías y de cierta bilateralidad no supone (...) una fuente de desigualdades entre los españoles, sino la aceptación con normalidad de la diversidad hispánica". Todo lo cual les conduce, inevitablemente, a una conclusión un tanto voluntarista: "Sin duda una reforma de la Constitución (...) sería también un buen camino para consagrar esta plena asunción de la realidad que el catalanismo propugna y que buena parte de la sociedad española acepta de grado".

Tres comentarios:

1. Es un recto ejercicio de razón política. Inteligente, honrado y abierto. Comparto su tesis central acerca de la necesidad del desarrollo federal del Estado autonómico, como único medio de oponerse al independentismo y al neocentralismo.

2. No precisa el alcance federal de su propuesta, por lo que veo asomar quizá la patita de la confederación, a mi juicio un proyecto tan imposible como el ensueño centralista.

3. Temo que la racionalidad de su propuesta sea un plato demasiado exquisito para el gusto de los más, hoy estragado por los sabores de menús más contundentes. ¡Sería una lástima!

En cualquier caso, no es un libro vano. **Juan-José López Burniol**

"Los autores se proclaman hijos de la Constitución de 1978, sostienen una visión crítica pero optimista del camino recorrido hasta ahora y apuestan por una explícita reanudación del proyecto hispanista del catalanismo".

“Lletraferits”

Texto **Gregorio Luri** Fotos **Christian Maury**

Un atardecer de la pasada primavera subía yo apresuradamente por Joaquín Costa y para esquivar a dos niños que estaban jugando a estrellar un balón contra una persiana metálica, me di de frente con dos borrachos que doblaban abrazados la esquina de la calle Ferlandina. “No quiero que te vayas –le decía uno al otro–, si te pasa algo soy lo único que tienes”. E inmediatamente entré en el Lletraferit a tomar nota de lo oído. Podía haberme acercado hasta el Negroni, un poco más adelante, donde sirven unos cócteles excelentes, o haber entrado en Casa Almirall, que siempre me ha parecido la mejor taberna modernista de Barcelona, pero entré en la librería-cafetería Lletraferit y al rato salí con un libro bajo el brazo, *S. o la esperanza de vida*, algo así como una novela libremente autobiográfica de Alexandre Diego Gary, hijo de dos padres inmortales y suicidas, el novelista Romain Gary y la actriz Jean Seberg, musa de la *nouvelle vague*. Al leer el libro, aquella misma noche, comprendí que no era casualidad que apareciese varias veces el adjetivo catalán “*lletraferit*” en el relato.

Pocos días después cruzaba el umbral del Lletraferit con la ingenua pretensión de entrevistar a su propietario, Alexandre Diego Gary, buscando información para este artículo. Eva, la chica que parece gestionar el día a día del establecimiento, me aseguró que no podía ser. Alexandre Diego residía en París y no venía nunca a Barcelona. Al abandonar, defraudado, el local descubrí de refilón el reflejo de mi cara en el cristal de la puerta de entrada y me sorprendí por lo mal que me había recortado las patillas. Así que entré en la peluquería Rulo, donde una lituana muy guapa, Irina, me dio dos tijeretazos certeros que no me quiso cobrar y me dejó con una simetría impecable. Ahora cada vez que paso por allí entro a saludarla, porque al Rulo se puede ir también a hablar por hablar. Al pasar de nuevo frente al Lletraferit vi a Eva hablando con alguien en la barra y comprendí que me había mentido. Intenté volver a hablar con ella, pero había demasiada gente y mucho movimiento. Se inauguraba una exposición y un poeta urbano estaba recitando.

El miércoles de la semana siguiente, a las seis en punto de la tarde estaba de nuevo en el Lletraferit. Eva me reconoció que Alexandre Diego reside en Barcelona y pasa con frecuencia por el local. Pero que no concedía entrevistas y ella no podía contarme muchas cosas porque llevaba muy poco tiempo trabajando. Pensé que cualquiera de aquellos clientes sentados en los sofás podía ser el hombre que buscaba. Abandoné el local convencido de la imposibilidad de escribir este artículo. Decidí recluirme en el Almirall, un poco como venganza contra Gary, pero me detuve en el cruce con la calle de la Paloma, al ver un cuadro recién pintado, de grandes dimensiones y de indudable calidad que alguien acababa de colocar junto a los contenedores de basura. Llevaba esta inscripción: “El arte es basura”. Un hombre aproximadamente de mi edad, que había salido del Lletraferit detrás de mí, me

dijo señalando el cuadro: "Es del Pájaro. Hace cosas así y las deja junto a los contenedores, aparentemente abandonadas". "Me parece muy bueno...", le dije. "Sí que lo es –me contestó–. La policía suele llevárselo todo... no sé para qué. Vive por aquí", me dijo, mientras hacía un gesto vago. Y yo, que me proponía buscar a Alexandre Diego Gary, decidí en aquel momento intentar localizar al Pájaro, quizás el artista más singular de Barcelona.

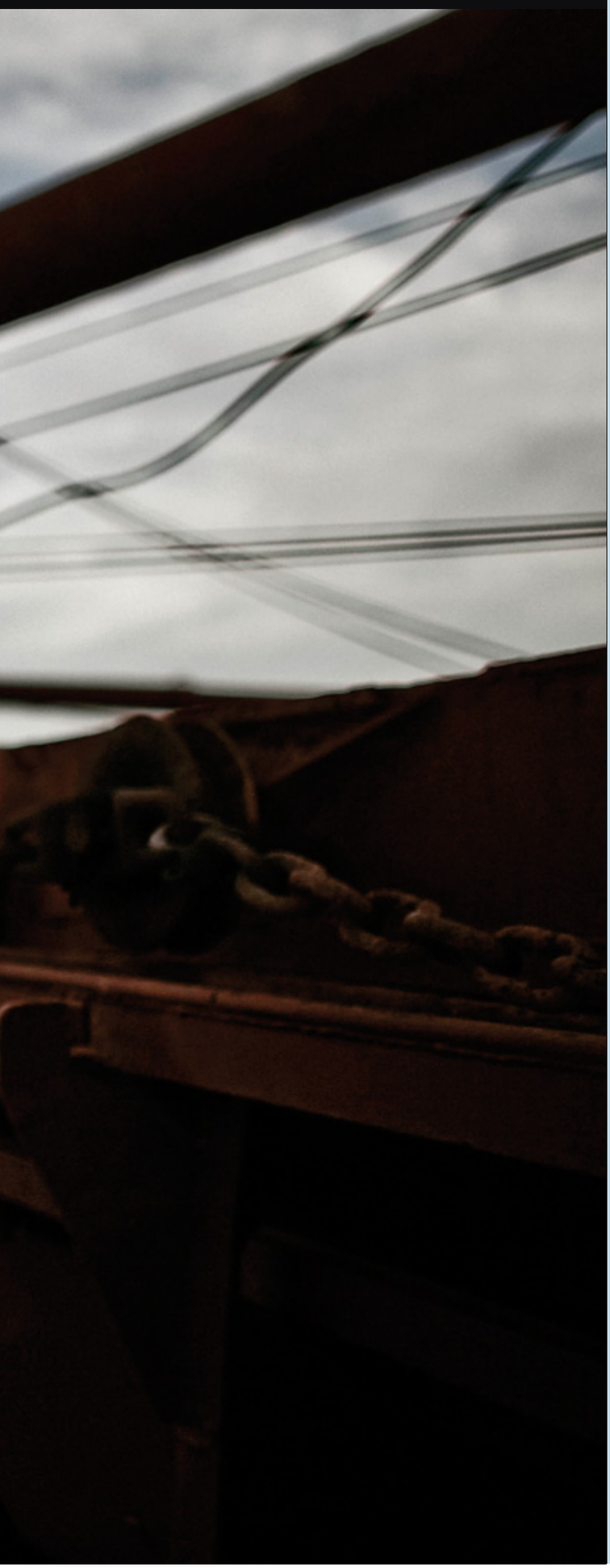
En La Rosa de Foc, la librería anarquista del número 34, no tenían ni idea del Pájaro. Tampoco sabían de él en Foto Isa. Ni en el P-H-R, un locutorio frecuentado por emigrantes del barrio, donde se sorprendieron de que acudiera a ellos con esta excentricidad. Más excéntricos me parecieron a mí sus carteles: "Enviem i recivim fax. Nusaltres parlen ingles. Es fan currculums". También me miraron con desconfianza en la Colchonería Líder. En The dog is hot creyeron que les estaba tomando el pelo. Un poco cansado volví a pasar una vez más frente al Lletraferit. Desde la calle de la Paloma veía las grandes cristaleras y los clientes del interior, bebiendo, leyendo, hablando. El cuadro seguía junto a los contenedores y yo recordé unos versos que escribió Ramon Farrés: "No hi ha ningú darrere els mots: / finestra, espai, música, jo. / Dir el que no veig, l'estela / de mi mateix, silenci. / Darrere els mots no hi ha ni Déu". Tuve que arrimarme a la pared para dejar paso a un hombre que arrastraba un carro de la compra y de esta manera me enfrenté cara a cara con la foto de Mariz Molina Pérez. Al pie de de la foto había este texto: "Próximamente en programa TV 'Cántame una canción'. Todo un orgullo para nuestra comunidad filipina".

Del Pájaro, sigo a día de hoy sin saber nada. Tampoco he conseguido entrevistarme con Gary. He llegado a pensar, incluso, si no será una invención de Joan de Sagarra y de Enrique Vila-Matas. Alguien, a quien tengo por bien informado, me cuenta que Alexandre Diego no tenía que haber nacido. Jean Seberg tenía un contrato con Hollywood que le prohibía quedarse embarazada y tuvo que venir, casi clandestinamente, a Barcelona en 1962 para dar a luz. Pero como no podía nacer, por exigencias del contrato materno, se falseó su partida de nacimiento, donde se asegura que nació en 1963. O sea que sus documentos de identidad no son de fiar. De hecho, todo en su familia es un poco brumoso. Su padre, Romain Gary, se llamaba en realidad Roman Kacew y ganó dos veces un premio que, de acuerdo con las bases, sólo se le puede conceder una vez a un escritor. Me refiero al Goncourt. Pero él lo ganó con dos seudónimos, el de Romain Gary y el de Emile Ajar. Kacew-Gary-Ajar había nacido en el seno de una familia judía procedente de Lituania. Lituana es también la chica que Alexandre Diego conoció en el Schilling de la calle Ferran, y que ahora es la madre de su hija. Y lituana es también mi peluquera preferida.

Cuando Alexandre Diego Gary abrió el Lletraferit, el 8 de marzo de 2003, quiso realizar uno de los sueños de su madre, que en sus últimos años había fantaseado con abrir un restaurante en Barcelona. Ⓜ

El Lletraferit
Café-librería-galería, caracterizado por la versatilidad de sus propuestas. Los lunes, a eso de las 20 h, suele haber recitales de poesía y en las paredes hay expuesta continuamente la obra de artistas diversos. Recomiendo sentarse en los sofás que dan a las cristaleras de la calle de la Paloma y pedir alguno de sus magníficos mojitos o, si se prefiere algo sin alcohol, un granizado de naranja natural o un batido de melocotón. Y, lector, si tienes suerte, saluda a Alexandre Diego Gary de mi parte.

Dirección: Joaquín Costa, 43
Teléfono: 93 301 19 61



Encerrado en el puerto de Barcelona

Texto **Catalina Gayà**
Fotos **Mattia Insolera/Luzphoto**

Muntaz Ahmed, el capitán del barco *Stratis II*, permaneció preso en Barcelona durante diecinueve meses. Muntaz no había cometido delito alguno. La compañía griega Pyxis Shipmanagement abandonó la nave con su tripulación. Durante ese tiempo, en la cabeza de Muntaz solo cabía una idea: regresar a su casa en Pakistán. Durante los diecinueve meses que el capitán estuvo en Barcelona nunca pisó la ciudad más allá del puerto, de Stella Maris (el centro del Apostolado del Mar) y de la Rambla. El 19 de diciembre del 2007, Ahmed llegó a Barcelona con el *Stratis II*, un barco carguero del armador griego Panagiotis Drakopoulos con bandera panameña. En la nave viajaban once marineros, diez paquistaníes y un griego. El barco había partido de Milos (Grecia) cargado de perlita y tenía como destino Barcelona.

Frente a la isla de Cerdeña, una tormenta lo dañó y tuvo que recalar en el puerto sardo de Cagliari. Tras ser reparado, las autoridades italianas solo le dieron permiso para un viaje: descargar en el puerto de destino, Barcelona. El barco se hacía a la mar, de nuevo, el 14 de diciembre a las 19.30 horas rumbo a su destino.

Lo que se lee en las páginas siguientes es una de esas historias surrealistas que ocurren demasiado a menudo en todos los mares, pero que no llegan a la orilla porque pocas veces la gente de la tierra se pregunta qué pasa en el mar; cómo llega esa tele que mira cada día o ese coche que lo lleva al trabajo. El 90% de lo que se utiliza en tierra llega por barco. Unas veces, cada vez más, esos barcos son abandonados a su suerte si hay problemas.

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) apunta que, en los últimos cinco años, 237 marineros han sido abandonados en el Mediterráneo. La OIT calculaba que, entre 2008 y 2009, unos quinientos marineros fueron abandonados en todos los puertos del mundo. Estos son los datos oficiales. Las tripulaciones advierten que pueden ser muchos más, ya que en los puertos africanos no se hace un recuento exhaustivo y es en esos puertos donde hay más tripulaciones a la deriva.

Existe, además, todo un entramado legal que permite el abandono. Los barcos se registran bajo banderas de conve-

> “ La práctica siempre es la misma: algunos ‘tiburones’ navieros constituyen empresas que compran barcos antiguos y enrolan a su tripulación en países pobres a cambio de sueldos irrisorios: el 72% de los marineros provienen de zonas en vías de desarrollo”.

Muntaz Ahmed, capitán del barco *Stratis II*, abre el reportaje en la página anterior. Bajo estas líneas el *Stratis II*, al fondo de la imagen, abandonado en el puerto de Barcelona durante 19 meses. En la otra página, Ricardo Rodríguez, coordinador de Stella Maris, una de las pocas organizaciones que ayudan a las tripulaciones abandonadas.

niencia, es decir, en *países-tapadera* que acumulan los ingresos de las tasas de matriculación, pero no tienen recursos para controlar si los buques cumplen los requisitos legales. La práctica siempre es la misma: algunos *tiburones* navieros constituyen empresas que compran barcos antiguos y enrolan a su tripulación en países pobres a cambio de sueldos irrisorios: el 72% de los marineros provienen de zonas en vías de desarrollo (la mayoría de Filipinas, Indonesia, India, China y países del Este). Su situación, a causa de la crisis financiera, es cada vez más complicada, ya que permanecen más tiempo malviviendo en los puertos a la espera de que el barco se subaste.

Hoy en día, en España, hay dos barcos abandonados con su tripulación, uno en Ceuta –lleva ahí desde octubre– y otro en Valencia. En Estambul, al mismo tiempo que Muntaz esperaba a que algo pasara en Barcelona, dos marineros abandonados se suicidaban. La misma soledad en los dos extremos de un mar circular. La crisis en el mar, según Ural Çagariçi, inspector del sindicato International Transport Federation (ITF), se nota más que nunca. ¿Cuánto? “Yo no viví la de 1929”, era su respuesta en su oficina de Estambul (Turquía).

Muntaz Ahmed es solo uno más de los centenares de marineros abandonados a su suerte en ciudades como Barcelona, Civitavecchia, Estambul, Alejandría, Ceuta, Alicante, Gibraltar. En junio de 2009, cuando Muntaz Ahmed malvivía en el puerto de Barcelona, había siete barcos a la deriva en los puertos españoles: setenta hombres abandonados. Algunos ni siquiera podían pasear por las ciudades. Vivían en el limbo. En cada puerto la misma historia; en cada barco, hombres desesperados hasta tal punto que ha habido suicidios.

Solo un sindicato, ITF, y algunas organizaciones religiosas –en Barcelona, Stella Maris– ayudan a las tripulaciones abandonadas. Algunas veces les proveen de comida, de combustible, les asesoran legalmente o incluso presentan una opción de arresto del barco.

La llegada a Barcelona

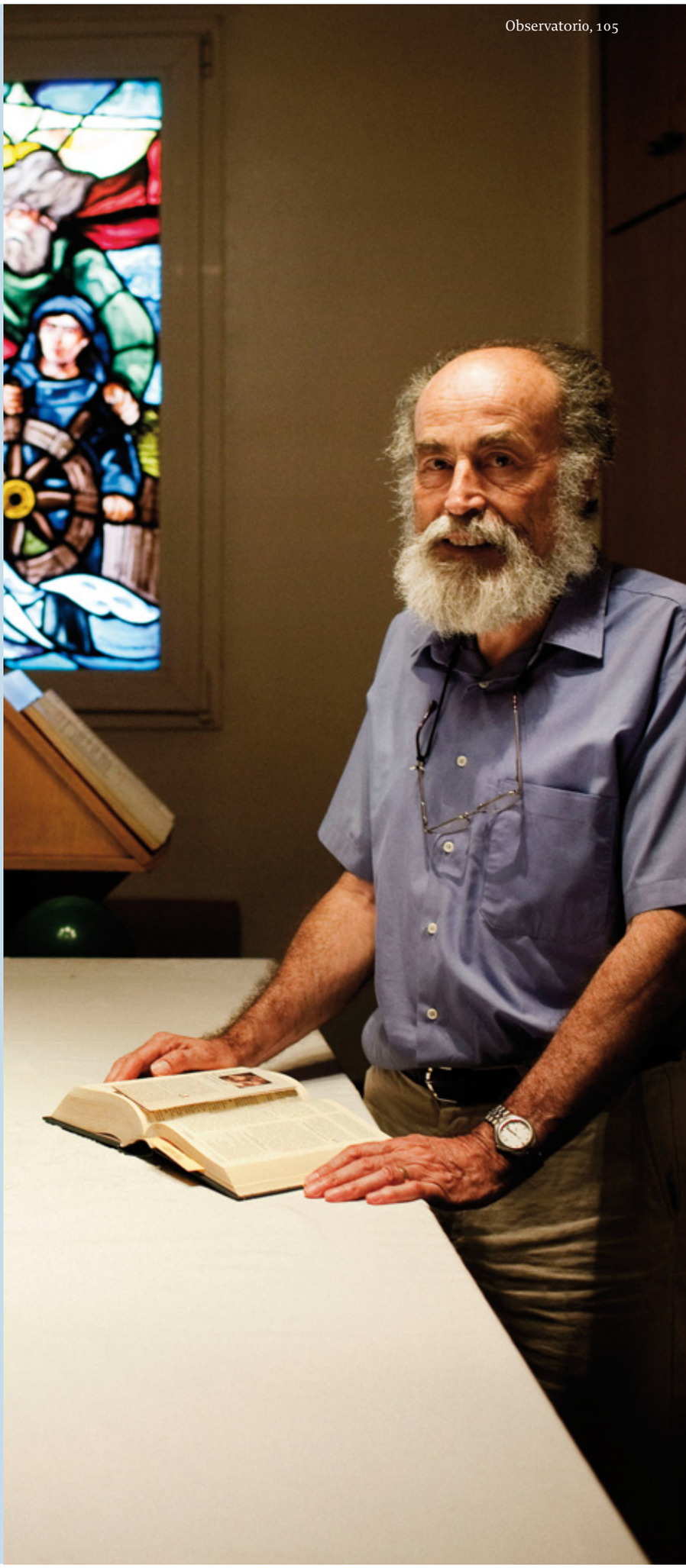
El 19 de diciembre, el *Stratis II* llega con dificultades a Barcelona. Hay que achicar agua de la cubierta. Muntaz Ahmed tiene el rango de primer oficial. El 26 de diciembre, la nave queda retenida hasta que se haya reparado. El operador, Vasilis Stravos, argumenta que es Navidad y no llega a Barcelona. La tripulación denuncia su situación al sindicato International Transport Federation (ITF). Joan Mas, el inspector barcelonés, se encarga del caso. Ricardo Rodríguez, el coordinador de Stella Maris, les ofrece cobijo. De momento, Muntaz no quiere nada; confía en el armador. Las lógicas del mar y de tierra, de nuevo, se evidencian como opuestas. ¿Alguien en tierra seguiría confiando? Quizá no. En el mar, todo el mundo.

Esa *confianza* se explica porque el proceso de abandono es engañoso: durante meses los marineros dejan de percibir su sueldo. El armador les promete que les pagará más adelante y, mientras, les envía comida y combustible. Poco a poco, llega menos comida, menos combustible. Luego, la nada. El armador se esfuma y los tripulantes se aferran al barco como última opción para cobrar su sueldo cuando éste sea subastado.

Hay más. Para los marineros dejar su barco no es tarea fácil. Ellos son hombres de mar, tienen una relación orgánica con su nave –que siempre es ella– y, además, llegar a casa con las manos vacías ante esposas endeudadas es peor que permanecer en la nave. En el mar viven en un mundo de hombres con reglas de hombres y con un cargo que les da una posición, unas reglas claras a las que atenerse. En la orilla, confesaba un capitán, son solo "el esposo, el padre, el hijo".

Desde diciembre, la tripulación del *Stratis II* se acomoda como puede en el barco; hace tres meses que no cobra y quedarse en la nave es lo único que los liga al armador. Muntaz lleva veinte años en el mar y conoce a otros marineros que han pasado por lo mismo. Si se van del barco, se quedan sin los sueldos y, lo peor, las familias no pueden devolver los créditos que han pedido para sobrevivir en estos meses. Si lo denuncian, pasan a formar parte de las "listas negras" y no volverán a recibir una oferta de trabajo. Es diciembre, aún tienen comida y combustible.

El 16 de febrero, el que hasta ese momento era el capitán del *Stratis II,* y el único no paquistaní, regresa a Grecia. Muntaz, enrolado como primer oficial, asume el cargo de capitán. No hay noticias del armador. En marzo, el operador llega a Barcelona y seis de los marineros son repatriados. Hay una nueva promesa: el barco se reparará. Muntaz ve en esas palabras una muestra de buena voluntad de la compañía. Es marzo, hace frío y la comida escasea. Muntaz Ahmed se repite: "Yo soy el hombre del armador en Barcelona". El capitán deja el tabaco; ya no hay dinero para cigarrillos. Se refugia en la religión.



> “ Soledad, obsesiones, hambre, desamparo, su mujer, su padre enterrado en septiembre. Muntaz está amarrado psicológicamente a la nave. La relación de un capitán con un barco es orgánica”.

En marzo, el armador había repatriado a otros cuatro marineros. En el barco quedaban Muntaz, el jefe de máquinas, el cocinero y otros tres marineros. En abril, no sabían nada del armador; ya no tenían comida. Sobrevivían. Al atardecer iban a buscar maderas abandonadas por el puerto con las que encender hogueras para no pasar frío, para cocinar.

Tres marineros no lo soportan y se pierden en la ciudad. La rutina en el *Stratis II* se convierte en un infierno. En junio, los únicos tres integrantes del barco empezaban a pelearse entre ellos. La refrigeración no funcionaba. Las autoridades del Puerto de Barcelona les abastecían de electricidad. El 6 de agosto, el propietario del barco, Pangiotis Drakopoulos, les enviaba dos tanques de combustible. Muntaz lo leía como una nueva señal de que no los había abandonado.

En octubre, la relación entre los tripulantes se había deteriorado hasta tal punto que el cocinero se tiraba al cuello del capitán. ITF lo repatriaba. Stravos visitaba Barcelona y ofrecía dinero al jefe de máquinas y al capitán. Como capitán, Muntaz se consideraba responsable de la tripulación y le daba la paga a su subordinado. El capitán se quedaba solo en el barco. Empezaba la locura. Estaba solo. Mir, uno de los tripulantes que se buscaba la vida en el Raval, dormía de vez en cuando en el barco. Era la única persona con la que se comunicaba.

Soledad, obsesiones, desamparo, hambre, su mujer, su padre enterrado en septiembre en un sepelio al que él no pudo asistir. Muntaz está amarrado psicológicamente a la nave. La relación de un capitán con un barco es orgánica. En noviembre, muy cansado, comunica a las autoridades que abandonará la nave. En diciembre, Ricardo Rodríguez le ofrece una habitación. No es la primera vez que Ricardo vive una situación así en la ciudad. En su oficina, hace recuento de los barcos abandonados en Barcelona. Al menos, dice, ha habido cuatro en la última década.

En junio, sentado en una salita de Stella Maris, Muntaz decía no entender cómo no se dio cuenta de que lo estaban engañando. “Estaba ciego. El señor Stravos me dijo que estaba trabajando y yo le creí. Mi familia se ha endeudado en mi país por mi culpa”.

En la cafetería, un grupo de viejos pescadores se reunía y sacaban la guitarra para improvisar una parranda entre viejos compadres. Cantaban canciones de marineros, de tierras que no habían visto, de esa Cuba que se perdió o de ese barco que sí llegó. Muntaz no cantaba, pero los escuchaba fascinado. De estar solo había pasado a tener el cariño de Ricardo Rodríguez, de la monja bajita y sonriente que le hablaba por gestos, del peluquero que acudía cada viernes y les cortaba el pelo sin tener que pagar. Además, con su portátil, podía conectarse con su mujer. Muntaz empezaba a lamentarse por no haber aprendido castellano ni catalán. Él estaba de paso. Cada día esperaba irse al día siguiente.

La Barceloneta

“¿Dónde está mi barco?”, pregunta Muntaz Ahmed. El día que el capitán nos acompañó al muelle, el barco había desaparecido. Las Autoridades Portuarias lo habían trasladado al muelle de Llevant. Muntaz no podía creerlo: tras diecinueve meses viéndolo cada día, ahora el barco no estaba.

El traslado hizo que Muntaz saliera de Stella Maris. Llegó a la Barceloneta, un barrio que nunca había pisado, y se convirtió, por unas horas, en un turista. En un restaurante, ni el camarero ni los comensales podían creer su historia. “¿Qué podemos hacer, capitán?”, preguntaban. Hasta la activista de la Barceloneta Emília Llorca buscaba una salida. No se podía hacer nada. Un grupo de músicos búlgaros le dedicaban unas canciones. Él sonreía.

La única opción: la subasta. Por ley, de ese dinero él debía obtener los sueldos atrasados. El 28 de enero de 2009, las autoridades habían declarado abandonado el *Stratis II* y lo habían puesto a subasta: 87.000 euros. Al final, nunca se pudo celebrar esa puja por causas formales. Fuentes del sec-

A la izquierda, la tripulación del *Rohne* habla con José Manuel Ortega, inspector del sindicato International Transport Federation (ITF). El barco sufrió una avería grave en la quilla en el puerto de Vizcaya. El capitán quería continuar hasta Turquía, pero la tripulación, con el primer oficial Hüsseyin Arslan a la cabeza, se amotinó y decidió recalar en Ceuta. A la derecha, otra imagen del capitán Ahmed en la cubierta del *Stratis II* en Barcelona.

tor que prefieren no dar su nombre afirman que detrás de la invalidación de la subasta está la empresa que abandonó el barco. Su intención: recuperarlo a un precio irrisorio.

La desesperación

El 26 de junio, el capitán Ahmed escribe a esta periodista un *mail* muy duro. En él, dice que se siente demasiado afectado. Solo Stella Maris y la gente de Ricardo Rodríguez lo han apoyado. Unos días después, otro *mail*: el capitán pide disculpas. Tras 578 días desterrado en Barcelona, Muntaz empieza a quebrarse. Es consciente de ello.

En Stella Maris ocupa la habitación 18. De vez en cuando, aparecen dos marineros abandonados. Ellos no quieren ruido de prensa. De hecho, viven mejor en el barco que como marineros, o eso dicen. No quieren ni dar su nombre.

El 21 de julio se fijaba como la nueva fecha para subasta que permitiría a Muntaz regresar a Karachi. En un *mail* irónico, el capitán Muntaz decía no saber el año de ese 21 de julio, pero esperaba que fuera el 2009. "Reza por mí", pedía. Mientras, Panagiotis Drakopoulos, el armador griego, desapareció literalmente del mapa. Ni contestaba al teléfono ni a los *mails*. Esta periodista llamó a Grecia. No sabían nada de él. Le dieron otro número, de Panamá. Ahí le dieron un número de Singapur. Todo el tiempo comunicaba. Luego, una voz metalizada indicaba que ese número no existía.

Muntaz acabó repatriado gracias a la ayuda que le brindaron Stella Maris, ITF y las autoridades del puerto de Barcelona. El *Stratis II*, la nave de cargo, fue subastado. Quizá en este momento haya otra tripulación abandonada en esa nave en algún puerto del mundo. ITF no puede confirmarlo, ya que con frecuencia estos barcos cambian de nombre. Nadie asegura tampoco que el nuevo armador no fuera el mismo que el que abandonó a Muntaz, pero con otro nombre.

De hecho, en un piso de Barcelona, un contratista que prefiere mantenerse en el anonimato aseguraba que ese barco estaba abandonado en otro puerto. "¿Existe el armador?", era la pregunta. "Existe y está en su casa", decía. La entrevista se celebraba en una vía importante de Barcelona. El despacho era la entrada a un mundo poco conocido en Barcelona: el puente entre la ciudad y el mar.

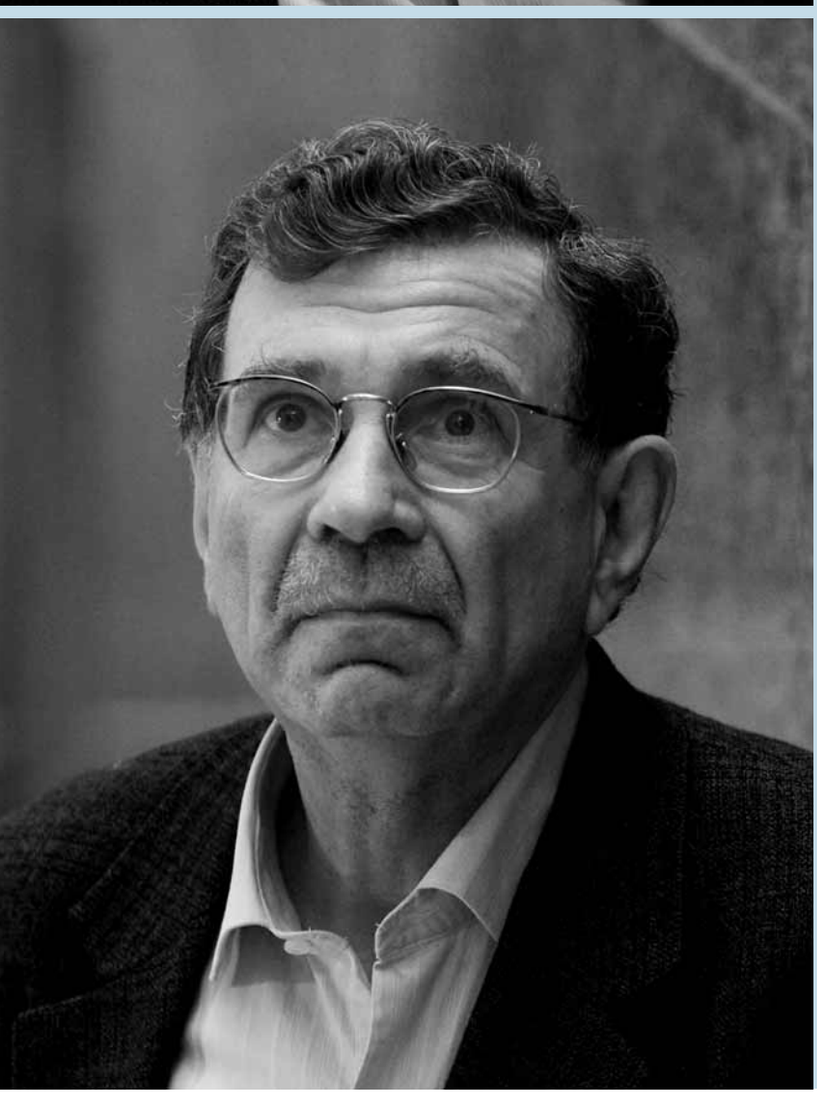
Ahmed regresó a Paquistán al día siguiente de la subasta. El último *mail* es de febrero: ya tiene una hija y adoptó otra. Con el dinero pagó las deudas y ya está enrolado en otro barco; esta vez ha contactado con ITF para saber si el armador es fiable.

En Barcelona ahora no hay ningún barco abandonado. Aun así son varios los marineros que han vivido la experiencia y que pueden contar lo mismo que Muntaz. Ricardo Rodríguez se acuerda de varios.

Hüsseyin Arslan recala en Barcelona. Él vivió lo mismo que Muntaz, pero en Ceuta. En el *Rhone* malvivieron dieci - ocho tripulantes turcos durante cuatro meses. Él casi se vuelve loco. En diciembre, regresó con su propio dinero a Turquía, su país. Su hermano se casaba y él tenía que ir. Perdió el derecho a sueldo y casi pierde a su esposa. Al cabo de tres meses estaba de nuevo en el mar. Le llamaba el mar y tenía demasiadas deudas. Lo conocí en Ceuta, llegué a su barco como llegué al de Muntaz.

En febrero pasado, en Estambul y trabajando con otras tripulaciones abandonadas, me recibió en su casa. Había perdido pelo. Se embarcó mientras yo trabaja con una tripulación rusa en Kartal, Turquía. "Reza por mí", pidió como había hecho Muntaz. Ahora, en la Rambla, dice sentirse aliviado. Todo funciona, de momento. Ural Çagariçi, de ITF Estambul, lo tenía claro en febrero: "Una vez puedes soportar la situación de abandono; dos, no". Hüsseyin y Muntaz están ahora mismo en alta mar. Ⓜ

Gayà e Insolera llevaron a cabo este trabajo gracias a la ayuda del CoNCA que les otorgó una beca en 2009.



Carlos Pereda

“Cuando la desconfianza se convierte en naturaleza nos impide ser críticos”

Entrevista **Alicia García Ruiz**
Fotos **Pere Virgili**

Carlos Pereda es una de las voces más destacadas del panorama filosófico mexicano actual. Uruguayo de nacimiento y exiliado, es miembro del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM (México) y ha sido profesor invitado en varias universidades de América y Europa. Ha ocupado la presidencia de la Asociación Filosófica de México y de la Sociedad Interamericana de Filosofía. En 1998 recibió el Premio de la Universidad Nacional Autónoma de México en Humanidades. Durante el otoño de 2009, fue el investigador invitado a realizar una estancia de investigación y docencia en la Universidad de Barcelona, en el marco de la Cátedra Joaquín Xirau.

Ha publicado, entre otros, los libros *Debates* (1989), *Conversar es humano* (1991), *Razón e incertidumbre* (1994), *Vértigos argumentales. Una ética de la disputa* (1994), *Sueños de vagabundos. Un ensayo sobre filosofía, moral y literatura* (1998), *Crítica de la razón arrogante. Cuatro panfletos civiles* (1999), *Los aprendizajes del exilio* (2008) y *Sobre la confianza* (2009), así como numerosos artículos en revistas especializadas.

Todo el mundo parece “tener razones” suficientes para pretender “tener la razón”. Existe superabundancia de razones que a menudo se obstaculizan entre sí. Si alguien no versado en filosofía le preguntara a usted, que ha escrito sobre la racionalidad y la argumentación, si la razón tiene siempre razón, ¿qué le diría? ¿Qué candidatos a fuentes de la razón tenemos hoy?

Hoy mucha gente, en efecto, cree que “tiene razones”, pero habría inmediatamente que corregir: muchos creemos que tenemos razones, pero hay que distinguir entre “tener razones” y “creer que uno tiene razones”. Ahora bien, alguien podría preguntar: “¿cómo hacer tal distinción? En primer lugar, habría que aclarar que una razón no es nunca “una razón para ti” o “para mí”, es decir, si yo introduzco una razón cualquier persona podría entenderla si es que es una buena razón. En segundo lugar, cuando una persona da una razón está admitiendo, en algún sentido, al menos en principio, que otra persona pueda dar una razón en contra. En otras palabras: introducirse en el ámbito de las razones es penetrar en la práctica de defender las razones que uno da, escuchar las razones en contra y aceptar que nos corrijan. Todas estas prácticas que aparentemente resultan tan sencillas no lo son para nada, porque implican, también, entre otras dificultades, llevar a cabo lo que los franceses del siglo XVIII llamaron una “educación sentimental”.

¿Por qué?

En general, bloqueamos la argumentación o el dar razones con nuestros vicios, pasiones, prejuicios, odios. Precisamente, la práctica de argumentar implica el que uno ejerza algo así como “el arte de interrumpirse” en las pasiones, en los prejuicios. Este arte invita a que uno deje de entusiasmarse un poco con lo que uno se entusiasma demasiado, mitigue sus creencias más arraigadas y trate de escuchar cuál puede ser la verdad o el valor de la razón que se nos ofrece. Las prácticas de argumentar pueden resultar más complicadas de lo que uno cree tanto a nivel individual como social, pues, a menudo, en lugar de escuchar un argumento con paciencia y seguir sus difíciles caminos, simplemente se está a favor o en contra de algo.

En las culturas políticas actuales hoy se habla de una especie de “giro hacia la experiencia” a la hora de argumentar una serie de razones, de modo que uno o una argumenta “desde su experiencia” y no tanto, o no solo, desde un procedimiento de elaboración racional de argumentación. Ahora bien, ya que ha hablado de la “educación sentimental”, ¿hay una cierta razón en nuestras emociones?

Toda emoción tiene un contenido cognitivo. Ese contenido, a menudo, es enturbiado por una impregnación demasiado individual de nuestra biografía. Por eso, a veces, nuestras emociones nos abren mundos y otras, en cambio, nos los cierran. De ahí que tenemos que estar muy atentos cuando se da lo primero y cuando de alguna manera nuestras emociones se vuelven nuestros obstáculos. En el segundo caso, hay que recurrir al “arte de interrumpirse”, por ejemplo, saber

"Introducirse en el ámbito de las razones es penetrar en la práctica de defender las razones que uno da, escuchar las razones en contra y aceptar que nos corrijan. Argumentar implica ejercer 'el arte de interrumpirse' en los prejuicios".

escuchar a los otros. Últimamente, se percibe la tendencia a hablar "desde el punto de vista de X nación, Y identidad, Z religión". Frente a eso, lo primero que uno debería decir es: "Al menos en este momento de la argumentación olvídese de quién es usted y discuta sobre la cosa misma. Intente dar los argumentos que usted considere que son los mejores sobre este asunto. Luego ya se podrán retomar esos puntos de vista". Todo lo que tiene que ver con la palabra-imán "identidad", tanto identidades individuales como colectivas, ha producido esta sobrecarga de discursos de la diferencia a los cuales se les antepone el punto de vista, el enunciado "yo opino X desde este punto de vista". Por consiguiente, no es una mala idea volver a recordar el lema "reason before identity" (razón antes que identidad).

Estamos en culturas que a menudo promueven una cierta forma de violencia de lo evidente, apelando al argumento de que "las cosas son así más allá de cualquier punto de vista y no hace falta mayor argumentación." ¿Qué pasa cuando se apela a la fuerza, incluso a la movilización de pasiones violentas ante el marasmo de la argumentación, en sociedades democráticas en las que parece que la argumentación ha caído en círculos viciosos?
En primer lugar, la argumentación es una práctica que hay que cultivar. Nuestra actitud más natural sería hacer las cosas de acuerdo a nuestros instintos y deseos, dejándonos llevar por ellos. Es decir, hay siempre como una especie de esfuerzo para intentar ir contra nuestros sobrentendidos, en contra de nuestras confianzas más arraigadas e introducir en ellas algo así como esos "agujeros" que son las preguntas críticas. En segundo lugar, obviamente, hay una fascinación por la violencia –no solo por la violencia de lo evidente– aunque constantemente hacemos discursos por la paz o la convivencia. Si rasgamos un poco esos discursos, veremos que en la mayoría de nosotros hay una cierta atracción por la violencia, que en los momentos admirables se expresa, por ejemplo, en nuestro gusto por la épica, por la aventura heroica.

¿Por la épica de la fuerza?
Sí, sin duda. Al respecto hay una larga genealogía que, por ejemplo, nos remite a Nietzsche. Tanto en él como en figuras tan profundas pero en varios sentidos tan diferentes como Borges, vemos como junto a los esfuerzos de la reflexión hay a la vez un movimiento de desprecio de la misma. Eso en Nietzsche es claro, pero también en Borges. Detrás de tanta erudición, de tanto Berkeley o Schopenhauer, hay una atracción irresistible por una lucha a cuchillo en un descampado.

Parece un lugar compartido creer en las virtudes de la argumentación en política, hasta el punto de ser algo sustancial a la política misma tal y como la entendemos modernamente. Ahora bien, ¿dónde queda el valor de la argumentación cuando algunos son convocados pero otros son estructuralmente excluidos de la palestra de discusión que es la esfera pública? Ya que usted tituló precisamente un libro suyo *Conversar es humano* (1991) ¿se le puede preguntar "por qué seguir hablando"?
Respecto del silencio me gustaría recordar una indicación de Sor Juana: "Para que el silencio cobre sentido, uno tiene que hablar mucho". De lo contrario, el silencio no es significativo, no es nada. El silencio dice cuando está "encuadrado por palabras". La mera mudez no es más que una manera de otorgar, como dice el refrán.

Entonces, ¿el silencio sería el acto de interrumpirse de la propia democracia?
Sería parte, pero cuando se hace en el trasfondo de las muchas palabras. En relación con lo que se ha aludido como una especie de "cansancio" de la democracia, habría que recordar dos cosas importantes. Una es que, a menudo, cuando hacemos una objeción nos olvidamos de preguntar lo más decisivo: cuál es la alternativa que propongo a eso que critico, cuál es la alternativa de persona o de comunidad a eso contra lo cual protesto. Está la protesta puramente protesta que, por así decir, se engolosina en simplemente decir "no". Pero a menudo esa protesta lleva por el peor camino posible. La protesta realmente fecunda es la que en el movimiento mismo de la protesta introduce una alternativa. En política, cuando alguien protesta, la pregunta inmediata debería ser: ¿cuál es su alternativa? Se conoce: "La democracia es el menos malo de los regímenes políticos que se nos ha ocurrido inventar a los humanos". Si usted protesta contra ella, dígame qué otro régimen mejor me propone. Seguramente, usted se equivocará. Además, frente a cualquier protesta conviene tener en cuenta que, a juzgar por lo que el siglo XX nos ha enseñado, solo deberíamos admitir en la discusión política propuestas que tiendan a disminuir la crueldad.

En esta propuesta podrían surgir algunos problemas...
Hay momentos en los que claramente convendría cambiar de rumbo, hacer una interrupción del camino que estamos siguiendo. La dificultad es que a menudo esas interrupciones pueden ser aprovechadas, como pasó en el siglo XX con Hitler, Stalin y tantos dictadores. No olvidemos nunca: ninguna interrupción de un curso de acción adoptado debe, a su vez, olvidar la posibilidad del desacuerdo.

¿Se podría decir que tendríamos que estar de acuerdo sobre el desacuerdo mismo?
Exactamente. Eso implica, de nuevo, aprender lo que es parte de una cultura de la argumentación, que es que nadie tiene la última palabra sobre nada. Algunas discusiones no se pueden abrir de nuevo, porque simplemente hay que actuar. Pero otras, sobre todo las discusiones políticas que atañen a planes a largo plazo, siempre se pueden reabrir y siempre se pueden proponer como un cambio de rumbo.

En relación con las discusiones acerca de la vía para articular los pro-

yectos colectivos, ¿se requiere confianza? Usted ha escrito un libro llamado precisamente *Sobre la confianza* (2009). Parece que tenemos que repensar qué significa la confianza tanto en el ámbito interpersonal como institucional. ¿Cómo enfoca usted esta necesidad?
Por un lado, podríamos definir esos animales que somos como "animales de confianza". Vivimos confiando. Es esencial que yo confíe en cosas tan elementales como que en este momento la estoy viendo a usted, estoy apoyado en esta mesa, estoy entendiendo sus palabras. Por supuesto, todos en esta vida tenemos experiencias de fracaso, de expectativas que no se cumplen. Por ahí se cuela la desconfianza. Hay una desconfianza sana y útil. Es algo así como el preámbulo de la crítica, puesto que toda pregunta crítica surge de una desconfianza. Una persona o una sociedad sin crítica acaban mal. Sin embargo, la desconfianza puede convertirse en patológica. Se podría hacer una distinción entre una desconfianza motivada, que uno debe tener en cuenta de situación en situación, y una desconfianza inmotivada que paraliza. Lo que sucede entonces es que cuando la desconfianza se convierte en naturaleza nos impide ser críticos. Hay un juego inestable entre la desconfianza y la confianza. Uno no se puede quedar inundado por la desconfianza, tiene que intentar siempre algo así como multiplicar las situaciones donde poder recomenzar. Esto es así tanto en la vida individual como en la vida pública, y hay pasadizos secretos, más numerosos de los que uno cree, entre ambas. Por ejemplo, entre recomenzar en el nivel personal y hacerlo en el nivel público. Sin embargo, con frecuencia nuestras indignaciones se equivocan de objetivo. A veces, sentimos desconfianza de un partido político cuando en realidad estamos angustiados por una crisis económica que solo tiene que ver vagamente con lo que puede hacer ese partido. En circunstancias como estas una función de la argumentación es aclarar cuál debería ser el objeto de nuestra protesta.

Para que sea operativa una cultura de la argumentación, ¿no es necesaria antes una cultura de confianza (empezando por confiar en la posibilidad del disenso mismo)? Si yo no confío en sus razones, no voy a poder argumentar y conversar con usted. Si examinamos los discursos de muchos movimientos sociales, vemos que hay una creciente desconfianza hacia el tipo de diálogo que se les ofrece desde las instituciones políticas. ¿No es éste un problema que debe pensarse precisamente si se defiende una cultura de la argumentación?
La pregunta se puede entender desde el punto de vista de lo que deberían hacer los que interpelan y, también, de lo que deberían hacer los interpelados. Por decirlo muy vagamente, cómo deberían enfocar este problema los partidos políticos, por un lado, y cómo deberían hacerlo los ciudadanos que no se sienten interpelados por ellos, por otro. En ambos casos, creo que haría falta un profundo acto de interrumpir los sobrentendidos de ambos lados. Por ejemplo, los partidos deberían preguntarse: "¿Estamos haciendo algo mal?" Si todos opinan así, tal vez sea un indicio que obliga a revisar nuestros modos de actuar, porque seguro que algo estaremos haciendo mal. En cuanto a los ciudadanos, estos tendrían que cambiar de lugar abandonando la posición de víctima. Ya reconvertidos en agentes, los ciudadanos deberían preguntarse: "¿Qué estamos nosotros también haciendo mal? ¿Cuáles son nuestras posibilidades de actuar en estas circunstancias? Nuestra propuesta, ¿es articulada o solo se plantea como rechazo? ¿Cuál es la alternativa que se está proponiendo?" Por supuesto, en la práctica las soluciones pueden ser muy complicadas.

¿Está planteando esto desde el país donde usted trabaja, México?
Como siempre sucede con las reflexiones muy generales, cuando uno habla de política o de violencia, hay una relación inestable entre los conceptos abstractos que uno usa y la instanciación de esos conceptos en nuestra experiencia concreta. Las aplicaciones siempre dependen de nuestra circunstancia social y personal, por ejemplo, nuestra participación en diversas labores que van, en mi caso, desde ser profesor en una universidad pública hasta ser ciudadano de cierto país. Siempre vivimos en esa tensión. Me parece un desatino creer que de algún modo podemos eliminarla. Somos capaces de aplicar "mecánicamente" ciertas ideas abstractas a situaciones concretas, pero también podemos entender las situaciones más particulares sin tener en mente un horizonte más o menos abarcador.

Vayamos a una experiencia concreta, la del exilio. Usted ha tratado en un ensayo, *Los aprendizajes del exilio* (2008), la experiencia del exilio como lugar desde el que pensar. Desde su experiencia ensayística y personal del exilio, ¿qué conocimiento gana la mirada desplazada del exiliado?
En ese libro yo distingo tres maneras de vivir el exilio: como pérdida, como resistencia, como recomenzar. Pero esas experiencias no se agotan en sí mismas, responden a motivaciones que impregnan toda vida humana. Lo interesante de pensar el exilio, así como también de pensar muchas otras experiencias, es que son representativas de situaciones sociales más o menos generales, de modo que se producen iluminaciones recíprocas. Por ejemplo, pueden cobrar un sentido diferente movimientos como los de la inmigración. Cuando se vive la vida a partir de cambios bruscos, se vuelven más visibles modos de reaccionar y de vivir de lo que lo son en la biografía de una persona que ha vivido toda su vida en un lugar, con los mismos amigos, con el mismo trabajo. No digo que la experiencia sea más profunda, porque a veces en vidas en las que aparentemente no pasa nada pasa todo. Algunos grandes novelistas nos han enseñado eso.

Quiere decir que estas experiencias límite nos sacudirían de nuestros presupuestos...
En *Los aprendizajes del exilio* lo que trato de esbozar es algo así como una "dialéctica interna" entre perder, resistir, recomenzar, si es que esto no suena demasiado pedante. Quiero mostrar que amurallarse en cualquiera de esas actitudes –perder, resistir, recomenzar– puede terminar distorsionando nuestra vida. Encerrarse en la pérdida puede volvernos fantasmas de nosotros mismos, pero no reconocer las pérdidas o no ser capaz de dolernos de ellas nos vuelve insensibles, nos pasma. A su vez, no resistir puede llegar a volverse un movimiento de despersonalización. Claramente, ser persona es en alguna medida poder decir "no". Sin embargo, la resistencia también tiene el peligro de "casarnos" con lo que resistimos. Es conocido que quien odia a la larga comienza a parecerse a lo que odia. Lo mismo pasa con recomenzar. Es maravilloso ubicarse en situaciones del tipo "estar en el umbral". No obstante, no podemos negar que a medida que pasan los años vamos teniendo una vida, un pasado que nos condiciona. Para bien y para mal, no podemos nacer de nuevo todos los días. A lo largo de nuestra conversación, como usted puede ver, volvemos una y otra vez al arte de interrumpirse. Todas estas experiencias –perder, resistir, recomenzar– para no distorsionarse, tienen en algún momento que abrirse a los otros tipos de experiencia. De diversas maneras, la máxima "siempre es bueno más

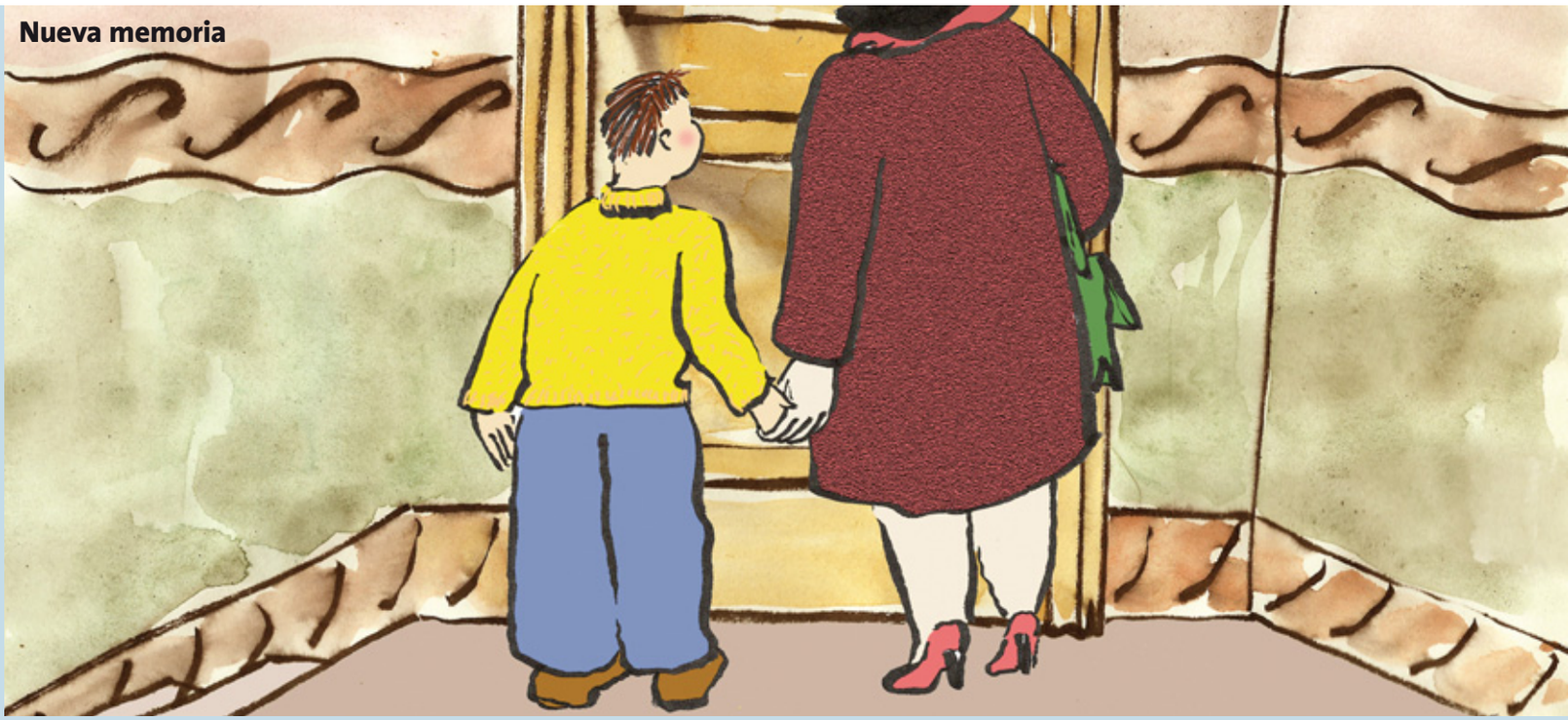


Ilustración: Lluïsa Jover

Visitaba en Pau Claris, creo

Texto **Jordi Llavina** Escritor

A mediados de los años setenta un niño de provincia sólo iba a Barcelona a comprar zapatos –unos zapatos especiales– o a hacerse revisar por un médico –un médico también especial–. No era difícil encontrar zapatos comunes en la tienda de Ca les Noies, ni curarse un resfriado con el doctor Carles Herráez, que atendía en el consultorio del pueblo fumando tabaco rubio. Pero supongamos que se trataba de conseguir unos zapatos diseñados expresamente para los pies planos. O que sin la perentoriedad de una enfermedad debía hacerse un repaso general al cuerpo del niño: desde los pies (planos) a la capacidad auditiva (tapones de cera); desde la picha (para descartar fimosis) a las encías (demasiado sanguinolentas).

Barcelona quería decir subir a un tren y descender en el paseo de Gracia. Mi madre contaba entonces 30 años y yo 8 o 10. El Google me ha permitido recuperar el recuerdo del pediatra que me revisó por primera vez: Orenci Altirriba. No he vuelto a oír nunca más el nombre Orenci. Ni he sabido nada nunca más del doctor. Me parece que visitaba en la calle Pau Claris. Sólo recuerdo la placa de metal fijada en la puerta de la consulta con su nombre y su apellido. Y el ascensor, una jaula de hierro que yo todavía no estaba en condiciones de admirar como una valiosa pieza modernista. El buscador informático me ha dado una noticia triste de mi primer –y probablemente único– pediatra: la necrológica de Orenci Altirriba, el hombre que te plantaba ante el espejo y te hacía abrir la boca con un bastoncillo. Murió a los 63 años, en 1998.

Durante años no pensé más en el doctor Altirriba. Mis hijos se beneficiaron de la visita periódica a médicos pediatras, sobre todo al principio de la vida. Pero en los años setenta hacerse visitar por un "médico de niños" debía de ser más extraño, sobre todo para la gente modesta como nosotros. No volví a pensar hasta un día de 1990 en que regresaba de una noche larga en el barrio de Gracia y me había quedado a dormir en casa de una compañera de la editorial donde trabajaba.

La amiga me quiso enseñar las plazas del barrio. Bebimos demasiada agua de Valencia y me levanté con un dolor de cabeza terrible. Ella se levantó más fresca que una rosa y me invitó a desayunar en la plaza Rovira. Me gustó la escultura del arquitecto municipal eternamente sentado en un banco. Le pasé el brazo por los hombros, estúpido ritual que antes que yo debieron de realizar muchos otros insensibles. Era la plaza del poema de Margarit: el del abrigo –¿o era una gabardina?– que se ha quedado esperando eternamente la llegada de alguien.

Aquel día mi amiga tenía que trabajar. Yo en cambio me concedí fiesta. Tenía 21 años. Era la primera vez que estaba en Gracia, o la primera de la que tenía conciencia. Me parecía que paseaba por las calles de un pueblo, de un pueblo más grande que el mío, pero con establecimientos comparables: aquí la droguería, allá un casal de ancianos, más allá una frutería, y a cuatro metros, una tienda de ropa pasada de moda. Había más cines que en el pueblo porque en realidad en mi pueblo la crisis de valores comenzó con el final del cine y el derrumbe controlado del local donde se encendía el proyector cada domingo (sesión doble). Durante aquel paseo Gràcia se convirtió en la correlación objetiva de una emoción: al contrario de los *no lugares* –que llegarían unos quince años después–, aquel barrio menestral se convertía para mí en lugar de una pasión. De una pasión ciertamente relativa, de andar por casa, pero pasión ante todo. Regresé a la plaza Rovira, donde debe de esperar el abrigo o la gabardina del poeta Margarit. Volví a sentarme en el banco del arquitecto Rovira i Trias, y, estando en las nubes como estaba, podría haber hablado con la estatua y todo, y el hombre de plomo me podría haber dado conversación. ¿De qué estaba hecha aquella escultura? He dicho "hombre de plomo", pero porque he utilizado una metáfora. Sólo recuerdo que aquel material me trajo a la memoria la placa de la puerta del "médico de niños" Orenci Altirriba y, por extensión, la de aquella calle – ¿era la calle Pau Claris?– que quince años antes había sido una de las primeras que pisaba en la ciudad de Barcelona, la gran seductora, donde iba a hacer algo determinado acompañado de mi madre: comprar zapatos o ir al médico de niños.

"¿Se puede considerar la prostitución bajo el mismo modelo que cualquier otra 'relación entre adultos' o, por el contrario, debemos entender más bien que el vínculo que en ella se establece es en sí mismo degradante y, en consecuencia, la figura bajo la que esa transacción debe ser analizada es la de situaciones como las de los malos tratos, que la sociedad considera condenables en sí mismas, por más que los involucrados las admitan?"
(Del editorial)

Núm. 80
Otoño 2010
www.bcn.cat/publicacions
www.barcelonametropolis.cat
http://twitter.com/bcnmetropolis

80
8 400214 062153